

EDUCACIÓN y PAZ, de María Montessori

INDICE

Palabras preliminares..... 2

Prefacio.....3

Parte I: Bases para la paz

1. La paz..... 5
2. En favor de la paz.....15
3. Educar para la paz..... 17

Parte II: Educar para la paz.

Sexto Congreso Internacional Montessori

4. Discurso inaugural..... 20
5. ¿Por qué la educación puede tener hoy alguna influencia en el mundo?..... 22
6. Segunda disertación..... 26
7. Cómo se debe modificar la educación para que pueda ayudar al mundo en las circunstancias actuales..... 29
8. La necesidad de un acuerdo universal que le de al hombre la preparación moral para defender a la humanidad..... 32
9. Quinta disertación..... 35
10. Disertación de cierre del congreso..... 38
11. Mi método.... 40

Parte III: La importancia de la educación en la consecución de la paz

12. Primera disertación..... 44
13. La supernaturaleza y la nación única..... 47
14. La educación del individuo..... 52

Parte IV: Mensaje a la Confraternidad Mundial de los Credos

15. Educar para la paz..... 58

PALABRAS PRELIMINARES

Los incansables esfuerzos de María Montessori por abrir nuevos senderos eran tan irresistibles como las fuerzas naturales. Cuando, siendo médica, se encontró por azar dedicada al tratamiento de niños con problemas físicos y mentales, trabajó con ellos con abnegación absoluta.

Siete años más tarde, la Providencia la puso en contacto con un grupo de niños normales en edad preescolar. El 6 de enero de 1907 inauguró para ellos en Roma la primera *Casa dei Bambini* (Casa de los Niños).

Las manifestaciones psicológicas de esos niños, los cuales revelaron características de personalidad que hasta entonces no se habían tenido en consideración y que evidentemente no habían salido a la luz debido a la opresiva educación tradicional en el hogar y en la escuela - le enseñaron verdades insospechadas. Verificó esas verdades por medio de reiterados experimentos y de su trabajo con niños de diversos orígenes culturales y sociales en todo el mundo. Su comprensión intuitiva tenía la impronta de la genialidad y arrojó una luz resplandeciente sobre sus descubrimientos. Una vez que hubo establecido una base firme para sus teorías a través de la experiencia práctica, sus ideas como educadora y filósofa abarcaron un campo más extenso y dieron a conocer nuevas perspectivas que, con el transcurrir del tiempo, parecen cada vez más amplias.

El objetivo de todos los escritos de María Montessori era generar una nueva comprensión de las potencialidades y necesidades de los niños, en particular durante sus primeros años, y formular una crítica profunda, aunque de ningún modo estéril o negativa, a los errores y prejuicios del pasado.

En 1932 se le hizo difícil proseguir con su trabajo en Italia y en 1934 las puertas de su patria se cerraron para ella. A partir de esa fecha, su reputación, que parecía opacarse en Italia, comenzó a brillar cada vez más en el exterior.

Una vez fuera de Italia, la amenaza de la guerra, a la que todos en Europa le temían, comenzó a inquietarla sobremedida. Su profunda preocupación no se originaba en el problema político de la guerra, sino más bien en el problema humano. La conmovía profundamente, del mismo modo que el problema de los primeros años de la infancia la había obsesionado en su juventud. Una vez más, habían sido convocadas sus admirables facultades mentales. Así como su experiencia con los niños la había inspirado para descubrir las leyes del desarrollo humano, el problema de la guerra la hizo embarcarse en una búsqueda apasionada de nuevas verdades humanas. Tomando como punto de partida su firme convicción de que el niño debe ser nuestro maestro y sus ideas sobre el desarrollo equilibrado, libre y armonioso del individuo, pasó a examinar los problemas del desarrollo humano y social e inició una cruzada en nombre de la educación: "Establecer una paz duradera es obra de la educación; lo único que puede hacer la política es librarnos de la guerra".

Sus ideas, como relámpagos de luz esclarecedora, sembraron la esperanza en los países europeos. Grupos y asociaciones políticas acudían a ella abrazando su fe en la educación y en la redención que los niños podrían encabezar. Cuando María Montessori recurrió a las palabras *paz* y *guerra*, esos conceptos se convirtieron en blancos de un nuevo espíritu crítico que rompió con la manera tradicional ya obsoleta de pensar en ellos y reveló un nuevo tipo de verdad, más acorde al pensamiento moderno. María Montessori examinó este nuevo problema con la misma atención honesta y penetrante que siempre caracterizó su búsqueda de la verdad.

En 1932, en un discurso trascendental que figura en el presente libro, analizó el problema de la paz en la Oficina Internacional de Educación en Ginebra, que en ese momento era el centro del movimiento pacifista de Europa.

En 1936 se organizó un congreso pacifista europeo para tratar los aspectos políticos de la cuestión.

En ese congreso, realizado en Bruselas, nuevamente María Montessori dio conferencias sobre la paz, junto a otros varios representantes políticos ilustres. Cuando estalló la guerra civil en España huyó a Londres y pronunció discursos sobre la paz en Inglaterra.

En 1937, el gobierno danés le ofreció al Movimiento Montessori la posibilidad de utilizar el salón del Parlamento de Copenhague para un congreso de gran importancia, denominado "Educar para la Paz"; en una serie de discursos, la doctora Montessori trató en él el tema de la defensa moral de la humanidad.

En diciembre de 1937 dio tres conferencias ante la Escuela Internacional de Filosofía, bajo los auspicios de la Sociedad Científica de Utrecht. En julio de 1939, a medida que los nubarrones de la guerra se iban tornando más oscuros en el horizonte, pronunció una conferencia ante la Confraternidad Mundial de los Credos (World Fellowship of Faiths), una organización religiosa internacional.

María Montessori iluminó con luz auténtica el pensamiento social, político, científico y religioso. Universidades, organizaciones y asociaciones de varios países, unidas en su determinación de reestructurar la sociedad humana, la propusieron como candidata para el Premio Nobel de la Paz en 1949 y en 1950. En 1939 comenzó a trabajar en la India con tenaz aplicación durante varios años para dar fundamentación científica a sus ideas sobre la reestructuración de la sociedad y sobre la paz. Ello le permitió construir la sólida y consistente filosofía que expuso ante sus lectores en su obra más importante, *La Mente Absorbente*.

En el presente volumen hemos reunido las conferencias en las cuales por primera vez encaró el gran problema del futuro de la humanidad, y en las que dio fervorosa expresión a sus ideas en la materia.

Todos aquellos a quienes les interese saber por qué María Montessori fue propuesta como candidata al Premio Nobel de la Paz y recibió votos de todas partes del mundo descubrirán, en esta selección de discursos, muchos de los eslabones que componían la cadena de su pensamiento y su actividad tal como se fueron desarrollando, y verán aquí las primeras huellas de la profunda impronta que dejó su mente poderosa.

Los editores de la edición italiana.

PREFACIO

El tema de la paz no se puede discutir en forma adecuada simplemente desde un punto de vista negativo, como por lo general lo consideran los políticos, en el sentido limitado de evitar la guerra y resolver los conflictos entre las naciones sin recurrir a la violencia.

En el significado mismo de la palabra *paz* está presente la noción positiva de la reforma social constructiva. La frase trillada de que debemos crear un hombre diferente para tener una sociedad diferente no es más que una abstracción. Si bien es cierto que el hombre como individuo puede mejorar y que la sociedad se puede basar en principios de justicia y amor, todos sabemos que esas metas no constituyen una realidad que esté a nuestro alcance, sino más bien una aspiración para un futuro muy lejano.

Sin embargo, hay un hecho concreto e inmediato que se debería considerar desde el punto de vista de la paz: el hecho de que la sociedad humana aun no ha logrado la forma de organización necesaria para afrontar sus necesidades actuales. Por lo tanto, hay una razón de peso para que pasemos a centrar nuestra atención en las necesidades del presente antes que en la organización de un futuro mejor.

Hoy la sociedad no prepara al hombre en forma adecuada para la vida cívica; no existe una "organización moral" de las masas. A los seres humanos se los educa inculcándoles que son individuos aislados y que deben satisfacer sus necesidades inmediatas compitiendo con otros individuos. Se requeriría una poderosa campaña de organización para hacer que el hombre, entienda y estructure los fenómenos sociales, para que proponga y persiga fines colectivos, y así generar un progreso social ordenado.

En la actualidad, lo único que tenemos es una organización de las cosas, y no de la humanidad. Sólo el entorno está organizado. El progreso técnico ha puesto en marcha una especie de "mecanismo" aterrador que atrapa en sus redes a los individuos y los atrae del mismo modo que un imán atrae las limaduras de hierro: Esto se aplica tanto a los trabajadores manuales como a los intelectuales. Cada persona se aparta de los demás por sus intereses particulares; cada uno busca solamente algún tipo de trabajo que satisfaga sus necesidades materiales, y es atrapado por los engranajes interactuantes de un mundo mecanizado y burocrático. Es obvio que los mecanismos solos no bastan para hacer que el hombre progrese, porque el progreso depende del hombre y, eventualmente, deberá llegar el momento en el cual la humanidad asuma el control del progreso y lo oriente en una dirección determinada.

Ese momento ya ha llegado. La humanidad entera organiza y domina el mundo mecánico, o el mundo mecánico destruirá a la humanidad.

Para alcanzar ese objetivo tremendamente difícil la cooperación universal del género humano a fin de lograr un progreso constante- la humanidad se debe organizar. Es menester que con urgencia todos los hombres participen en la reparación de un defecto que pone en peligro la existencia misma de la civilización.

La humanidad se debe organizar, porque la frontera más débil, la que cederá en primer lugar y dejará entrar al enemigo -es decir, la guerra-, no es un límite físico entre una nación y otra, sino la falta de preparación del hombre y el aislamiento del individuo.

Debemos desarrollar la vida espiritual del hombre y luego organizar a la humanidad para la paz. El aspecto positivo de la paz yace en la reestructuración de la sociedad humana sobre una base científica. La paz social y la armonía solo pueden tener un cimiento: el hombre mismo.

La reconstrucción - es decir, la creación de un orden social estable y bien estructurado- ni siquiera se tiene en cuenta cuando se considera a la sociedad desde el punto de vista práctico, porque esa visión es intrínsecamente conservadora. Sin embargo, es evidente que los cambios repentinos y asombrosos que, a raíz de los descubrimientos científicos, han tenido lugar en la organización del entorno material del hombre en los últimos cincuenta años, generaron modificaciones tan sustanciales en las condiciones de vida que ahora resulta absolutamente imperioso analizar con seriedad el lado humano de las cosas con la finalidad de ayudar a los hombres a cambiar para bien. Esta es la tarea de la educación.

La educación de hoy todavía se encuentra restringida por los límites de un orden social que pertenece al pasado. La educación de hoy no sólo se opone a los dictados de la ciencia sino que también contradice las necesidades sociales de nuestro tiempo. La educación no se puede desestimar como si fuera un factor insignificante en la vida de las personas, un medio para proporcionar a los jóvenes unas pocas nociones elementales de cultura. Se la debe concebir, en primer lugar, desde la perspectiva del desarrollo de los valores humanos en el individuo, en particular de los valores morales, y en segundo lugar, desde el punto de vista de la organización de los individuos dotados de esos altos valores para que formen una sociedad con plena conciencia de su destino. Esta nueva civilización debe estar acompañada por una nueva moralidad. El propósito del orden y la disciplina debe ser lograr la armonía humana, y todo acto que obstruya el establecimiento de una auténtica comunidad de todos los hombres se debe considerar inmoral y una amenaza a la vida social.

Este objetivo no se puede alcanzar sin realizar esfuerzos prácticos y concretos. No es suficiente predicar un principio abstracto o intentar persuadir a otros. Se debe emprender un "gran trabajo". Una actividad social de suma importancia se extiende ante nosotros: dar impulso a los valores del hombre, permitirle que alcance el desarrollo máximo de sus energías, prepararlo de verdad para generar un tipo de sociedad humana diferente, en un plano más elevado. No se puede crear al hombre social de la nada y de la noche a la mañana. El individuo llega a la adultez luego de haber pasado toda su infancia y adolescencia reprimido, aislado y aleccionado para que se preocupe solo de sus propios intereses personales, bajo la dominación absoluta de adultos demasiado propensos a desatender los valores de la vida y que solo le han fijado la meta mezquina y egoísta de que se consiga un buen empleo dentro del orden social. La educación de hoy hace que el individuo se marchite y que sus valores espirituales se esfumen. El hombre se convierte en una cifra, una pieza más en el engranaje ciego que constituye su entorno. Esa preparación para la vida, que ha sido absurda en todas las épocas, hoy es un crimen, un pecado. La educación que reprime y rechaza los dictados del ser moral, que erige obstáculos y barreras en el camino del desarrollo de la inteligencia, que condena a la ignorancia a vastos sectores de la población, es un crimen. Dado que todas nuestras riquezas provienen del trabajo del hombre, es absurdo que no se vea al hombre mismo como nuestra riqueza fundamental. Debemos hallar, cultivar y poner de relieve la importancia de las energías del hombre, su inteligencia, su espíritu creador, su capacidad moral, de modo que nada de eso se pierda. En particular, se deben aprovechar las energías morales del hombre, dado que no es solamente un productor: también le corresponde asumir y cumplir una misión en el universo. Lo que el hombre produce debe estar dirigido hacia un fin que podríamos llamar *civilización* o, en otras palabras, ¡la creación de una supernaturaleza como obra de la humanidad! Pero el hombre debe darse cuenta de su propia grandeza; debe convertirse en forma consciente en amo del mundo que lo rodea y de los sucesos humanos.

La relación entre los individuos, que es la base misma de la vida social, es el terreno especial de la moral. La moral debe ser considerada como la ciencia destinada a organizar una sociedad de hombres cuyo valor más elevado es su individualidad y no el rendimiento de sus máquinas. Los hombres deben aprender cómo participar conscientemente en la disciplina social que ordena todas sus funciones dentro de la sociedad y cómo ayudar a mantener esas funciones en equilibrio.

Por consiguiente, el quid de la cuestión de la guerra y la paz ya no radica en la necesidad de facilitar a los hombres las armas materiales para defender las fronteras geográficas que separan a las naciones, porque la primera línea verdadera de defensa contra la guerra es el hombre; mismo, y allí donde el hombre esté socialmente desorganizado y desvalorizado, por esa brecha se introducirá el enemigo universal.

LA EDUCACION Y LA PAZ

Parte I. BASES PARA LA PAZ

1. LA PAZ Discurso pronunciado en 1932 ante la Oficina Internacional de Educación, en Ginebra, Suiza

Parece extraño y, en cierta forma, discordante con el espíritu de esta era de especialización que me inviten para discutir sobre la paz, tema que, si se convirtiera en una disciplina especial, sería el más noble de todos, dado que la vida misma, de la humanidad depende de él.

Quizás también dependa de él la posibilidad de que nuestra civilización evolucione o desaparezca. De hecho es bastante raro que todavía no exista algo así como una ciencia de la paz, teniendo en cuenta que la ciencia de la guerra parece estar muy avanzada, por lo menos en lo que respecta a cuestiones tan concretas como los armamentos y las estrategias. Sin embargo, en su carácter de fenómeno humano colectivo, incluso la guerra esconde un misterio, porque todos los pueblos de la Tierra, que se manifiestan ansiosos por alejarse de ella como si fuera el peor de los flagelos, son empero los mismos que se ponen de acuerdo para iniciar las guerras y los que voluntariamente apoyan la lucha armada. Muchos estudiosos dedican con vehemencia a investigar las causas ocultas de ese fenómeno, comparándolo con las catástrofes naturales contra las cuales el hombre no puede hacer nada. La guerra es un fenómeno humano; por lo tanto, debería ser tanto más accesible para las mentes inquietas. Como se ha comprobado que no es así, debemos llegar a la conclusión de que lograr la paz mundial se relaciona con complejos factores indirectos, que sin lugar a dudas merecen ser estudiados y pueden llegar a convertirse en el objeto de una ciencia poderosa.

Uno se asombra por el hecho de que el hombre haya podido revelar tantos misterios del universo, o encontrar energías ocultas y aprovecharlas para uso propio, movido por su instinto de preservar la vida y, lo que es más importante, por su profunda impulso de aprender y adquirir conocimientos. No obstante, al mismo tiempo, las investigaciones del hombre sobre sus propias energías internas han dejado un gran abismo y su dominio sobre ellas ha sido casi nulo. Este amo del mundo exterior no ha logrado doblegar sus propias energías, las cuales con el correr de los siglos se han acumulado y organizado sin rigor en varios grandes grupos humanos. Si se nos preguntara cuáles son las razones de esa paradoja, no podríamos dar una respuesta clara. En lo que respecta a la paz; esta nunca ha sido objeto del proceso de investigación metódica y progresiva que se conoce como ciencia; por el contrario, entre las innumerables ideas que enriquecen nuestra conciencia humana no figura un concepto claro de la paz.

LA GUERRA Y LA PAZ

Lo que generalmente se quiere decir con la palabra paz es el cese de la guerra. Pero este concepto negativo no es una descripción adecuada de la paz genuina, y lo que es aun mas importante, si observamos el propósito manifiesto de la guerra, la paz entendida en ese sentido representa, más bien, el triunfo final y permanente de la guerra. De hecho, en la antigüedad el principal móvil de las guerras era conquistar territorios y por consiguiente someter a pueblos enteros.

Aunque el entorno del hombre ya no es la tierra física real sino mas bien la organización social en sí misma, que se apoya en las estructuras económicas, aun se considera que la verdadera razón por la que se libran las guerras es la conquista de territorios, y multitudes de hombres todavía pierden la cabeza y desfilan con su bandera llevados por el afán de conquista.

Ahora bien, ¿por qué una enorme cantidad de hombres se marchan a enfrentar la muerte cuando el fantasma de la invasión amenaza a su patria? ¿Por qué no solo los hombres, sino también las mujeres e incluso los niños se precipitan para defender a su país?

Por miedo a lo que se conocerá con el nombre de "paz" una vez que termine la guerra.

La historia humana nos enseña que *paz* significa la sumisión forzosa de los conquistados a la dominación cuando el invasor ha consolidado su victoria, la pérdida de todo lo que estiman los vencidos, y el fin del placer de disfrutar los frutos de su trabajo y sus conquistas. Los vencidos se ven forzados a realizar sacrificios, como si fueran los únicos culpables y merecieran ser castigados, simplemente por haber sido vencidos. Mientras tanto, los vencedores hacen alarde de los derechos que sienten que les corresponden por haberle ganado al pueblo derrotado, la verdadera víctima del desastre. Esas condiciones quizá marquen el final del combate, pero no hay duda de que no pueden recibir el nombre de paz. El verdadero flagelo moral surge precisamente de esta serie de circunstancias.

Si me permiten hacer una comparación, la guerra se podría equiparar con el incendio de un palacio repleto de obras de arte y tesoros valiosísimos. Cuando el palacio queda reducido a un montón de cenizas humeantes, el desastre físico es total, y el humo sofocante que despiden las cenizas y que impide respirar puede compararse con lo que el mundo entiende generalmente por paz.

Es el mismo tipo de paz que se produce cuando un hombre se enferma, cuando en su cuerpo se libra una batalla entre sus energías vitales y los microorganismos invasores y finalmente el hombre pierde la batalla y muere. Como corresponde, expresamos nuestro deseo de que el difunto descanse en paz. ¡Pero qué diferencia entre esa paz y la que se conoce con el nombre de buena salud!

El hecho de que equivocadamente denominemos "paz" al triunfo permanente de los objetivos de la guerra hace que no logremos reconocer el camino a la salvación, el sendero que nos podría conducir a la paz verdadera.

Dado que la historia de cada pueblo de la

Tierra esta signada por una oleada tras otra de esos triunfos y de esas formas de injusticia, mientras persista ese malentendido tan serio, es indudable que la paz no estará comprendida dentro de las posibilidades humanas. No estoy hablando solo del pasado, porque incluso hoy la vida de los pueblos que no están en guerra representa una aceptación de la situación vigente entre vencedores y vencidos. Aquellos causan estragos despiadados y estos maldicen su destino como los demonios y los condenados en el *Infierno* de Dante. Ambos están alejados de la influencia divina del amor; son criaturas abatidas para las cuales la armonía universal se ha quebrado en mil pedazos. Esta cadena de acontecimientos se sigue repitiendo porque todos los pueblos han sido alternadamente vencedores y vencidos y han gastado sus energías en este terrible flujo y reflujo de la fortuna en las mareas inagotables de los siglos.

Debemos exponer a la clara luz del día la profunda diferencia entre los objetivos morales opuestos de la guerra y la paz. De lo contrario, deambularemos a tientas, víctimas de nuestros errores, y en nuestro intento por encontrar la paz solo hallaremos armas sanguinarias y miseria. La posibilidad de una paz verdadera nos hace dirigir nuestros pensamientos hacia el triunfo de la justicia y el amor entre los hombres, hacia la construcción de un mundo mejor donde reine la armonía. Sin embargo, que nuestras mentes estén dispuestas a diferenciar claramente las nociones de guerra y paz es solo el punto de partida. Para arrojar luz sobre este tema, como sobre cualquier otro, se requiere un auténtico proceso de investigación. ¿Pero en qué lugar del mundo hay un laboratorio donde la mente humana se haya esforzado por descubrir una parte de la verdad, por sacar a la luz algún factor decisivo con respecto al problema de la paz?

Se han realizado reuniones inspiradas en los sentimientos más elevados y en los deseos más nobles de lograr la paz, es cierto. Pero nunca descubriremos conceptos válidos para fundamentar un estudio que nos permita entender y desentrañar las causas de este pavoroso enigma, a menos que nos demos cuenta de que nos encontramos ante un verdadero caos moral.

Solo la expresión "caos moral" puede describir nuestra situación espiritual en la cual un hombre que descubre un microbio virulento y el suero preventivo que puede salvar vidas humanas recibe grandes elogios, pero en la cual al mismo tiempo, otro que descubre técnicas de destrucción y dirige todas sus facultades intelectuales a la aniquilación de pueblos enteros es alabado aún con mayor vehemencia. Los conceptos acerca del valor de la vida y los principios morales involucrados en estos dos casos son tan diametralmente opuestos que debemos examinar seriamente la posibilidad de que la personalidad colectiva del género humano esté padeciendo una misteriosa forma de esquizofrenia.

Es obvio que hay capítulos de la psicología humana que aún están por escribirse y fuerzas que todavía no han sido dominadas y que presagian enormes peligros para la humanidad.

Esos factores desconocidos deben convertirse en objeto de estudio científico. La idea misma de la investigación implica la existencia de factores ocultos, o quizás incluso insospechados, que se encuentran a gran distancia de los efectos finales que provocan. Las causas de la guerra no pueden atribuirse a los fenómenos bien conocidos y estudiados que se vinculan con las injusticias sociales padecidas por los trabajadores que participan en la producción económica o con las consecuencias de una guerra peleada hasta el final, porque esos factores sociales son demasiado evidentes y fáciles de reconocer, incluso mediante la lógica más elemental, para que los consideremos las causas profundas o misteriosas de la guerra. Son más bien la punta de la mecha, el cabo que se encenderá antes de la explosión que representa la guerra.

A modo ilustrativo, veamos la historia de un fenómeno análogo a la guerra, un fenómeno físico del campo de la medicina que ofrece un paralelismo sorprendente. Me refiero a la peste: un flagelo capaz de diezmar e incluso exterminar a pueblos enteros, una enfermedad aterradora porque avanzaba haciendo estragos, sin que nada le opusiera resistencia, en las tinieblas de la ignorancia que la rodeaba. Se derrotó la peste solo cuando se llegó a investigar sus causas científicamente.

Al igual que las guerras, las epidemias de peste estallaban solo en forma esporádica y eran bastante impredecibles. La peste, además, cesaba por su cuenta, sin que el hombre interviniera en forma activa, ya que no tenía idea de qué la causaba y lo temía como si fuera un terrible castigo enviado por Dios, origen de destrucciones tan famosas en la historia como las que produjeron las guerras. Pero la peste provocó muchas más muertes y desastres económicos que las guerras, y al igual que a éstas, a menudo se las bautizaba con el nombre de alguna ilustre figura histórica. Así, en los anales de la humanidad aparece la peste de Pericles, la de Marco Aurelio, la de Constantino, la de Gregorio Magno. En el siglo XIV, una peste provocó en China la muerte de diez millones de personas. La misma epidemia atroz se extendió por Rusia, Asia Menor, Egipto y Europa, amenazando con destruir a toda la humanidad.

Welles señala que según los cálculos aproximados de Hecker, un total de veinticinco millones de personas murieron a causa de la peste: cifra espeluznante que ninguna guerra, ni siquiera la que se produjo entre 1914 y 1918, ha igualado jamás. Esos períodos horribles, en los cuales el trabajo productivo se redujo casi a cero, allanaron el camino para varios períodos subsiguientes de terrible sufrimiento. El azote del hambre le siguió al de la peste, acompañado por una ola de demencia - dado que un gran porcentaje de los sobrevivientes padecían trastornos mentales-, calamidad esta última que hizo que el regreso a la normalidad resultara aún más difícil y retrasó notablemente el trabajo constructivo necesario para el progreso social.

Es interesante conocer las distintas interpretaciones de los hombres con respecto a este flagelo descomunal y los medios que utilizaron para defenderse contra lo que se puede considerar como una guerra que la naturaleza libra contra el hombre. Desde Homero y Tito Livio hasta las crónicas latinas de la Edad Media, la interpretación es siempre la misma: las epidemias de peste son provocadas por hombres malvados que diseminan venenos. Dión Casio, en su descripción de la peste del año 189 d.C., cuenta que se reclutaban malhechores y se les pagaba para que dispararan agujas envenenadas contra habitantes de todo el Imperio. En tiempos del Papa Clemente VI se masacró a una gran cantidad de judíos acusados de propagar la peste. Durante el sitio de Nápoles, la peste exterminó a cuatrocientos mil habitantes de la ciudad -casi toda la población- y alrededor de tres cuartas partes de las tropas que la cercaban. Los napolitanos estaban convencidos de que los franceses los habían envenenado, y viceversa. Aún más interesantes son los documentos que se conservan en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, donde se describe la creación de tribunales especiales para juzgar a dos presuntos envenenadores y su posterior ejecución a modo de ejemplo para el pueblo.

Este es uno de los pocos casos en los cuales se llevó a cabo un juicio legal para impedir que el pueblo, enfurecido por el número de víctimas mortales, se vengara aplicando justicia por su cuenta. Los registros del proceso legal, que de acuerdo con las normas se han conservado en los archivos estatales, han sido analizados por varios autores y han dado lugar a diversas interpretaciones.

Hoy nos resulta difícil imaginar que algo que era inequívocamente una enfermedad contagiosa haya podido ser visto como una prueba de asesinato y que se haya juzgado a los supuestos autores en un tribunal. Nos resultaría absurdo acusar a dos hombres de ser responsables de la enorme cantidad de muertes provocadas por la peste. Pero, aunque en la actualidad eso nos parezca absurdo, ¿no ocurre algo similar con respecto a la guerra? También en este caso la gente ansía culpar a tal o cual individuo por el flagelo universal: al káiser, a la zarina, al monje Rasputín, al hombre que asesinó al archiduque en Sarajevo, o a quien les plazca. ¿Acaso no es cierto que en los tiempos de la peste multitudes de personas se congregaban en las plazas públicas y las iglesias con la esperanza de salvarse, sin saber que en realidad lo único que hacían era propagar aún más la enfermedad? y cuando la peste terminaba, ¿acaso los sobrevivientes no recomenzaban su vida con alegría y se tranquilizaban con una sonrisa creyendo que el mal que habían sufrido era una prueba necesaria para el hombre y quizás la última a la que sería sometido? Las soluciones a las que recurrimos hoy con la ilusión de librarnos de la guerra, ¿no nos hacen recordar las esperanzas y las falsas soluciones de los días de antaño?

El propósito de las alianzas de la última guerra era lograr un equilibrio de poder en Europa para evitar la guerra, pero ¿no fueron esas mismas alianzas las que allanaron el camino para un enorme desastre, dado que muchos países se vieron forzados a tomar parte en el conflicto simplemente por las promesas que les habían hecho a otros? Incluso si hoy todas las naciones de la Tierra formaran una alianza común para evitar un conflicto armado, seguirían estando tan ciegas como siempre para reconocer las principales causas de la guerra. Y lo que es peor, podría producirse un conflicto armado a escala mundial, dado que una vez más los hombres tendrían la esperanza de lograr una paz genuina, de llegar a la solución final, librando esa última guerra.

Sin métodos científicos de investigación, ¿quién podría haber encontrado las causas directas de la peste, el microorganismo específico que la causaba y sus agentes de propagación, las ratas, las culpables insospechadas y, por lo tanto, invulnerables?

Cuando se descubrieron sus causas, la peste pasó a ser considerada sencillamente como una más de las muchas enfermedades infecciosas que en forma permanente amenazan la salud del hombre y que abundan en los ambientes insalubres. Como los pueblos medievales ignoraban eso, vivían en entornos por demás antihigiénicos y casi ni se preocupaban por ello. Andaban entre la suciedad desparramada en las calles, dormían en habitaciones oscuras y mal ventiladas, no tenían agua para bañarse y evitaban la luz del sol. Tales condiciones proporcionaban un caldo de cultivo extremadamente favorable, no solo para la peste, sino también para otras innumerables enfermedades que proliferaban sin control y cuyas manifestaciones eran menos evidentes porque atacaban sólo a individuos o familias y no interferían en la vida diaria de gran parte de la humanidad.

Cuando se hallaron los medios para combatir la peste, se pudo hacer frente a todas las demás enfermedades infecciosas tomando las medidas básicas necesarias para la prevención de cualquier enfermedad: limpiar los ambientes públicos y privados, tanto las ciudades como los hogares. La pelea contra la peste fue el primer capítulo en la historia del hombre para protegerse de las diminutas, invisibles criaturas que amenazan su existencia.

Pero la higiene personal, que fue el resultado final de esa prolongada batalla, se fundamenta en un concepto básico bastante distinto: la salud personal del hombre se convierte en el factor más importante por el cual un individuo con un estado de salud perfecto, con un cuerpo fuerte, bien desarrollado, puede exponerse a los gérmenes de las enfermedades y no infectarse. La salud personal está muy relacionada con el dominio de sí mismo del hombre y con la veneración que se tenga por la vida y su belleza natural. El objetivo ya no era tanto luchar contra las enfermedades sino lograr un buen estado de salud para protegerse de ellas en general. Era una idea nueva y cuando se la propuso por primera vez el hombre no gozaba de buena salud. Estaba sobrealimentado o subalimentado, y además intoxicado, o mejor dicho, se empecinaba en auto-intoxicarse. Le encantaba autodestruirse o provocarse dolor. Le gustaba comer demasiado, embriagarse, holgazanear.

Rechazar los clones sanadores de la naturaleza --el sol, el aire fresco, el ejercicio-- era para él un placer y un privilegio. La revelación más sorprendente que generó este nuevo concepto de la higiene no fue advertir sobre los peligros relacionados con la desnutrición y la pobreza en general; esos peligros ya habían sido reconocidos y eran objeto de preocupación desde la Edad Media, o más bien, desde la Antigüedad. La verdadera revelación fue el hecho de que las cosas que la gente disfrutaba sobremanera y que buscaba como un codiciado privilegio también eran precursoras de la muerte. Renunciar a la rica comida, a los festines que duraban horas, a las cosechas de vino exquisito y tentador, o a llevar una vida de indolencia se había considerado un sacrificio, una penitencia, no como el camino hacia la buena salud. Representaba renunciar a la gratificación inmediata, a los placeres de la vida. Pero en esa clase de gratificación subyacía una degradación que la gente ni siquiera advertía: era la gratificación de hombres que eran víctimas de la pereza, que habían perdido sus energías vitales. Las huestes de microorganismos atacaban a quienes ya se encontraban débiles, quizás estaban a punto de morir. Pero cuando el hombre resurgió y prevaleció nuevamente el gusto por la vida, la gente empezó a temer las consecuencias de sus debilidades e indulgencias. Se apresuraron por salir al sol y pusieron sus físicos en movimiento con una sensación de dicha y liberación. La vida simple - comer sólo lo necesario para vivir, elegir una dieta de frutas, verduras e incluso alimentos crudos, hacer ejercicio, entregarse a actividades naturales revitalizantes- se ha convertido en la meta de los buscadores modernos del placer, de los que quieren tener una vida prolongada y derrotar la enfermedad.

Es así como el concepto de higiene personal ha revertido por completo los antiguos valores; por consiguiente, las gratificaciones de lo que en una época fue una carrera hacia la muerte han sido reemplazadas por las gratificaciones de una carrera hacia la vida. Un santo de antaño habría considerado que las manifestaciones exteriores de una existencia con tales características constituirían un esfuerzo por cumplir una penitencia perfecta.

Sin embargo, en lo que respecta a la moral, no se ha dado ni un solo paso adelante y con respecto a la higiene estamos tan atrasados como la gente del Medioevo. Se ignora por completo que existen amenazas desconocidas para nuestra vida moral y sólo se tienen en cuenta los cambios más superficiales: al hecho de que la moral actual sea menos estricta se lo considera como una forma de libertad moderna, una lucha contra restricciones morales antiquísimas, que no se habían modificado desde la época en la cual llevar una vida sana era considerado como el mayor de los sacrificios. El objetivo principal de la era contemporánea es trabajar menos y dejar que las máquinas hagan nuestras tareas. Debajo de esta caótica vida moral yace una ambición desmedida por obtener una gran cantidad de dinero, ambición que delata la existencia de ese vicio irresistible denominado codicia, el equivalente en el plano moral a la pereza del plano físico, dado que ambos representan una forma de acaparamiento y de placer ilusorio. El hombre entra en decadencia porque ese tipo de placer se funda en dos vicios: es incapaz de ver el ancho y desafiante mundo que se abriría ante él si llevara una vida saludable, e inconscientemente se aísla, se consume en las tinieblas de la insatisfecha búsqueda de placer. Si tuviéramos que establecer una semejanza con una patología que también se aplique en este terreno, los alcances de esta situación moral podrían compararse con los estragos de la tuberculosis, que permanecen ocultos y representan una amenaza para la vida. En sus etapas iniciales, la tuberculosis hace que sus víctimas se embarquen en una desesperada búsqueda de placer, aunque la presencia de la enfermedad puede pasar inadvertida por mucho tiempo. Por lo tanto, la peste constituye un flagelo repentino y catastrófico, y la tuberculosis, la autodestrucción gradual de una personalidad débil.

Para resumir, vivimos en un estado de parálisis moral, entre sombras tenebrosas y sofocantes, y a menudo nos dejamos llevar en forma colectiva por afirmaciones que alimentan nuestras ilusiones. Un sinnúmero de moralistas dicen constantemente que en la actualidad nuestro error radica en querer basar todo en la razón humana, y otros tantos están convencidos de que el progreso no se puede fundar exclusivamente en la razón del hombre y en sus reclamos dictatoriales por controlar nuestra vida íntegra. Ambos grupos tienen la certeza absoluta de que la razón es hoy reina y soberana. Sin embargo, la verdad del asunto es que hoy la razón está escondida bajo una nube oscura y prácticamente ha sido derrotada. En rigor, el caos moral no es más que una cara de la moneda de nuestra decadencia psíquica; la otra cara es la pérdida de nuestra capacidad de razonamiento. La característica preeminente de nuestro estado actual es una forma insidiosa de locura y nuestra necesidad más urgente es volver a la razón.

LA BATALLA ENTRE EL ADULTO Y EL NIÑO

Para comenzar la tarea de reconstruir la psique del hombre, debemos tomar como punto de partida al niño. Debemos reconocer que no es solo nuestra progenie, nuestra mayor responsabilidad, sino mucho más que eso. Debemos estudiarlo no como una criatura dependiente, sino como una persona independiente que ha de ser considerada en términos de su propio ser individual. Debemos tener fe en el niño como si fuera un mesías, un salvador capaz de regenerar la raza humana y la sociedad. Debemos lograr el dominio de nosotros mismos y humillarnos a fin de aceptar esta idea, y luego encaminarnos hacia el niño, como los Tres Reyes Magos, llevándole regalos y poderes, siguiendo la estrella de la esperanza.

Rousseau trató de descubrir en el niño las características puras y naturales del hombre antes de que la influencia de la sociedad lo hiciera cambiar de rumbo y lo echara a perder; gracias a un fecundo esfuerzo de imaginación, Rousseau logró escribir una novela entera al respecto. Este es un problema teórico que constituye todo un desafío. Si un psicólogo tuviera que tratar este tema en abstracto, sin duda lo consideraría en función de una embriología de la mente humana.

Pero cuando nosotros, por nuestra cuenta, estudiamos al niño recién nacido, el cual resultó tener insospechadas y sorprendentes características psíquicas, encontramos algo más que una mente en estado embrionario. Nos conmovió profundamente descubrir un conflicto real y aterrador, una guerra incesante que el niño afronta desde el día mismo de su nacimiento y que forma parte de su vida durante sus años de formación.

Este conflicto es el que se libra entre el adulto y el niño, entre el fuerte y el débil, y también, podríamos agregar, entre el ciego y el iluminado. El adulto es verdaderamente ciego en lo que respecta al niño, y el niño tiene una visión genuina, una pequeña llama brillante y esclarecedora que nos trae de regalo. Ni el adulto ni el niño son conscientes de su propia condición, tan particular. Han entablado uno contra el otro una lucha secreta a lo largo de innumerables generaciones y que hoy, en nuestra cultura compleja y exasperante, se torna aun más violenta. El adulto vence al niño, y cuando el niño llega a la adultez perduran en él, por el resto de su vida, los signos típicos del tipo de paz que es solo una secuela de la guerra: destrucción por un lado, y ajustes dolorosos por el otro.

El niño, por su parte, con su fuerza nueva y su energía revitalizadora, no puede ayudar al abatido hombre mayor a que mejore porque el adulto se convierte en un adversario cuyo primer gesto es reprimirlo. Esta situación es hoy mucho más grave que en cualquier otra época del pasado. Al construir un entorno cada vez más alejado de la naturaleza y, por lo tanto, cada vez menos apropiado para un niño, el adulto ha aumentado sus propios poderes y de ese modo ha oprimido aun más al niño. No ha surgido una nueva sensibilidad moral que libere al adulto del egoísmo que lo ciega, y la mente de los seres humanos maduros no ha interpretado como corresponde los numerosos cambios en la situación del hombre que son desfavorables para los niños. El concepto superficial y arcaico de que el desarrollo del individuo es uniforme y progresivo no se ha modificado, y aun prevalece la idea errónea de que el adulto debe moldear al niño de acuerdo con las pautas que impone la sociedad. Este error, burdo y consagrado por el paso del tiempo, es el origen del conflicto principal, de la guerra constante entre seres humanos (padres e hijos, maestros y alumnos) que tendrían que amarse y respetarse unos a otros.

La clave de este problema se encuentra en las dos metas y formas distintas de la personalidad humana, una característica de los niños y la otra de los adultos. El niño no es simplemente un adulto en miniatura. En primer lugar, tanto en orden como en importancia, es poseedor de una vida propia con características especiales y tiene sus propias metas. La meta del niño se podría resumir en la palabra "encarnación": se debe producir en él la encarnación de la individualidad humana.

El trabajo del niño, dirigido por completo hacia esa encarnación, tiene particularidades y ritmos vitales que son totalmente diferentes de los del adulto. Es por eso que este último es por excelencia el gran transformador del medio ambiente y del ser social.

Si pensamos un momento en el embrión quizás entendamos este concepto con mayor claridad. El único objetivo del embrión dentro del útero es alcanzar la madurez de un recién nacido. Esta constituye la fase prenatal de la vida del hombre. El recién nacido más vigoroso será aquel que se haya desarrollado en el útero en las mejores condiciones que una madre saludable le pueda ofrecer, sin tomar ningún otro recaudo especial mas allá de permitirle al nuevo ser que viva dentro de ella.

Sin embargo, la gestación posterior del hombre no es tan breve como la que se lleva a cabo en el útero materno. El niño atraviesa otro tipo de gestación en el mundo exterior, encarnándose en él un espíritu cuyas semillas están latentes en su interior, aunque él no tiene conciencia de ellas. Se debe tener sumo cuidado para proteger al niño mientras realiza esa tarea de la cual va tomando conciencia de a poco y que realiza por medio de sus experiencias en contacto con el mundo exterior.

El niño opera con una sabiduría interna, guiado por leyes como las que guían cualquier otra tarea que se lleva a cabo en el reino de la naturaleza, siguiendo ritmos de actividad que no se parecen en nada a los de los agresivos adultos empeñados en la conquista.

El concepto de que la tarea de encarnación o de gestación espiritual es completamente distinta de los afanes del adulto que participa en forma activa en el orden social no es nuevo. Por el contrario, ha sido celebrado con solemnidad y elocuencia durante siglos y ha llegado hasta nosotros con toda la fuerza de un rito sagrado. Hay en el año dos feriados que todos respetamos: Navidad y Pascua. Los celebramos en nuestros corazones y nos tomamos un descanso de nuestras ocupaciones sociales; muchos incluso participamos en ceremonias religiosas en esas dos ocasiones. ¿Qué se conmemora en esos feriados antiquísimos? A una sola Persona. Pero la encarnación y la misión social de esa Persona se reconocen en forma separada y distinta. En la historia de la vida de Jesús, su encarnación dura hasta la pubertad, aproximadamente hasta los trece años, cuando el niño le dice a sus mayores: "¿Porqué me buscaban? ¿No sabían que debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?" El que habla es un niño. No ha adquirido su sabiduría de los adultos, sino que los asombra y los confunde. Sólo después nos enteramos de la oscura vida del niño que obedeció a sus mayores, que hizo todo lo posible por aprender el oficio de su Padre y que se puso en contacto con la sociedad de los hombres en la cual iba a cumplir su misión.

Supongamos ahora que las características y objetivos de la vida independiente de la infancia no fueran conocidos y que el adulto considerara que las características diferentes de las suyas son errores del niño, y se apresurara a corregirlos. En ese punto se producirá la batalla entre el más débil y el más fuerte que es crucial para la humanidad, porque la enfermedad o la salud del alma del hombre, la fuerza o la debilidad de su carácter, la luz clara o las tinieblas de su mente, dependen de que el niño tenga una vida espiritual perfecta y tranquila. Si en ese precioso y delicado periodo de la vida se ejerce una forma sacrílega de esclavización del niño, las semillas de vida se tornaran estériles, y ya no será posible para los hombres llevar a cabo las grandes obras que la vida los ha convocado a realizar. Ahora la batalla entre adultos y niños se produce en la familia y en la escuela, durante el proceso al que todavía nos referimos con un término consagrado por el tiempo: "educación".

Cuando en nuestras escuelas tuvimos en cuenta la personalidad del niño y le dimos la posibilidad de desarrollarse al máximo -construyendo un ambiente que respondiera a las necesidades de su desarrollo espiritual-, nos demostró que contaba con una personalidad completamente distinta de la que habíamos imaginado, con rasgos exactamente opuestos a los que otros le atribuían. Con su ferviente amor por el orden y el trabajo, el niño demostró tener facultades intelectuales muy superiores a las que se presumía que tenía. Es evidente que en los sistemas de educación tradicionales el niño finge por instinto con el fin de ocultar sus capacidades y ajustarse a las expectativas de los adultos que lo reprimen. El niño cede ante la necesidad cruel de esconderse, enterrando en su subconsciente una fuerza vital que clama por expresarse y que es fatalmente frustrada. Al arrastrar esa carga oculta, él también, a la larga, perpetuará los numerosos errores de la humanidad.

El tema de la relación de la educación con la guerra y la paz reside allí, más que en el contenido de la cultura que se le transmite al niño. Que el problema de la guerra se discuta o no con los niños, que la historia de la humanidad se le presente a los niños de tal o cual manera, no cambia en lo absoluto el destino de la sociedad humana.

En pocas palabras, la personalidad del débil, del sumiso, o del que tiene frustraciones o problemas de desarrollo, siempre es producto de una educación que constituye una lucha insensata entre el fuerte y el débil. El hecho de

que el niño tiene rasgos de personalidad bastante distintos de los que durante mucho tiempo se creyó ha sido probado en forma incontrovertible en base a un trabajo constante a lo largo de un cuarto de siglo, no sólo en casi todas las naciones que comparten nuestro patrimonio occidental, sino también en muchos otros grupos étnicos de lo más variados: indígenas de América, africanos, siameses, javaneses, japoneses.

Luego de nuestras experiencias iniciales se habló con entusiasmo sobre un método de educación capaz de producir resultados asombrosos, pero al poco tiempo muchas personas se dieron cuenta de la realidad y la importancia de ese fenómeno. Uno de los primeros libros sobre el tema, titulado "New Children", se publicó en Inglaterra.

Hemos vislumbrado fugazmente una nueva clase de humanidad. Se ha encendido la esperanza de un hombre mejor, la esperanza de eliminar las desviaciones que invalidan a los niños en sus años de formación, reemplazándolas por un proceso normal de desarrollo y permitiéndole al hombre finalmente alcanzar la salud psíquica.

En la actualidad, un hombre con una psique sana es tan poco común que casi nunca nos encontramos con uno de ellos, del mismo modo que eran contadísimos los hombres con cuerpos sanos antes de que el concepto de higiene personal ayudara a la humanidad a reconocer cuál es la base de la salud. En el terreno de lo moral, el hombre todavía se deleita con venenos sutiles y codicia privilegios que esconden riesgos mortales para el espíritu. Lo que a veces se denomina virtud, deber y honor no son otra cosa que máscaras de vicios capitales que la educación transmite de generación en generación. Las aspiraciones insatisfechas del niño tienen un efecto sobre él cuando llega a la adultez y se revelan en distintas expresiones de desarrollo mental atrofiado, en fallas morales, en innumerables anomalías psíquicas que hacen que la personalidad humana se torne débil e inestable. El niño que nunca ha aprendido a manejarse por sí mismo, a establecer objetivos para sus propias actos o a ser dueño de su propia fuerza de voluntad, se reconoce en el adulto que deja que los demás lo guíen y siente una necesidad constante de tener la aprobación de los otros.

El escolar al que permanentemente se lo desalienta y se lo reprime llega a perder la confianza en sí mismo.

Sufre una sensación de pánico que se conoce como "timidez", una falta de seguridad en sí mismo que en el adulto se transforma en frustración y sumisión y en la imposibilidad de resistirse a lo que es moralmente malo. La obediencia impuesta a un niño por la fuerza, tanto en el hogar como en la escuela, obediencia que no reconoce los derechos de la razón y la justicia, lo prepara para ser un adulto que se resigna a cualquier cosa. La práctica generalizada en las instituciones educativas de exponer a la reprobación, de hecho a una especie de burla pública, al niño que comete un error, le infunde un terror incontrolable e irracional frente a la opinión de los demás, por injusta y errónea que esta pueda ser. Mediante esos condicionamientos y muchos otros, que contribuyen a su sentimiento de inferioridad, se abre el camino al respeto irreflexivo, e incluso a una idolatría casi ciega del adulto, paralizado ante los líderes públicos, los cuales llegan a representar padres y maestros sustitutos, figuras que el niño se vio obligado a incorporar como perfectas e infalibles.

Es así como la disciplina se convierte en sinónimo de esclavitud:

Hasta ahora el niño ha sido privado de la posibilidad de aventurarse por los senderos morales que sus impulsos vitales latentes podrían haberlo llevado a explorar con ansiedad en un mundo que para él es completamente nuevo. Nunca pudo medir y poner a prueba su propia energía creadora, ni establecer el tipo de orden interior cuya consecuencia principal es un sentido seguro e inviolable de la disciplina. Los intentos del niño por aprender que es la verdadera justicia han sido confundidos y mal encauzados. Incluso ha sido castigado por tratar de ayudar caritativamente a compañeros que estaban aun más oprimidos y que eran menos ingeniosos que él. Si, por el contrario, espiaba y delataba a otros, era tolerado. La virtud más premiada y fomentada ha sido superar a sus compañeros y sobresalir, aprobando exámenes al final de cada año de su vida de perpetua y monótona esclavitud. Los hombres educados de esa forma no han sido preparados para buscar la verdad ni para que se familiaricen con ella y la integren a su vida, ni para que sean caritativos con los demás y cooperen con ellos con el fin de crear una vida mejor para todos. Por el contrario, la educación que han recibido los ha preparado para lo que se puede considerar solo como un intervalo en la vida colectiva real: la guerra. Porque la verdad es que no son las armas las que provocan la guerra, sino el hombre. Si el hombre creciera en plenitud y con una psique sana, un carácter fuerte y una mente clara, no podría tolerar que coexistieran en su interior principios morales diametralmente opuestos o abogar a la vez por dos clases de justicia, una que promueve la vida y otra que la

destruye. No cultivaría al mismo tiempo en su corazón dos fuerzas morales: amor y odio. Tampoco erigiría dos disciplinas: una que organiza las energías humanas para construir y otra que las organiza para destruir lo que ha sido construido. Un hombre fuerte no puede soportar una escisión en su conciencia, y mucho menos actuar en dos formas totalmente opuestas. Por consiguiente, si la realidad del hombre es diferente de lo que parece ser en la vida cotidiana, es porque los hombres se abandonan a la pasividad y se dejan llevar hacia un lado u otro como si fueran hojas secas.

La guerra, en la actualidad, no surge del odio a un enemigo. ¿Cómo podría ser así si un día se lucha contra una nación y al día siguiente contra otra, y el aliado de mañana es el enemigo de ayer? El hombre blanco, que se vanagloria de ser muy civilizado, no es, en términos morales, mejor que los ejércitos mercenarios del pasado, que peleaban contra quien fuera, siempre y cuando les pagaran. Nada ha cambiado, excepto, quizás, el hecho de que hoy los hombres destruyen su propia obra y sus tesoros y sufren hambre simplemente porque les han ordenado que lo hagan. Los egipcios tuvieron suficiente sabiduría como para distinguir entre el trabajo de construir su civilización y librar guerras. Para eso, les pagaban a tropas fenicias para que librasen sus batallas mientras su propia gente cultivaba la tierra y se ocupaba de los proyectos de obras públicas. Pero nosotros, naciones "civilizadas", confundimos las dos cosas. Ante los complejos problemas sociales que actualmente causan tanta preocupación, hombres que fueran mejores que nosotros utilizarían tanto su inteligencia como las victorias que a sus antepasados les costó ganar en la batalla por llegar a ser civilizados y encontrar otras soluciones que no fueran la guerra. De no ser así ¿para qué se habría dotado al hombre de inteligencia? ¿Y qué objeto tiene poseer las riquezas que se han acumulado para nosotros gracias a la sabiduría de nuestros antepasados?

Para un hombre mejor, la guerra ni siquiera sería un problema; sería una práctica brutal totalmente opuesta a la vida civilizada, un absurdo que el hombre nuevo no podría comprender en absoluto. Es el hombre el que debe elegir su destino, y el día que deje que las armas caigan de sus manos marcaría el comienzo de un futuro radiante para la humanidad.

LA TERCERA DIMENSIÓN

Parece una afirmación tan obvia como ingenua, pero es muy clara que se necesitan dos casas para la paz en el mundo: en primer lugar, un hombre nuevo, mejor; y luego, un entorno que de ahí en adelante no ponga límites a las infinitas aspiraciones del hombre.

Sería menester que todos pudieran acceder por igual a las fuentes de riqueza en lugar de que fueran el patrimonio de un país en particular. ¿Cómo podemos garantizar que los pueblos del mundo dejarán que otros recorran libremente los caminos que ellos han construido y exploten las riquezas enterradas en el suelo de su país? Para unir a todos los hombres en una hermandad, tendríamos que derribar todas las barreras, de modo que los seres humanos de todo el mundo fueran como niños jugando en un inmenso jardín. Las leyes y los tratados no son suficientes; lo que se precisa es un mundo nuevo, lleno de milagros.

Parecería que el niño también hace milagros cuando advertimos con cuánta ansiedad busca independizarse y la oportunidad de trabajar, y que posee enormes tesoros de entusiasmo y amor.

Un mundo nuevo para un hombre nuevo: eso es lo que necesitamos con mayor urgencia. Si esto fuera una utopía, o algún tipo de broma, sería un sacrilegio hablar del tema en este momento, cuando la humanidad está viviendo al borde del abismo, con la amenaza de una catástrofe total. Pero desde principios de este siglo hemos vislumbrado, con una intensidad encefalocrática, un mundo de milagros.

¿Acaso no es cierto que ahora el hombre puede volar? Como resultado de ello, las barreras geográficas ya no separan a los países y el hombre puede ir a cualquier lugar de la Tierra sin construir caminos y sin invadir el territorio de otros.

Si el hombre ha logrado vencer la fuerza de la gravedad y viajar por el aire libre y velozmente, ¿qué país en lo sucesivo podrá insistir en reclamar derechos territoriales sobre esta u otra parte de la Tierra? ¿Qué país podrá arrogarse derechos exclusivos sobre la gravedad de la Tierra o sobre el espacio exterior más allá de la atmósfera terrestre?

¿Quién podrá reclamar en exclusividad las ondas cortas y largas, las causas invisibles de una misteriosa forma de comunicación que sin embargo transporta la voz del hombre y las ideas de toda la humanidad a través del espacio? ¿Quién podrá alguna vez agotar por completo esa libertad y ese poder inmensos?

La energía solar se transformara en mayor cantidad de pan nutritivo y en calor para las viviendas de los hombres. ¿Qué nación podrá afirmar sus derechos exclusivos a esa energía? No existen límites ni barreras geográficas para las nuevas riquezas que el hombre está adquiriendo a medida que se desplaza hacia la estratosfera, hacia los cielos infinitos, hacia el centro de la creación colmado de estrellas. ¿Qué sentido tendría entonces que el hombre luchara contra el hombre?

Al principio los hombres luchaban contra cosas concretas, pero luego descubrieron que el origen de los fenómenos materiales era la energía. De ahí en más, el hombre dominó las infinitas causas ocultas en lugar de sus limitados efectos. El hombre tomó control de ellas como si fuera un dios, y de ese modo cambió por completo su vida como ser social. Una maravillosa y rápida conquista del espacio que rodea a la Tierra ha elevado los logros del hombre a un nivel que va más allá de su superficie. Para el hombre, la superficie del planeta tenía dos dimensiones, pero ahora se ha desplazado hacia la tercera dimensión. La historia bidimensional de la humanidad ha terminado.

Una era que se prolongó por miles de años, tan antigua como la historia humana -que en realidad comenzó en una época legendaria y, antes de eso; en tiempos de los que solo tenemos algunos indicios enterrados en las entrañas de la Tierra-, ha llegado a su fin. Se ha cerrado un inmenso capítulo de la historia que abarcó varios milenios.

Hasta nuestra época el hombre tenía que ganarse el pan a diario con el sudor de su frente, cultivando los campos como un condenado, y tenía que esconder su nobleza como un esclavo. Aunque era hijo del amor, se veía forzado a soportar las cadenas del intercambio de bienes materiales. Pero el hombre que ha invadido el mundo de los astros puede incorporarse en toda su grandeza, puede hacerle frente al universo como una nueva criatura. El niño, el niño nuevo, está predestinado a encaminarse hacia la conquista del infinito.

El alcance de esta conquista es tan amplio que requiere la cooperación de toda la humanidad, pero lo único que forjará la verdadera unidad humana es el amor.

Esta es la visión de la realidad de nuestro tiempo: nosotros, los últimos hombres atados a la Tierra, debemos realizar el gran esfuerzo de elevar nuestros ojos y nuestros corazones para comprenderla. Estamos atravesando una crisis, divididos entre un mundo antiguo que está llegando a su fin y un nuevo mundo que ya ha comenzado y ha dado pruebas de todos los elementos constructivos que tiene para ofrecer. La crisis que estamos viviendo no es el tipo de agitación que marca el pasaje de un periodo histórico a otro. Se puede comparar solamente con una de esas épocas biológicas o geológicas en las cuales surgieron formas de vida nuevas, superiores, más perfectas, a medida que las condiciones de vida sobre el globo se modificaban por completo.

Si no apreciamos esta situación en toda su magnitud, nos encontraremos frente a un cataclismo universal, conscientes de la profecía del Apocalipsis. Si el hombre sigue atado a la Tierra y no presta atención a las nuevas realidades, si utiliza las energías del espacio con el objeto de destruirse a sí mismo, pronto lograra su cometido, porque las energías que ahora se encuentran a su disposición son inconmensurables y accesibles a todos, en cualquier momento y en cualquier rincón del mundo.

Si el hombre, que conoce el secreto de las pestes, puede controlar sus causas y reproducir a su voluntad innumerables gérmenes de enfermedades en los laboratorios, utiliza este medio destinado a salvar vidas, con el propósito de diseminar epidemias devastadoras que envenenen a la Tierra, lograra sus fines con gran facilidad.

Hoy no existen obstáculos en su camino. Ni las montañas ni los mares constituyen barreras, y puede llegar a los sitios más recónditos de la Tierra volando por la atmósfera.

¿Quién tocará la trompeta que lo haga despertar? Hoy el hombre duerme plácidamente sobre la superficie de un planeta que está a punto de devorarlo. ¿Qué va a hacer?

2. EN FAVOR DE LA PAZ

Discurso pronunciado el 3 de septiembre de 1936 en el Congreso Europeo para la Paz, realizado en Bruselas, Bélgica.

Las mentes más brillantes del mundo se reúnen hoy en respuesta a una convocatoria destinada a resolver los problemas más urgentes de la vida. La paz es una meta que se puede alcanzar solamente de común acuerdo, y los medios para lograr esa unidad para la paz abarcan dos aspectos: primero, un esfuerzo inmediato por resolver los conflictos sin recurrir a la violencia --en otras palabras, para evitar la guerra- y, segundo, un esfuerzo a largo plazo por establecer una paz duradera entre los hombres. La tarea de la política es prevenir los conflictos; la de la educación es establecer la paz. Debemos convencer al mundo de la necesidad de realizar un esfuerzo universal, colectivo, por sentar las bases para la paz.

La educación constructiva para la paz no se debe limitar a la enseñanza en las escuelas. Es una tarea que requiere esfuerzos de toda la humanidad. Su objetivo debe ser reformar a la humanidad para permitir el desarrollo interior de la personalidad humana y para crear una visión más consciente de la misión del género humano y las condiciones actuales de la vida social. Estos objetivos se deben alcanzar no sólo porque el hombre prácticamente desconoce su propia naturaleza, sino también porque casi no entiende el funcionamiento de los mecanismos sociales del que dependen sus intereses y su salvación inmediata.

El fenómeno más peculiar de la vida moderna es el cambio repentino en nuestras condiciones sociales. El cambio exterior es obvio, dado que los descubrimientos científicos y sus aplicaciones prácticas han producido alteraciones sorprendentes en nuestro entorno físico. Pero este cambio quizás no sea tan evidente en los niveles más profundos y esenciales, los que subyacen bajo esos cambios exteriores de nuestra civilización. Este segundo nivel del cambio producido, evidenciamos, no obstante, que gracias a los mecanismos económicos y a las comunicaciones, los hombres han logrado unirse en sus intereses materiales.

Este logro indica que han surgido nuevas metas en cuanto a esos mismos intereses, y es menester que los hombres sean educados en forma consciente para alcanzarlos, porque si continúan considerándose a sí mismos como grupos nacionales con distintos intereses, correrán el riesgo de destruirse unos a otros. Este es el quid de todas las cuestiones relacionadas con la paz.

Como consecuencia de esos cambios, la guerra ahora resulta absurda y no puede producir ningún beneficio material. En Europa, la primera guerra mundial ya ha demostrado que la victoria no les ha permitido a los vencedores obtener nuevas energías y beneficios, como ocurría en el pasado. Se ha producido un fenómeno completamente nuevo: los pueblos derrotados se han convertido en un peligro, una carga, un obstáculo. Los vencedores deben asistirlos y ayudarlos a recuperarse. Hoy una nación derrotada es una enfermedad que sufre toda la humanidad. El empobrecimiento de una nación no hace más rica a otra; por el contrario, todas las naciones resultan afectadas en forma negativa. Destruir una nación equivale a amputar una mano creyendo erróneamente que de esa forma la otra mano duplicará su fuerza.

Somos un solo organismo, una nación. Transformándonos en una sola nación finalmente hemos advertido la inconsciente aspiración religiosa y espiritual del alma humana, y podemos proclamarla en todos los rincones de la Tierra. Ha nacido "la humanidad como organismo"; se ha concretado la superconstrucción que ha absorbido todos los esfuerzos del hombre desde el comienzo de su historia. Estamos viviendo esta realidad. Tenemos prueba de ello en los poderes casi milagrosos que hoy le permiten al hombre elevarse por sobre su condición natural. Ahora el hombre surca los cielos a mayor altura y con más seguridad que el águila; ha logrado dominar los secretos invisibles de las energías del universo; puede mirar hacia el cielo y hacia el infinito; su voz atraviesa los mares, y puede oír los ecos de toda la música del mundo; y cuenta con los poderes secretos para transformar la materia.

En resumen, el hombre contemporáneo es ciudadano de la gran nación que conforma la humanidad. Es absurdo creer que un hombre así, dotado de poderes superiores a los de la naturaleza, debería ser holandés, francés, inglés o italiano. Es el nuevo ciudadano del nuevo mundo, un ciudadano del universo.

Ante estas circunstancias, ya no es posible dar por sentada la existencia de naciones con intereses divergentes. Las naciones independientes, con sus propias fronteras, costumbres y derechos exclusivos, ya no tienen razón de ser. Siempre habrá grupos humanos y familias humanas con distintas tradiciones e idiomas, pero esa no puede ser una razón válida para que existan naciones en el sentido tradicional de la palabra: se deben unir como elementos constitutivos de un solo organismo o morir. La gran trompeta que convoca a los hombres a congregarse en torno a un único estandarte de la humanidad es un llamado del que depende nuestra vida misma. Hoy todos los hombres están en contacto entre sí; las ideas circulan por el aire a través de la radio, de un extremo a otro de la Tierra, sin reconocer límites nacionales; en todo el mundo se forman grupos que comparten esas mismas ideas y los hombres ya no pueden aferrarse a la mentalidad medieval de los Palleschi y los Piagnon en Italia.

Sin embargo, grupos con intereses particulares están tratando de adueñarse de ese enorme poder que de aquí en más le debe pertenecer a la humanidad entera.

Sólo hay dos caminos ante nosotros: debemos demostrar que *somos* dignos de nuestros grandes logros o moriremos a causa de ellos. Es absurdo pelearnos por el bienestar económico, por la defensa nacional o por el triunfo de un sistema social u otro.

En la época que nos toca vivir hay que ajustarse a condiciones materiales que han sufrido enormes cambios. Hemos conquistado nuestro entorno físico y superado nuestras limitaciones naturales. Hemos dominado los poderes invisibles y tomado el lugar del Júpiter Tonante de los griegos y de los dioses de los pueblos helénicos. Pero todavía no tenemos plena conciencia de que lo hemos hecho, y esto es precisamente lo que nos impide llegar a ser hermanos para que este supermundo pueda llegar a ser el Reino de los Cielos. Al hombre se le debe educar para tomar conciencia de su grandeza y llegar a ser digno de las facultades con las que cuenta. Si en la Roma del Imperio el ciudadano necesitaba ser consciente de su dignidad, es aún más necesario que el ciudadano del Imperio Universal actual tome conciencia de la propia.

La personalidad humana ha permanecido tal como era en el pasado: el carácter y la mentalidad del hombre no han experimentado modificaciones y él no entiende el destino y la responsabilidad que tiene ahora, a causa de los nuevos poderes de los que dispone. Resumiendo, el hombre no ha avanzado al ritmo del progreso que se ha producido en su ambiente externo; sigue con su timidez y su confusión, temeroso y susceptible a la sumisión irreflexiva a la autoridad, a un regreso al paganismo o incluso al barbarismo, porque se siente abrumado por el supermundo en el que vive.

Los psicólogos modernos han hablado de los peligros que acechan al individuo que es víctima de lo que han denominado "complejo de inferioridad"; pero, ¿qué podemos decir de los riesgos que acechan a toda la humanidad debido a que el hombre, el rey del universo, tiembla de miedo y está tan abrumado por la depresión que siente la tentación de suicidarse?

Nuestra principal preocupación debe ser educar a la humanidad, a los seres humanos de todas las naciones a fin de guiarla hacia la búsqueda de metas comunes. Debemos volver atrás y centrar toda nuestra atención en el niño. Los esfuerzos de la ciencia se deben centrar en el niño porque él es el origen de los enigmas de la humanidad y también la clave para resolverlos. El niño cuenta con una enorme riqueza, con una capacidad, sensibilidad e instintos constructivos que todavía no han sido reconocidos ni puestos en práctica. Para desarrollarlos necesita oportunidades mucho más amplias de las que se le han ofrecido hasta ahora. ¿No se podría alcanzar ese objetivo cambiando toda la estructura de la educación? La sociedad debe reconocer plenamente los derechos sociales del niño y preparar para él y para el adolescente un mundo capaz de asegurar su desarrollo espiritual.

A fin de cumplir ese cometido, todas las naciones tendrían que llegar a un acuerdo para generar una especie de tregua que permitiera a cada una dedicarse a cultivar a sus propios miembros con el objeto de encontrar, de esa manera, las soluciones prácticas a los problemas sociales que hoy parecen imposibles de resolver. Quizá entonces lograr la paz sería fácil y estaría al alcance de la mano, como si nos despertáramos de un sueño, como si nos liberáramos de un hechizo que nos mantuvo hipnotizados.

3. EDUCAR PARA LA PAZ Discurso pronunciado el 22 de mayo de 1937 en Copenhague, Dinamarca

Hoy, en este período social particular, la educación está adquiriendo una importancia verdaderamente ilimitada. Y el mayor énfasis de su valor práctico se puede resumir en una frase: la educación es la mejor arma para la paz.

Si consideramos el poder aterrador y la perfección técnica de los armamentos en los que la gente confía para que la proteja durante la guerra, inevitablemente llegamos a la conclusión de que la educación no se convertirá en un armamento capaz de garantizar la seguridad y el progreso de los pueblos del mundo hasta que no haya alcanzado el mismo nivel de excelencia y desarrollo científico que ostentan los armamentos tradicionales.

No estoy hablando de la posibilidad de necesitar armamentos mecánicos, y no quiero tratar el tema político; simplemente estoy diciendo que la verdadera defensa de la humanidad no se puede basar en las armas. Las guerras se sucederán una tras otra, y jamás se podrá asegurar ni la gracia ni la prosperidad de ningún pueblo, hasta que no nos decidamos a confiar en el gran "armamento para la paz" que representa la educación.

Dado que la educación es la verdadera salvación de la humanidad y de la civilización, no puede estar restringida por los límites que tiene en la actualidad, ni continuar como se ha implementado hasta ahora. La educación ha quedado muy rezagada con respecto a las necesidades contemporáneas. Para utilizar una analogía relacionada con el tema que estamos tratando, se podría decir que la educación se ha quedado en el nivel del arco y la flecha comparada con los armamentos actuales. ¿Cómo luchar con arcos y flechas contra poderosos cañones y bombarderos aéreos? Por esa razón es necesario construir y perfeccionar el armamento de la educación.

Es evidente que la educación, como piedra angular de la paz, no puede consistir solamente en tratar de evitar que los niños se fascinen con la guerra. No es suficiente impedir que el niño juegue con armas de juguete, como tampoco lo es dejar de inculcarle que la historia de la humanidad es una sucesión de hazañas logradas con las armas, y que la victoria en el campo de batalla es un honor supremo. Ni siquiera basta fomentar en él amor y respeto por todos los seres vivos y por todas las cosas que los seres humanos han construido a través de los siglos.

Ese papel del aula podría interpretarse como una campana contra la guerra, un papel que podríamos describir como negativo -el mero intento de desterrar la amenaza de un conflicto inminente- en lugar de un esfuerzo positivo por generar la paz en el mundo.

Es demasiado obvio que las guerras no se pueden evitar con una educación de ese tipo. Si fuera así ¿por qué no se han podido evitar las guerras merced a la influencia educativa de la sociedad civilizada, que proclama que la libertad y la vida del hombre son sagradas, o de las religiones, que durante milenios han tratado de enseñarle al hombre a amar a su prójimo?

Los hombres no marchan a la guerra porque son sanguinarios o porque están impacientes por usar sus armas. Preferirían no tener que participar en las guerras, pero involuntariamente se ven envueltos en ellas. A todos los aterroriza el azote de la guerra y les gustaría desertar; y se debe aplicar una tremenda presión moral y material para que abandonen la seguridad de sus hogares y la vida familiar con sus seres queridos.

Los hombres no libran guerras porque en su infancia jugaron con armas de juguete. Además, enseñar historia en base a la memorización de fechas y sucesos no es seguramente el método ideal para incentivar en los niños el deseo de ser héroes.

La guerra es, sin lugar a dudas, un fenómeno complejo que debemos investigar y entender, especialmente en nuestra época. Hoy la humanidad se ve abrumada por acontecimientos que afectan al mundo entero y que aún no han sido abordados por la educación. El género humano se encuentra como un niño solo, perdido en un bosque, a merced de cualquier sombra que se cruce en su camino y de cualquier ruido misterioso que se pueda oír en la oscuridad.

El hombre no entiende los sucesos que lo abruma y no puede protegerse de ellos en absoluto. La sociedad ha evolucionado sólo exteriormente, construyendo inmensos mecanismos y creando complicados medios de comunicación, pero mientras tanto la humanidad ha permanecido sumida en la ignorancia y la desorganización. Sí, los pueblos del mundo están desorganizados y cada individuo piensa solamente en su bienestar inmediato.

La educación, según el enfoque generalizado, fomenta en el individuo la idea de que debe seguir su propio camino y luchar por sus intereses personales. A los escolares se les enseña a no brindarse ayuda entre ellos, a no soplarle la respuesta a los compañeros que no la saben, sino a preocuparse sólo por sí mismos, por aprobar los exámenes de fin de año y por ganar premios compitiendo con otros alumnos. Y estas pobres criaturas egoístas, que según lo demostrara la psicología experimental, sufren de agotamiento mental, cuando llegan a la adultez se encuentran como si fueran granos de arena desparramados individualmente en el desierto; cada uno está aislado de su vecino, y todos son infértiles. Si llega una tormenta, las ráfagas atrapan a esas pequeñas partículas humanas desprovistas de espiritualidad vivificadora y forman con ellas un torbellino mortal.

Lograr una educación capaz de salvar a la humanidad no es en absoluto una tarea sencilla: implica desarrollar la espiritualidad del hombre, realzar su valor, como individuo y preparar a los jóvenes para que comprendan la época que les toca vivir.

El secreto es el siguiente: hacer posible que el hombre se convierta en amo del entorno mecánico que hoy lo oprime. El hombre productor se debe transformar en amo de la producción. En la actualidad la ciencia ha intensificado la producción, la cual ha alcanzado niveles de organización muy elevados en todo el mundo. Por consiguiente, ha surgido la necesidad de realzar las energías humanas en forma científica y de organizar la humanidad proporcionalmente. Los hombres ya no pueden seguir ignorando su propia naturaleza y el mundo donde viven. El verdadero flagelo que hoy los amenaza es precisamente ese tipo de ignorancia. Debemos organizar nuestros esfuerzos para la paz y allanar el camino hacia ella de manera científica, por medio de la educación. La educación indica el camino hacia un nuevo mundo por conquistar: el mundo del espíritu humano.

En nuestras experiencias con niños observamos que el infante es un embrión espiritual dotado de misteriosas sensibilidades que lo guían, de energías creadoras que tienden a construir una especie de instrumento maravilloso en el alma de los hombres. Como una radio que recibe las ondas cortas y largas que se transmiten

por el espacio, el tipo de instrumento que un niño construye gradualmente en su propia alma está destinado a recibir las ondas sagradas que transmiten el amor divino a través de las esferas infinitas de la eternidad. Es esa sensibilidad la que le da al hombre su valor excepcional: el hombre es grandioso porque puede recibir las emanaciones del Altísimo.

El niño también es capaz de darnos evidencias tangibles de la posibilidad de una humanidad mejor. Nos ha demostrado el verdadero proceso de construcción del ser humano normal. Hemos observado que los niños cambian por completo cuando aprenden a amar las cosas, desarrollándose en ellos su sentido del orden, disciplina y autocontrol como una manifestación de su libertad absoluta. Los hemos visto trabajar con constancia, recurriendo a sus propias energías y desarrollándolas en el transcurso de sus ocupaciones.

El niño es a la vez una esperanza y una promesa para la humanidad. Por lo tanto, si cuidamos ese embrión como si fuera nuestro tesoro más valioso, estaremos trabajando por la grandeza de la humanidad. Los hombres que eduquemos de esa forma podrán usar sus poderes divinos para superar a los hombres de hoy, que han confiado su destino a las máquinas. Lo que se requiere es fe en la grandeza y superioridad del hombre. Si ha logrado dominar las energías cósmicas que circulan por la atmósfera, podrá entender que el fuego del genio, el valor de la inteligencia, la luz de la conciencia, también son energías que se deben organizar, regular, atesorar y utilizar para bien de la vida social humana.

Hoy esas energías están dispersas; o más bien, reprimidas y mal encaminadas a causa de los errores perpetuados por un tipo de educación que todavía ejerce dominio sobre todo el mundo. El adulto no entiende al niño. Los padres inconscientemente luchan con sus hijos en lugar de ayudarlos a cumplir su misión divina. Los padres y los hijos no se entienden. Se abre un abismo entre ellos desde el día en que nace el niño. Esta falta de entendimiento es la ruina del hombre: lo lleva a la perdición, enferma su espíritu, lo empobrece y hace que no advierta sus potencialidades. La falta de entendimiento entre los niños y los adultos precipita la tragedia del corazón humano, que más tarde se manifiesta en una falta de sensibilidad, en la pereza y en la criminalidad. Aquellos que han sido humillados se avergüenzan de sí mismos; los tímidos se retraen en sus caparazones; los temerosos buscan obtener su bienestar personal. Toda la riqueza potencial de la personalidad del hombre desaparece.

La educación debe aprovechar el valor de los instintos ocultos que guían al hombre a medida que erige su propia vida. Entre esos instintos hay uno muy poderoso: el gregario. Hemos tenido ocasión de comprobar que si el niño y el adolescente no tienen la oportunidad de formar parte de una verdadera vida social, no desarrollan un sentido de la disciplina y de la moral. Esos dones se transforman en productos finales de la coacción en lugar de ser manifestaciones de la libertad. La personalidad humana se moldea mediante las experiencias continuas; nos corresponde a nosotros crear para los niños, para los adolescentes, para los jóvenes, un entorno, un mundo que permita que esas experiencias formativas estén a su alcance. La personalidad del joven debe entrar en contacto con el mundo de la producción luego de un aprendizaje basado en la experiencia; primero y principal, al hombre se le debe orientar para tomar conciencia de sus responsabilidades con respecto a la organización social humana. De esa forma, desde la más tierna infancia, los seres humanos deben experimentar en forma práctica qué es la asociación, y sólo entonces comprenderán gradualmente los secretos de la evolución técnica de esta sociedad.

Actualmente tenemos una organización de máquinas. Lo que se necesita son hombres capaces de utilizar máquinas para llevar a cabo una misión elevada de la que cada uno de ellos será consciente y de la que se sentirá responsable.

Es absolutamente cierto que el secreto del futuro poder del hombre está oculto en la humanidad a medida que ésta se desarrolla: en los jóvenes.

Esas naciones que quieren la guerra han logrado reconocer y dar libertad de acción a los poderes ocultos de los niños y los jóvenes para promover sus propios intereses, para organizarlos socialmente, para convertirlos en una fuerza activa de la sociedad. Es terrible que esta verdad hasta ahora haya sido reconocida sólo por esas potencias que buscan la guerra. Pero el hecho de que una organización de la humanidad verdaderamente poderosa no se puede improvisar de la noche a la mañana es una realidad de gran valor práctico. El trabajo preliminar para una organización con esas características debe centrarse en la infancia, en las raíces mismas de la vida. En pocas palabras, la sociedad se puede organizar sólo si la educación le ofrece al hombre una escalera de experiencias sociales a medida que pasa de un periodo a otro de su vida.

Los que quieren la guerra preparan a los jóvenes para luchar; pero los que quieren la paz han descuidado a los niños y a los adolescentes, pues no han logrado organizarlos para la paz.

La paz es un principio práctico de la civilización humana y de la organización social que se basa en la naturaleza misma del hombre. La paz no lo esclaviza, sino que lo exalta. No lo humilla, sino que le hace tomar conciencia de su propio poder sobre el universo.

Y como se basa en la naturaleza del hombre, es un principio constante, universal, que se aplica a todos los seres humanos.

Este principio debe ser nuestra guía para construir una ciencia de la paz y educar a los hombres para la paz.

PARTE II: Educar para la paz.

Sexto Congreso Internacional Montessori (1937, Copenhague, Dinamarca)

4. DISCURSO INAUGURAL

Serie de discursos pronunciados en el Sexto Congreso Internacional Montessori realizado en 1937 en Copenhague, Dinamarca

Esta solemne ceremonia, que cuenta con la presencia de Su Excelencia, el ministro de Educación de Dinamarca, señala el comienzo de nuestro Sexto Congreso Internacional. Este no es un congreso pedagógico en el sentido estricto de la palabra. La meta que nos hemos fijado es ayudar al mundo adulto a conocer, amar y servir mejor al niño y, de ese modo, ayudar a toda la humanidad a alcanzar un nivel superior de desarrollo.

No se debe considerar al niño como una criatura débil e indefensa que lo único que necesita es que lo protejan y lo ayuden, sino como un embrión espiritual con una vida psíquica activa desde el día de su nacimiento y guiado por instintos sutiles que le permiten construir su personalidad. Dado que es el niño el que se transforma en adulto, debemos verlo como el verdadero constructor de la humanidad y reconocerlo como nuestro padre. El gran secreto de nuestro origen está escondido en su interior, y las leyes que conducirán al hombre a su legítima condición de ser, sólo se pueden manifestar dentro de él. En este sentido, el niño es nuestro maestro. A los adultos se los debe educar principalmente para admitir ese hecho, de modo que puedan cambiar su comportamiento hacia las generaciones que les siguen.

Al considerar al niño como una *tabula rasa*, sin directivas internas, el adulto de hecho lo ha forzado a doblegarse ante la voluntad de sus mayores y adaptarse a las condiciones del mundo adulto. De esa manera, el adulto ha reprimido las sensibles inclinaciones naturales del niño y las ha pisoteado, provocando en él defensas y resistencias instintivas invencibles, capaces de degenerar y dar lugar a verdaderos trastornos espirituales.

La vida del hombre se inicia, pues, con una batalla inconsciente entre el adulto y el niño; y a medida que las generaciones se suceden, el hombre, en lugar de alcanzar un desarrollo pleno, sigue siendo un ser deforme, una persona que está muy lejos del ideal del hombre normal, dotado de una personalidad equilibrada en sus aspectos intelectuales y afectivos.

La sociedad debe reconocer la importancia del niño como constructor de la humanidad y llegar a apreciar en profundidad las raíces psíquicas que determinan si el adulto en su edad madura persigue metas positivas o negativas. Hoy el niño es un "ciudadano olvidado", la sociedad debe empezar a prestarle atención y crear un entorno que satisfaga sus necesidades vitales y fomente su liberación espiritual.

Aún no se ha cumplido la gran misión social que asegure justicia, armonía y amor a los niños, y esa debe ser la tarea de la educación, porque es la única forma de construir un mundo nuevo, y de que reine la paz.

Abordar el tema de la educación para la paz en tiempos tan críticos como los que estamos viviendo, en los cuales la sociedad se ve constantemente amenazada por la posibilidad de la guerra, puede parecer un idealismo de lo más ingenuo. Sin embargo, creo que colocar los cimientos para la paz por medio de la educación es la forma más eficaz y constructiva de oponer resistencia a la guerra, dado que las necesidades actuales de la gente de ninguna manera justifican el combate armado, y dado que la guerra no les ofrece ninguna esperanza de mejorar su destino.

La humanidad ha caído en un estado tal de barbarismo y desorganización espiritual que el individuo se ha convertido en un grano de arena en un árido desierto. Cada individuo ignora el verdadero rostro de su propia época y no tiene idea de los peligros que se ocultan dentro de ella hasta que se transforma en una indefensa víctima de los acontecimientos.

Ante semejante situación, no se podrá avanzar ni abrigar esperanzas de alcanzar la paz hasta que no se instrumenten acciones rápidas y contundentes dirigidas a la humanidad misma.

Dirigir nuestras acciones a la humanidad significa, primero y principal, ocuparnos de los niños. Al niño, ese "ciudadano olvidado", se lo debe apreciar por su verdadera importancia. Sus derechos como ser humano que le da forma a toda la humanidad deben adquirir un carácter sagrado, y las leyes secretas de su desarrollo psíquico deben iluminar el camino para la civilización.

Si la era de la historia de la evolución humana que se caracteriza por el constante estallido de la guerra se puede denominar "el período adulto", entonces el período en el cual comenzaremos a construir la paz será "la edad del niño".

Si en el pasado triunfaba la ley de la fuerza bruta, hoy deben triunfar las leyes de la vida. Esta aspiración extremadamente compleja se puede resumir en la palabra *educación*.

La generosa hospitalidad profesada a nuestro Sexto Congreso por parte del gobierno de Dinamarca es un presagio promisorio de paz para nosotros y para el mundo; porque en la actualidad, al igual que en el pasado, Dinamarca le rinde culto a la paz y a los tesoros del intelecto humano.

Dinamarca está dispuesta a considerar el problema del niño y a fomentar la educación como herramienta fundamental para construir la paz. Me gustaría agregar que nuestra primera conferencia sobre el tema del niño también se llevó a cabo en Dinamarca, hace ocho años, en Elsinor, cerca del castillo real cuya leyenda inspiró a Shakespeare. Cuando en Europa terminó la guerra hubo muchísimas esperanzas de paz y los defensores de los niños elegimos como punto de reunión la tierra natal de un genio de las letras, Hans Christian Andersen, cuyos libros han deleitado a niños de todo el mundo. Sin embargo, la guerra no se ha convertido en algo del pasado, porque las guerras terminarán solo cuando la humanidad se someta a una verdadera reconstrucción espiritual.

Nuestro llamamiento al mundo para que advierta la importancia del niño en el desarrollo espiritual de la humanidad contradice todos los movimientos intelectuales cuyo interés se centra exclusivamente en los adultos. Por ello agradecemos muchísimo a quienes han venido hasta aquí para brindarnos apoyo oficial. Nos sentimos honrados de que varias figuras públicas y gobiernos estén colaborando con nosotros y de que en este congreso se hayan reunido participantes de veinticinco naciones, convocados por el llamado todavía débil del niño, que solo recientemente ha comenzado a ser escuchado en el mundo. En nombre de nuestra Asociación Internacional, deseo expresar mi gratitud a mi colega Wilhelm Rasmussen, director del Instituto de Capacitación Docente Superior de Copenhague, que generosamente se hizo cargo de la tarea de organizar este congreso.

Deseo expresar a Su Excelencia mi sincera gratitud por habernos dado el apoyo oficial de su país desde el comienzo. Asimismo, me gustaría agradecer a Sus Excelencias, el primer ministro Stauning y el ministro de Acción Social, Ludvig Christensen, que aceptaron patrocinar la organización del congreso como presidentes honorarios, y a Su Excelencia, el Dr. Munch, ministro de Relaciones Exteriores, que honrara a este congreso pronunciando un discurso. En nombre de todos los niños del mundo deseo manifestar, desde el fondo de mi corazón: ¡Larga vida a Dinamarca y a la generosa hospitalidad que le ha ofrecido a la causa de la paz en el mundo!

Muchos gobiernos están apoyando este congreso, cuyo tema es casi una orden: "¡Educar para la paz!" Bélgica, Cataluña, Chile, Checoslovaquia, Francia, Grecia, Haití, Cantón de Ticino, Letonia, México, Rumanía, Rusia, Estados Unidos de América y Egipto han enviado representantes oficiales o diplomáticos, cuya presencia en la apertura de nuestro congreso nos honra.

5. ¿POR QUÉ LA EDUCACIÓN PUEDE TENER HOY ALGUNA INFLUENCIA EN EL MUNDO?

El tema que me han pedido que analice tiene una importancia especial dado que se manifiesta en forma de interrogante: ¿Por qué la educación puede tener hoy alguna influencia en el mundo?

Esta manera de formular la pregunta implica que la educación no ha tenido tal influencia en todo momento y en toda circunstancia. Si la educación es tan influyente por sí misma como para combatir en forma eficaz la movilización de ejércitos poderosos, por ejemplo, ¿por qué no ha tenido ese efecto en el pasado? Durante miles de años el cristianismo, y antes las grandes filosofías de la antigüedad, han apelado a los sentimientos de amor y hermandad ocultos en el alma humana. No obstante, los hombres han continuado con sus luchas como impulsados por una fuerza implacable, en una pelea similar a la que se produce entre las especies y que fuera descrita por Darwin. Quizás algunos dirán que las cosas siempre han sido y seguirán siendo así.

Sin embargo, en la actualidad existen fenómenos tan nuevos y formas tan inusuales de guerra que tenemos buenos motivos para creer que toda la historia del pasado se ha desarrollado en un plano muy distinto al de la historia de nuestra época. Si analizamos las guerras del pasado, veremos que se produjeron por la necesidad imperiosa del hombre de vencer a otros y de defenderse; y a pesar de que podían haber recurrido a otras soluciones para los problemas de la humanidad, esas guerras trajeron aparejadas ciertas ventajas para un bando a expensas del otro. Aun más, esas guerras hacían competir a las naciones y, por lo tanto, eran un medio de elección muy oportuno. Incluso en ocasiones produjeron una mezcla de pueblos y una expansión de la civilización, aunque esos resultados, como dije anteriormente, también se podían haber alcanzado sin la guerra.

En la actualidad no podemos ver en la guerra ninguna ventaja. Algunos podrían objetar que la conquista de otra nación constituye una ventaja, pero tenemos buenas razones para cuestionar esa afirmación. Dinamarca ha alcanzado un alto nivel de civilización sin sentir la necesidad, en épocas recientes, de conquistar a otros pueblos.

¿Y por qué habría de sentir esa necesidad? ¿Acaso para obtener una mejor provisión de alimentos? Para ello lo único que tiene que hacer una nación es comprar y producir mejores alimentos por su cuenta. ¿O tal vez para promover el progreso cultural adquiriendo mejores medios de transporte? Para eso lo único que tiene que hacer una nación es comprar y construir. No hay nada en el mundo que no se pueda producir y utilizar. Me parece evidente que sería más fácil vivir sin tantas ansiedades y procurar los productos necesarios de sus lugares de origen en lugar de conquistar a otros y adquirir bienes materiales por la fuerza. ¿O quizás las naciones recurran a la guerra para apropiarse de los descubrimientos de algún genio que ha vivido en el país conquistado y explotarlos en beneficio propio? No obstante, no existe descubrimiento alguno -ni siquiera el avance intelectual más insignificante- realizado en cualquier rincón del mundo que en poco tiempo no se conozca desde un extremo a otro de la Tierra, como el líquido contenido en diversos vasos comunicantes busca el mismo nivel. Por consiguiente, las razones de antaño ya no tienen validez. Sin embargo, hay un hecho llamativo que queda por analizar: se ha producido una evolución en el ámbito social, en particular en los últimos años, una evolución repentina, milagrosa, debida a un grupo de hombres. No es menester que mencione sus nombres porque lo importante es que representan las fuerzas de la inteligencia, esa gran energía, ese tesoro incommensurable que puede generar beneficios para el mundo entero aunque brille en un único individuo.

Todos los descubrimientos e inventos que aparentemente le debemos a un solo individuo dependen de un oscuro sustrato de trabajadores siempre presentes, que crean un producto que nadie puede conquistar y arrebatarse por la fuerza. Este trabajo no es patrimonio de una nación en particular; es, en mayor o menor grado, común a todas ellas. Es un estrato supernatural, que ha creado un mundo supernatural, una civilización que se ha extendido por doquier.

La sociedad ha sido transformada por esos logros prodigiosos y ni siquiera somos conscientes de ese cambio, porque es la característica distintiva de nuestra era. El admirable poder del hombre para vencer la fuerza de gravedad y los elementos que una vez le fueron inaccesibles son los signos distintivos de nuestro tiempo.

Además, todos los hombres se han vuelto más ricos. Podría incluso arriesgarme a decir que son tan ricos que son víctimas de su riqueza. Si comparamos nuestra época con el pasado, podríamos decir que esta es la era de la riqueza. Todos nuestros hogares tienen agua y luz; todos los hombres tienen medios de transporte a su disposición. ¡Qué afortunada es la humanidad por haber llegado a un nivel tan alto de riqueza universal! Si, la humanidad es tan rica que al hombre le gustaría volver a un estilo de vida más simple. Siente la necesidad de recurrir a remedios que en cierta oportunidad se consideraban un castigo: a muchas personas hoy les resulta muy deseable comer con sencillez y vivir al aire libre en una carpa.

Así mismo, contamos con una gran cantidad de riqueza monetaria; pero aunque la gente está buscando una forma de vida que en ciertos aspectos es más sana y simple, se ha habituado a sus comodidades y no estaría dispuesta a abandonarlas. Nuestra prédica caería en oídos sordos si abogáramos por abandonar las formas externas de la vida civilizada. Nadie puede negar que lo que hoy disfrutamos -nuevos medios de transporte, electricidad, radio y cosas por el estilo- representa una forma de progreso muy valiosa.

Uno podría sugerirle a un contemporáneo: "Observa el tipo de civilización que produjeron Demóstenes, Cicerón y otras grandes figuras del pasado que tenían una intensa vida espiritual. Vivamos como ellos lo hacían; abandonemos los logros de nuestra civilización; renunciemos a la luz eléctrica." Se opondría; nadie querría volver al pasado. Todos pensarían que un sacrificio así sería ridículo, y si se sugiriera: "Prescindamos de nuestros baños con agua corriente y utilicemos agua de pozo", todo el mundo se opondría diciendo: "¡Pero eso no tiene nada que ver con el progreso!" Incluso algunos podrían recomendar: "Amigos, es mejor eliminar todos los nuevos medios de transporte: aviones, automóviles, omnibus. Movilicémonos a pié o a caballo. ¡Si volvemos a esas formas de transporte seremos personas más dignas!" Todos pensarían que esa prédica es absurda, porque nos hemos dado cuenta de que el progreso intelectual no está reñido con el progreso técnico sino que marchan a la par. Tengo la certeza de que si un heróico franciscano con una voluntad de acero se dedicara a predicar un mensaje como ese, en la actualidad no lograría captar discípulos.

¿Cómo hemos llegado a que nuestro nivel de moral humana represente un retroceso en el camino que conduce a la civilización? Si alguien proclama la necesidad de matar a otros, ¿por qué todos lo siguen? ¿Por qué sentimos la necesidad de ser héroes, igual que en el pasado, sin que nuestra idea del heroísmo haya cambiado en lo más mínimo? Por nuestra parte respondemos: el género humano ha experimentado grandes progresos exteriormente pero no interiormente. El hombre no tiene idea de un aspecto de los problemas que lo acechan. No se ha hecho nada por fomentar su desarrollo espiritual. Su personalidad no ha cambiado en absoluto comparada con la de los siglos pasados, pero la gran cantidad de cambios producidos en sus condiciones sociales lo obligan a vivir en un entorno que no le resulta natural. Por lo tanto, el hombre se encuentra débil e indefenso ante los estímulos tanto de su entorno físico como de otros hombres. No tiene confianza en su propio criterio, y su personalidad está fragmentada.

Así es el hombre contemporáneo, utilizando términos suaves. Quienes han realizado estudios científicos del hombre han usado palabras mucho más duras. Dicen que la lucha desesperada del hombre por adaptarse a su entorno, sin estar preparado para ello, provoca cambios en su personalidad que podrían describir como patológicos. Ese es el problema *más interesante* de nuestro tiempo: en la actualidad todos nos sentimos satisfechos por tener algo de anormales.

Las estadísticas prueban que nuestras instituciones mentales, nuestros hospitales para enfermedades nerviosas, están repletos de pacientes, y que casi todo los hombres en algún momento de sus vida necesitan consultar a un especialista en enfermedades mentales, aunque sólo sea para enterarse de que está padeciendo una de ellas.

No somos los únicos que hemos notado que algunos niños a los que se considera normales en realidad no lo son, pero fuimos los *primeros* en advertirlo y en percatarnos de que ese flagelo psíquico es aún más devastador ahora que en el pasado, porque hoy el niño se encuentra en una posición sin precedentes. Su situación no se puede describir en pocas palabras. Nos limitaremos a señalar que en el mundo contemporáneo no hay lugar para el niño. El mundo del niño es como un cono que continuamente reduce su tamaño, dejando al pequeño sin espacio. Cuando afirmo que en el mundo no hay lugar para el niño, lo que quiero decir es que no hay espacio físico ni tampoco hay lugar para él en la mente y el corazón de los hombres. La humanidad crea sus propias leyes y evoluciona; y las condiciones para el niño empeoran a medida que mejoran las que existen para el adulto. Hasta los padres parecen estar descuidando a sus hijos porque tienen demasiado que hacer. Y la humanidad, hoy tan débil, tan enferma, víctima de tantas tentaciones, ya no tiene la fuerza de cambiar su curso. La humanidad misma es el problema más importante de nuestro tiempo.

El desequilibrio entre el desarrollo del ambiente externo y el desarrollo espiritual interno del hombre es bastante asombroso. Es un fenómeno curioso, que presenta aún más contradicciones de las que plantea el fenómeno de la guerra. ¡Los hombres han alcanzado tantos logros y han obtenido tantas riquezas, y sin embargo son pobres e infelices! En este mismo momento cada uno se pregunta cómo puede seguir viviendo. Todo evoluciona, todo cambia, la humanidad, produce tanto -de hecho demasiado- y es ese mismo exceso el que en ocasiones nos hace sentir el deseo desesperado de volver al pasado.

¡En el mundo reina una gran confusión! El hombre contemporáneo, ese hombrecillo atrofiado, está lleno de contradicciones. Ni siquiera sabe si se encuentra en un estado de pobreza o de riqueza, si está enfermo o sano. Es víctima de la ansiedad, de una angustia típica de una persona gravemente enferma. Se pregunta cómo puede seguir. "¿Cómo puedo hacer para salir adelante?" es la frase que todos exclaman en este mundo maravilloso colmado de recursos y de nuevas formas de vida. El hombre está dispuesto a sacrificarlo todo por ese torbellino de angustias, que se parecen mucho a las de los pacientes que sufren neurosis patológicas. Los hombres de la antigüedad eran más simples. Decían: "Dios proveerá". En su mundo todavía había lugar para el pobre entre otros que eran pobres y el individuo estaba dispuesto a hacer sacrificios por el bien de su prójimo. Hoy nuestras angustias vitales son algo parecido al intento desesperado por salir con vida de un edificio en llamas. El hombre está dispuesto a abandonar casi todo, hasta su conciencia y sus principios; incluso está dispuesto a abandonar esta humanidad civilizada si eso le permitiera seguir viviendo.

Observemos lo que ha sucedido con el tipo de educación impartida por nuestros padres y maestros. Le dicen al niño: "Vamos, debes dedicarte de lleno al estudio. Debes obtener ese diploma. Debes obtener tal trabajo. De lo contrario, ¿de qué vas a vivir?" Los padres y los maestros de hoy olvidan pregonar las palabras que alguna vez fueron el pilar de la educación: "Todos los hombres son hermanos".

Los hombres de nuestra época pasan por la vida hastiados y aislados unos de otros. Son como granos de arena en el desierto. Están concentrados en masa pero separados. El suelo de su vida social es estéril; hasta una pequeña brisa puede arrastrarlo y arruinarlo.

Un poco de agua espiritual sería suficiente para convertirlo en una tierra más fuerte y menos árida.

Con un poco de vida que ahí se desarrollara se produciría un cambio beneficioso, porque es la vida la que convierte a la arena en tierra fértil. La verdadera amenaza que hoy se cierne sobre la humanidad no es tanto la guerra sino esa aridez terrible, esas trabas para el desarrollo. La infelicidad del hombre es la característica más alarmante de la realidad de nuestra época. Ya no siente auténtica alegría. Está aterrado. Se siente inferior a causa de algo que está en su interior. ¡Oculta dentro de sí mismo un gran vacío! Y la naturaleza detesta los vacíos y anhela llenarlos de alguna manera.

El verdadero peligro que amenaza a la humanidad es el vacío en el alma de los hombres; el resto es sencillamente una consecuencia de ese vacío.

Es significativo que en esta era de progreso el hombre haya descubierto dentro de sí esa forma de enfermedad moral denominada "complejo de inferioridad". El hombre, la criatura que vuela por los cielos, que captura la música de las esferas, que está dotado de un poder que linda con la omnipotencia, se queja de ser débil, incapaz y desdichado.

El problema fundamental es curar a la humanidad y tomar como norte y guía para el desarrollo de la individualidad el noble concepto del hombre como rey del universo. Este ser humano que ha aprovechado todo tipo de fuerza física debe ahora dominar y explotar sus propias fuerzas internas, convertirse en amo de sí mismo y en soberano de su período histórico. Para lograrlo, se debe liberar y utilizar el valor de su individualidad, debe experimentar su poder. Al hombre se le debe enseñar a ver el mundo en toda su grandeza, para ampliar los límites de su vida, para hacer que su personalidad individual se extienda y alcance las de otros.

El rey del universo, el rey del cielo y de la Tierra, el rey de los objetos visibles y de las energías invisibles, ¡ése es el tipo de hombre que debe gobernar! Sin duda la Tierra entera es su territorio, pero su verdadero reino es el que se encuentra dentro de sí mismo.

Voy a terminar este discurso con una parábola que tal vez parezca bastante modesta, pero que puede arrojar algo de luz sobre lo que he expresado ahora.

Imaginemos a un príncipe que posee un palacio magnífico, lleno de espléndidas obras de arte, alfombras de Oriente, objetos preciosos, y cosas por el estilo. Este príncipe se casa con una sencilla aldeana. La buena mujer va a vivir al palacio como princesa, pero camina sobre las regias alfombras sin advertir su valor y no aprecia ni admira las obras de arte. El príncipe se da cuenta de que no basta con casarse con una mujer de pueblo para convertirla en una auténtica princesa: también se la debe educar. Se ocupa de que la eduquen y entonces la mujer regresa al palacio como una princesa y disfruta las cosas que el destino ha puesto en sus manos.

El mundo civilizado es como el palacio del príncipe y la humanidad es como la mujer del pueblo. A la princesa se la debe educar. Ese es el verdadero problema; no se requiere ninguna otra cosa. El palacio, la dignidad, el título, todo está a su alcance; lo único que falta es la educación.

En la actualidad, la importancia de la educación es enorme porque el hombre posee mucho más de lo que sabe y mucho más de lo que puede disfrutar. ¡Lo tiene todo! Debe aprender a apreciar lo que tiene, a disfrutar lo que ya posee.

6. SEGUNDA DISERTACIÓN

Me gustaría proponer una idea de importancia fundamental: el tipo de educación que se requiere para promover la causa de la paz debe ser necesariamente compleja y totalmente distinta de lo que por lo general se quiere decir con la palabra *educación*.

La educación, según se la analiza comúnmente, no interviene en la solución de cuestiones sociales importantes y se cree que no tiene efecto en situaciones que conciernen a la humanidad como un todo. Abreviando, se considera que su importancia es muy limitada; pero si vamos a tener una verdadera educación para la paz, ella debe ser considerada universalmente, un factor fundamental e indispensable, el punto de partida, un tema de interés decisivo para toda la humanidad.

Cuando analizamos cuestiones sociales, al niño lo ignoramos por completo, como si ni siquiera formara parte de la sociedad. Sin embargo, si reflexionamos sobre la influencia que puede tener la educación para lograr el objetivo de alcanzar la paz mundial, podremos ver con claridad que ante todo debemos ocuparnos del niño y su educación. Hemos advertido que la educación puede tener una enorme influencia en la humanidad; por eso decimos que la educación es importante.

Ya no se debe pensar en la educación como si se tratara solamente de la enseñanza de los niños, sino como una de las cuestiones sociales de mayor relevancia, ya que es el único tema que le concierne a toda la humanidad.

El resto de las numerosas cuestiones sociales tienen que ver con un grupo u otro de adultos e involucran a un número relativamente pequeño de seres humanos; la cuestión social del niño, sin embargo, tiene que ver con todos los hombres en todas partes.

En muchas oportunidades nos encontramos ante cuestiones sociales que suponen problemas en apariencia insolubles. Estoy convencida de que nuestra aparente incapacidad para resolverlos surge del hecho de que no tenemos en cuenta un factor crucial: el ser humano durante la infancia. Discutimos muchos temas sociales importantes, pero todos ellos están relacionados con el adulto; y ese adulto, que ha pensado tanto en sí mismo, que ha intentado mejorar su propia vida, ha olvidado una gran parte de sí mismo, ya que ningún ser humano nace adulto; pero, ¿a qué edad el hombre se convierte en hombre, es decir, en ser humano, en un ser social que reclama tener ciertos derechos humanos?

“El hombre es un ser humano desde el día de su nacimiento, incluso desde su concepción.”

Hasta no hace mucho tiempo, la sociedad se preocupaba por los niños sólo en cuanto a la necesidad de brindarles algún tipo de instrucción escolar. Hoy también nos preocupa su salud física, pero a eso se le llama higiene, no educación. Podríamos agregar que al hombre, en los primeros años de su vida, se le considera sólo desde el punto de vista físico, como un cuerpo. ¿A qué edad se le empieza a considerar *humano*?

Es obvio que demostramos una lamentable falta de conciencia cuando no reconocemos que el niño es una personalidad con gran valor humano y derechos sociales sagrados. Muchos quedarán atónitos ante esta afirmación y les parecerá demasiado exagerada, absurda. De inmediato objetarán: “¿Cómo se nos puede acusar de falta de preocupación por el niño si es la luz de nuestros ojos, nuestra esperanza? ¿Cómo se nos puede acusar de falta de preocupación si somos padres dedicados, con profunda conciencia de nuestras responsabilidades?” Si, por supuesto, todos amamos a los niños, los queremos muchísimo, pero no los apreciamos por lo que son en realidad. Amamos a nuestros niños, o creemos que los amamos, pero no los entendemos. No hacemos lo que deberíamos hacer por ellos porque no tenemos idea de lo que deberíamos hacer, qué lugar deberían ocupar en la sociedad.

Hace algún tiempo surgió un tema muy importante: el rol de la mujer en la sociedad. El mismo tipo de comentarios que se hacen ahora sobre los niños y su rol en la sociedad se hicieron en ese momento sobre las mujeres.

En aquella época también parecía absurdo hablar de las mujeres como seres humanos olvidados. ¿Cómo que descuidamos a las mujeres, si hacemos todo lo posible por ellas, si las amamos tanto, si las protegemos y estamos dispuestos a morir por ellas, si nos pasamos la vida trabajando para ellas?" No obstante, existía la cuestión del lugar de la mujer en la sociedad. Y existe la cuestión del lugar del niño en la sociedad.

Hemos pregonado durante años que la idea que el adulto tiene del niño es errónea. El adulto comete una grave equivocación cuando piensa que es el creador del niño y cree que debe hacer todo por el pequeño.

El adulto ve al niño casi como un recipiente vacío que debe llenar.

El adulto cree que es el creador del niño, cuando en realidad correspondería que fuera el sirviente de la creación, y lo único que consigue es ser un dictador al que el niño debe obedecer ciegamente. El adulto ha incluido esa clase de dictadura entre sus problemas sociales pero nunca la ha tratado como un problema social de los niños.

El problema no se resuelve con tanta facilidad como creen algunos pedagogos modernos, que dicen:

"Dejemos que los niños hagan lo que quieran. Démosles absoluta libertad y dobleguémonos ante esta porción de la humanidad". Si hicieramos eso, el mundo quedaria patas para arriba y se produciria una revolución de los niños, pero en realidad lo que se necesita es darse cuenta de que hay un verdadero problema por resolver, un problema de educación.

Es muy interesante observar que el niño mismo nos está ayudando a resolver ese problema. El niño obviamente no puede solucionarlo en forma directa, sino que al revelarnos su naturaleza nos puede ayudar a cambiar por completo nuestras nociones de qué es la educación y a hacer que nuestro enfoque básico del tema sea práctico, experimental y científico.

Como casi todo el mundo sabe, los primeros años de vida del niño son los más importantes desde el punto de vista del desarrollo físico. Hemos aprendido que ello también se aplica al desarrollo psíquico. Por consiguiente, si queremos lograr que la educación sea una preparación para la vida y un medio para realzar el valor de la vida, debemos iniciar la educación del niño apenas nace. El período más importante de la educación es el primero, dado que en esa etapa temprana la personalidad del niño es todavía simple. Se desarrolla gradualmente, paso a paso. En esa etapa, las leyes del crecimiento psíquico humano se pueden ver con bastante claridad, al igual que mediante el estudio de la embriología uno puede ver el desarrollo de complejos organismos que ya han evolucionado.

¿Cómo debería ser la educación en los primeros años de vida del niño? Para nosotros, la educación no es simplemente enseñar en el sentido habitual de transmitir un conjunto de datos al niño que va a la escuela; para nosotros, la educación es una forma de protección, dar ayuda para obedecer a la vida.

La educación debe ayudar a que la psique del niño se desarrolle desde el día en que nace. El niño tiene vida psíquica desde el nacimiento. Se está publicando gran cantidad de información proveniente de investigaciones científicas que respaldan esa postura. Entre los documentos contemporáneos más impresionantes se encuentran estudios acerca de la conciencia del recién nacido y pruebas realizadas con niños de sólo dos \ horas de vida. Desde el momento en que nace, el niño representa un misterio para nosotros, una criatura- que podría describirse como un embrión espiritual.

En mi libro *The Secret of Childhood* (El secreto de la infancia) analicé sucintamente estos acontecimientos tan trascendentes. El niño es inteligente, ve y reconoce cosas a una edad en la cual en cierta época se consideró que su mente estaba totalmente en blanco.

A los cuatro meses un bebé ya ha observado todo lo que está a su alrededor y reconoce incluso objetos dibujados. Al año ya ha visto tanto que las cosas obvias ya no le interesan y busca cosas menos evidentes. Cuando entra en el segundo año ya es un snob y hace falta algo más interesante, algo invisible, para hacer que se concentre; de lo contrario se aburre por completo con todo, tanto, que alguna vez nos inclinamos a decir: "Todavía no entiende". Eso también se aplica cuando el niño es mayor; los maestros saben cuán difícil es despertar el interés del niño. Es extraño pero cierto que se podría describir al niño como la criatura más aburrida

del mundo. Dado que se aburre desde los primeros meses de vida, también es una criatura descontenta y llora mucho, con tal grado de insistencia que se ha dicho que debe llorar para que su voz se desarrolle en forma adecuada. El niño tiene una gran fuerza, una gran sensibilidad interna, un gran impulso por observar y estar activo. Todos estos rasgos nos han llevado a la conclusión de que el niño es una criatura de pasiones intensas. Si, tiene una gran pasión por aprender. Si no fuera así, ¿cómo podría orientarse en el mundo? El niño tiene inclinaciones naturales - que podríamos llamar instintos, impulsos vitales o energías internas - que le proporcionan un poder de observación, una pasión por ciertas cosas y no por otras. Tiene tanta fuerza en lo que respecta a esas cosas, que la única explicación posible es que se trata de una especie de instinto.

Daré un ejemplo: su sensibilidad al orden. Los objetos que siempre están en el mismo lugar le sirven como puntos de referencia y le permiten al niño orientarse cuando observa su entorno. Encontrar un objeto en un lugar que no es el habitual lo puede alterar y producirle una crisis de llanto, comúnmente conocida como berrinche. Ese tipo de sensibilidad, que a menudo ignorábamos que tuviera, y que por lo común es bastante intensa, lo ayuda a adquirir algunos rasgos definitivos de su personalidad.

A esas sensibilidades las llamamos "periodos sensibles".

Esos periodos sensibles llegan a su fin y si en su transcurso el niño adquiere algún rasgo de carácter de manera imperfecta, no podrá mejorarlo. Se han estudiado los patrones de desarrollo no sólo del niño sino también de los animales y, aparentemente, todas las criaturas vivientes tienen periodos de sensibilidad especial a medida que se desarrollan. Esas sensibilidades después desaparecen pero dan lugar a rasgos definitivos, que llegan a ser permanentes si se los adquiere en esos periodos.

Una de las cosas más importantes que el niño conquista es el uso del lenguaje. Un bebé de seis meses distingue el sonido de la voz humana entre muchos otros ruidos que lo rodean y comienza a unir esos sonidos.

Si fuera un mecanismo que simplemente escuchara sonidos y los imitara en forma indiscriminada, el bebé que vive junto a las vías del tren ¡silbaría como una locomotora por el resto de su vida! Sin embargo, eso no ocurre. Al parecer, hay algo dentro del niño que le permite distinguir el sonido de la voz humana del resto de los sonidos y hace que sienta tal fascinación por el lenguaje humano que comienza a hablar.

Es innegable que un idioma se aprende a la perfección sólo en los primeros años. De hecho, si un adulto y un niño van a vivir al extranjero, el niño pronto aprenderá a hablar el idioma de ese país como los nativos del lugar, mientras que el adulto siempre tendrá un acento "extranjero".

El niño tiene grandes poderes que los adultos ya hemos perdido; por lo tanto, es una criatura distinta de nosotros. Por supuesto, nosotros también tenemos grandes poderes. Podemos razonar en forma lógicamente, por ejemplo. Pero el niño tiene un poder que nosotros no tenemos: el de construir al hombre mismo. ¿Qué tiene que hacer el adulto? Se ve enfrentado a ese embrión espiritual y lo debe ayudar a que materialice sus conquistas.

Si el niño no puede utilizar su inteligencia, ésta se atrofia. El niño necesita tener algo que hacer, tener objetos con los que pueda actuar. Poner esos objetos a su disposición significa crear un entorno donde pueda actuar. ¿Cuándo se debe crear ese entorno? Apenas el niño comienza a desplazarse. Los adultos tratan de que el niño permanezca inactivo y piensan que al hacer eso lo están "entrenando". El adulto es un dictador.

Un dictador quiere que los demás le obedezcan y se niega a tener en cuenta sus personalidades. El problema principal, según la visión del adulto, es: ¿Qué hay que hacer para que el niño obedezca? ¿Se le debe tratar con ternura o con severidad? El adulto no lo sabe y por lo tanto en un momento es indulgente y al siguiente estricto, pero el niño no obedece y no corrige sus modos de proceder en ninguno de los dos casos.

Por consiguiente, el problema no está en cómo tratan los adultos al niño. El problema es de construcción.
¡Debemos construir para el niño un entorno donde pueda participar activamente!

Por esa razón, digo que si vamos a crear una educación capaz de ayudar al desarrollo de la humanidad, estamos ante un enorme problema. Se debe construir un mundo para los niños y los adolescentes, un mundo del que en la actualidad no hay ni rastros.

La normalidad para el niño está estrechamente relacionada con sus oportunidades para continuar sus actividades características. Todos los seres humanos son anormales sino pueden continuar con esas actividades. Es por eso que implica un problema social fundamental.

Esos pequeños seres humanos, que no pueden hablar para defender su posición, sin embargo nos están diciendo: "Tenemos derecho a un mundo para nosotros". La educación debe empezar en el día mismo del nacimiento y el niño debe tener la posibilidad de vivir en un entorno construido para él, un entorno que responda a sus necesidades.

De esa forma podría surgir una nueva ciencia y, a través de ella, se podrían dar los primeros pasos hacia la construcción de un mundo pacífico. La armonía entre el niño y el adulto, la creación de un lugar en el mundo para los seres humanos que en este momento no lo tienen, son metas que apuntan a la tarea de reconstrucción que se debe emprender.

7. CÓMO SE DEBE MODIFICAR LA EDUCACIÓN PARA QUE PUEDA AYUDAR AL MUNDO EN LAS CIRCUNSTANCIAS ACTUALES

¿Cuál es la tarea que debe encarar la educación? Principalmente, debe remendar lo dañado, llenar grandes y graves huecos. Sus metas fundamentales deben ser el reconocimiento de los valores de la personalidad humana y el desarrollo de la humanidad.

Cualquiera que se proponga esas dos metas para sí mismo podría inclinarse a creer que el progreso de la humanidad depende de la formación de una personalidad humana que ame la paz y que la suma total de individuos educados con esos objetivos bastaría para formar una sociedad pacífica.

Si agregamos que el esfuerzo para que se reconozcan los valores del hombre se debe basar en su naturaleza misma y que se deben tomar las inclinaciones naturales del niño como punto de partida, la gente podría pensar que primero será necesario determinar la probable actividad o futura profesión del niño, pero no creo que logremos nuestro objetivo siguiendo ese sendero. Simplemente nos llevaría a especular con respecto a la orientación profesional en lugar de provocar una reforma de la organización básica de la sociedad.

Por otro lado, cada vez que se ha realizado un intento de descubrir la verdadera naturaleza del niño ofreciéndole la posibilidad de manifestar sus tendencias internas, han surgido revelaciones sorprendentes.

El niño ha mostrado algo bastante inesperado, y de hecho ha dado pruebas tan contundentes de ello que los hechos son incontrovertibles. El niño ha dicho: "No me ayuden. No me molesten. Déjenme solo".

Todos los adultos han tenido esa experiencia, pero no le han prestado atención, o no han actuado de acuerdo con lo sugerido por el niño porque parecía demasiado simple.

Cuando al niño se le da la libertad para desplazarse en un mundo de objetos, tiene la tendencia natural de realizar la tarea necesaria para su desarrollo totalmente por su cuenta. Digámoslo sin rodeos: el niño quiere hacer todo por sí mismo, pero el adulto no lo entiende y comienza una lucha ciega. Al niño no le gusta jugar despreocupadamente, ni pasar el tiempo sin hacer nada útil, ni andar revoloteando sin finalidad alguna, como cree la mayoría de la gente. Busca un objetivo específico, y lo busca con una claridad de propósitos instintiva. Ese instinto que lo lleva a realizar cosas por sí mismo hace que nos corresponda a nosotros preparar un entorno que le permita lograr un verdadero desarrollo. Cuando se ha liberado de los adultos opresivos que actúan por él, el niño también alcanza su segundo objetivo: trabajar en forma positiva para lograr su independencia.

Se dice con frecuencia que el niño debe ser libre, pero ¿qué tipo de libertad se le ha dado? La única libertad

verdadera para un individuo es tener la oportunidad de actuar en forma independiente. Esa es la condición *sine qua non* de la individualidad. No se puede hablar de individuo hasta que la persona no pueda actuar por sí misma. El instinto que guía al niño a buscar su independencia nos lleva entonces a darnos cuenta de lo que demuestra toda la naturaleza: cualquier tipo de asociación se compone de individuos independientes. De otro modo no existirían las sociedades, sino sólo colonias. En el reino de la naturaleza encontramos un nivel inferior constituido por colonias donde los individuos se diferencian sólo físicamente, pero no son autónomos, y un nivel superior en el cual cada individuo es distinto e independiente y funciona por sí mismo. La individualidad es la unidad básica, el componente fundamental de una sociedad formada por muchos individuos; cada uno de ellos funciona en forma autónoma, pero se asocia con otros para un propósito común. En la naturaleza hallamos varios ejemplos de ello. Muchos miembros de la misma especie, juntos cumplen una función especial en el mantenimiento de una equilibrada economía terrestre. Su acción puede ser ilimitada, mientras que la función que cumplen las colonias es siempre limitada. Es raro que un individuo viva completamente aislado de los demás; por el contrario, tiende a asociarse con muchos otros. Tal asociación puede ser o no organizada. En este último caso, no constituye una sociedad sino más bien un conglomerado de individuos, cada uno de los cuales funciona por separado.

Podemos ver con más claridad, entonces, que implican esos dos conceptos. La educación debe fomentar tanto el desarrollo de la individualidad como el de la sociedad. La sociedad no se puede desarrollar a menos que el individuo se desarrolle, pues aprendemos observando al niño, el cual utiliza de inmediato la independencia que acaba de ganar para actuar en su ambiente social. La mayoría de nuestras acciones no tendrían razón de ser si no hubiera nadie alrededor de nosotros, y la mayor parte de las cosas las realizamos porque vivimos en asociación con otros. Tan pronto como el niño comienza a desarrollarse en un ambiente construido para él y logra actuar por su cuenta, sin depender del adulto, se establece una armonía no sólo entre él y el entorno, sino también entre él y el adulto.

Este proceso de liberación es de suma importancia, porque el niño que tiene libertad de acción se cura de todas sus perturbaciones psíquicas, o se salva de ellas por completo, y se convierte en amo de sus propias energías. El hecho de que esa transformación solo se pueda producir por medio de la actividad libre, demuestra a las claras que un niño que no puede realizar esa actividad es un niño anormal.

Es interesante ver como los rasgos de la personalidad que se consideran normales y se encuentran en los niños de todas las razas y condiciones sociales (mentir, ser desordenado, hacer berrinches, pasar el tiempo fantaseando, etc.) desaparecen en un medio donde pueda desarrollarse en libertad, dando lugar a rasgos completamente distintos. El carácter de los niños cambia mediante una actividad tranquila y constructiva que desarrolle su inteligencia.

La educación debe preocuparse por el desarrollo de la individualidad y permitirle a cada niño que siga siendo independiente no solo en los primeros años de su vida sino a través de todas las etapas de su desarrollo. Se necesitan dos cosas: el desarrollo de la individualidad y la participación del individuo en una auténtica vida social. Ese desarrollo y esa participación en las actividades sociales cobra distintas formas en los diferentes periodos de la infancia. Sin embargo, un principio permanecerá inalterable durante todas esas etapas: al niño se le deben proporcionar en todo momento los medios necesarios para que actúe y adquiera experiencia. Entonces su vida como ser social se desarrollará durante sus años formativos y se hará más compleja a medida que crezca.

El niño no puede desarrollarse si no tiene objetos a su alrededor que le permitan actuar. Hasta ahora se creía que el aprendizaje más eficaz se producía cuando los maestros le transmitían conocimientos al niño en forma directa, en realidad el mejor maestro es el entorno. El niño necesita objetos para actuar; son como alimento para su espíritu.

Si pensamos en todas las cosas que el hombre ha construido en el mundo, en las enormes mejoras que ha producido en su medio, podemos llegar a creer que la misión de la humanidad en el cosmos es transformar la naturaleza.

Se ha dicho que el mayor placer del hombre es poseer cosas. ¡De ningún modo! ¡El mayor placer del hombre es usarlas! Usarlas para perfeccionarse, al mismo tiempo que mejora su entorno. Existe una interacción constante entre el individuo y su entorno. El uso de las cosas plasma al hombre y el hombre plasma las cosas. Esta plasmación recíproca es una manifestación del amor del hombre por su entorno. La interacción armoniosa - cuando existe, como sucede por ejemplo en el niño- representa la relación normal que debería haber entre el individuo y su entorno, y esta relación es de amor. El amor lleva al niño no hacia la posesión de un objeto, sino a trabajar con ese objeto; y cuando el trabajo comienza en un determinado ambiente, también comienza la asociación con los compañeros, porque nadie puede trabajar solo. Así es como evoluciona la vida: aparece una forma de trabajo interesante, aumenta el valor de la individualidad y ello a la vez ensalza al individuo. Si eso no ocurre, si algo le impide actuar, surge en él el deseo de poseer todas las cosas que lo rodean. En lugar de trabajar junto con otros, el niño se pelea con ellos. El resultado de su asociación con los demás no es la colaboración sino el conflicto.

Esta gran revelación se la debemos al niño. Dos senderos se abren en el desarrollo de la personalidad: uno que conduce al hombre que ama y otro que conduce al hombre que posee. Uno conduce al hombre que ha conseguido su independencia y trabaja en armonía con otros, y el otro, al humano esclavo que se transforma en prisionero de sus posesiones al tratar de liberarse y que llega a odiar a su prójimo.

Estos dos senderos se podrían llamar el sendero del Bien y el del Mal: uno conduce al Cielo y el otro al Infierno; uno lleva al hombre a su perfección supranatural y el otro lo hace descender por debajo de su nivel natural.

El hombre no toma uno u otro sendero por decisión propia; su elección dependerá de que se haya desarrollado de manera normal o anormal.

Cuando los individuos se desarrollan en forma normal, sencillamente sienten amor no solo por las cosas sino también por todas las criaturas vivientes. Ese amor no es algo que se nos haya enseñado, es el resultado natural de tener una vida adecuada. Podríamos decir que si aparece el amor estamos dentro del campo de lo normal, y si no, dentro del campo de lo anormal. El amor no es la causa sino el efecto del desarrollo normal del individuo. Ciertas situaciones de la vida ofrecen la misma experiencia. Lo que llamamos amor entre un hombre y una mujer, por ejemplo, es posible sólo cuando las personas han llegado a una cierta etapa de desarrollo; lo mismo sucede con el amor de una madre por su hijo.

¿Se puede enseñar a amar con el ejemplo? ¿Cómo puede ser, en ausencia de la causa que genera ese amor? ¿Se puede tal vez, enseñar el amor fraternal, el amor a la humanidad, como un ideal abstracto? Si tenemos la intención de concretar alguna vez ese ideal, primero tendremos que organizar a la humanidad en forma adecuada, de acuerdo con las leyes de la humanidad. Para poder hablar de ese amor, para poder experimentarlo, en primer lugar debemos obedecer las leyes de la naturaleza o supranaturaleza humana. Hemos tenido muchas evidencias de que ese amor es posible. Muchos hombres han sentido esta especie de amor por la humanidad que es la verdadera esencia de cada individuo. Unos pocos hombres se han "salvado" a sí mismos del naufragio de la humanidad y han llevado una vida simple, activa: de hecho, la vida de los niños. Esos hombres, que han conseguido su propia salvación, a los que llamamos "santos", han dado pruebas al mundo de un amor capaz de beneficiar a toda la humanidad.

El niño que ha sentido un amor intenso por su entorno y por todas las criaturas vivientes, que ha descubierto la alegría y el entusiasmo en el trabajo, nos da razones para albergar la esperanza de que la humanidad se puede desarrollar en una nueva dirección. Nuestra esperanza de un futuro en paz no yace en el conocimiento formal que el adulto le puede transmitir al niño, sino en el desarrollo normal del hombre nuevo.

Eso es exactamente lo que nos permite creer que aún tenemos ante nosotros una gran posibilidad, que todavía existe una esperanza para nuestra salvación: un desarrollo normal, que afortunadamente, no depende de lo que intentamos enseñarle al niño.

Lo que podemos hacer es investigar este fenómeno con la objetividad del científico; estudiar los hechos que lo determinan, descubrir qué condiciones son necesarias para que se produzca y continuar en el sendero que conduce a la normalidad. Lo que podemos y debemos hacer es emprender la construcción de un entorno que proporcione las condiciones propicias para su desarrollo normal.

Una vez que la energía psíquica del niño salga de su letargo, se empezará a desarrollar de acuerdo con sus propias leyes y tendrá efecto en todos nosotros. El simple contacto con un ser humano que se está desarrollando de esa manera puede renovar nuestras energías. El niño desarrollándose en armonía y el adulto mejorando a su lado ofrecen una imagen muy atractiva y emocionante.

Ese es el tesoro que hoy necesitamos: ayudar al niño a que se independice de nosotros y a que emprenda su propio camino, y recibir a cambio sus dones de luz y esperanza.

En este nuevo panorama, el adulto aparecerá no sólo como el constructor del mundo externo sino como algo mucho más importante: el protector de las fuerzas morales y espirituales que resurgen en cada ser humano que nace.

8. LA NECESIDAD DE UN ACUERDO UNIVERSAL QUE LE DÉ AL HOMBRE LA PREPARACIÓN MORAL PARA DEFENDER A LA HUMANIDAD

El título de esta disertación tiene que ver con la necesidad de que todos los hombres lleguen a un acuerdo moral con miras a alcanzar uno de los objetivos de la educación.

Cuando hablamos de paz, no nos referimos a una tregua pasajera entre distintas naciones, sino a una forma de vida permanente para toda la especie humana. Los tratados entre países no alcanzan para cumplir esta meta. No creemos que el problema se relacione con las acciones políticas tendientes a salvar una u otra nación; más bien, se trata de resolver una cuestión psicológica que atañe a todos los hombres y de ese modo concebir claramente el tipo de moral necesaria para defender a la humanidad como un todo. Pues no es una nación la que hoy está en peligro de destrucción, son todos los seres humanos, habitantes de cualquier rincón del planeta, no importa a qué pueblo pertenezcan o cuán evolucionados estén.

Cuando una nación se ve amenazada, todos los ciudadanos se unen en su defensa; muchas veces el posible peligro unifica a un país antes dividido en fracciones políticas o religiosas hostiles. Tal vez el destino haya querido que hoy nos amenazara ese peligro para que la humanidad se uniese en defensa propia.

Si esta amenaza ha creado una conciencia psicológica común a todos, es obvio que no tenemos que defendernos por la fuerza; sólo es posible una salida psicológica, basada en el conocimiento de la sociedad y en la preparación moral.

No estaría de más preguntarnos: ¿qué es la moral y en qué condiciones puede convertirse en un arma capaz de defender a la humanidad?

Para entender que es la *moral*, habría que ir más allá de los estrechos límites que constriñen el significado usual de esa palabra. Lo que hoy consideramos moral se expresa en varios preceptos (no dañar a los demás, perseguir la justicia, amar al prójimo como a uno mismo). Pero si la moral ha de ser el arma para defender a la humanidad, debería ser algo más que un vago ideal; tendría que contar con una base práctica efectiva.

En principio, es necesario conocer la condición humana y los fenómenos que la gobiernan. Estos no son nada evidentes. Buscamos inútilmente en el pasado alguna lección que nos ayude a encontrar el camino en esta encrucijada de nuestra historia social. Nos vemos rodeados por hechos incomprensibles; el más incomprensible de todos es la guerra.

Citaré algunos ejemplos prácticos para ilustrar cuán ciegos somos frente a las causas de este estado psicológico que amenaza con destruir a la humanidad. Entre los remedios con que la gente busca combatir el espíritu bélico, no hace mucho oí decir que a los niños habría que enseñarles historia desde un punto de vista diferente. Evidentemente, la historia que se enseña en la escuela no guarda ninguna relación directa con los fenómenos contemporáneos. Pero hay que tener cuidado de no hacer un análisis demasiado apresurado, dado que si en nuestro intento de remediar las cosas a través de la educación introducimos nociones inútiles, estaríamos tomando el camino equivocado.

Las guerras no se dan porque las clases de historia les inculquen rencor a los niños. En la actualidad, no es el odio lo que impulsa a los hombres a librar guerras. Ya mucho tiempo atrás, se comenzó a buscar la solución a eso que llaman "nacionalismo", y se llegó hasta tal punto que incluso hasta hace poco muchos se quejaban por la falta de patriotismo.

Con su nueva cosmovisión, el hombre comenzó a pensar en lo que había más allá de las fronteras de su país, y así lo sigue haciendo. Ahora, las personas de todo el mundo quieren ver con sus propios ojos qué ocurre en cada rincón del planeta; cada vez tienen más ganas de viajar, de vagar por los caminos y senderos de la Tierra; cada vez sienten una mayor necesidad de aprender varios idiomas, o mejor aún, un lenguaje universal que les permita comunicarse mejor con gente de otros países y tener un contacto más profundo con todos los pueblos del mundo.

Más que nunca, los occidentales se vuelcan fascinados a conocer los pueblos de tierras remotas, como los japoneses, chinos e indios. Y cada vez es más fácil hacer realidad ese gran sueño de conocer el mundo, pues gracias a los nuevos medios de transporte se hace posible superar las formidables barreras geográficas. Hace tiempo que el hombre ha dado muestras claras de que precisa mezclarse con otros pueblos y ver cómo viven. Y los pasos dados en favor de los intercambios y viajes internacionales son una respuesta a estas nuevas aspiraciones. El viejo arraigo a "el lugar donde nací" o a "mi tierra" tiende a desaparecer, y en su lugar ha surgido el anhelo de conocer todos los confines del planeta.

Es difícil comprender por qué, a pesar de todo, los estados se han empeñado en cerrar sus fronteras, establecer controles aduaneros e impedir el cambio de moneda, nada más que para evitar que se pueda viajar libremente de un país a otro. Cuando pensamos en lo absurdo de todo esto, comprendemos que el problema es gravísimo, porque esos mismos hechos, que son los que causan horribles matanzas, siguen siendo un misterio para el hombre.

Muchos mecanismos de la organización social de hoy permanecen ocultos para la mayoría de las personas. El hombre apenas si se da cuenta de que hay factores económicos que determinan la realidad. Pero si esos y otros factores existen, tenemos que sacarlos a la luz y llamar la atención sobre ellos.

Cambiar la forma como se dicta la historia en las escuelas no es tan importante como estudiar la estructura actual de la sociedad. Puesto que la educación no brinda las herramientas para comprender los fenómenos contemporáneos, el hombre no toma conciencia de esa estructura. Es imperioso el surgimiento de una ciencia que estudie nuestra propia era, una ciencia de la paz.

En mi opinión, tal ciencia debería investigar dos realidades y enseñarnos cómo sacar provecho de ambas. La primera es que hay un niño nuevo; al darle al niño los medios necesarios para su desarrollo normal hemos descubierto ciertas leyes, y así comprendimos que el hombre es bastante distinto de lo que se creía. La segunda realidad es que la humanidad de hoy conforma en muchos aspectos una nación única. Existen innumerables pruebas de la unidad de todos los hombres tanto en lo económico como en lo intelectual.

Con la interdependencia, ha sobrevenido una unión entre los pueblos, demostrada por las guerras modernas: hoy el vencedor no se enriquece, sino que tiene que cargar con las miserias del perdedor. Tal unidad también se demostró por el absurdo, en el caso de las naciones que retornaron al nacionalismo y tuvieron que romper muchos lazos con otros países.

Los principios del nacionalismo hacen indispensable que se impida la salida del país a los ciudadanos y se impongan restricciones a los intercambios de divisas. A fin de promover un arraigo artificial y exagerado a la madre patria, se adoctrina a los hombres desde niños para que no se aparten de los intereses nacionales, que son esencialmente estrechos.

¿Por qué en varios países surgió un movimiento tan violento y coactivo? Porque los lazos que unían a las naciones sólo se sustentaban en mecanismos superficiales y carecían de un fundamento moral. El internacionalismo político sólo ha tenido en cuenta los intereses de un sector de la humanidad, persiguiendo una unidad en la cual se releguen los derechos de los otros sectores y se anulen sus particularidades morales.

Pero hay algo real: ni los nacionalistas ni los internacionalistas utilizan los mismos medios que en el pasado para guiar a las naciones hacia un fin determinado. Mientras que antes no buscaban más que el apoyo de los adultos, ahora también intentan adoctrinar a los niños.

Ambos movimientos son poderosos y las nuevas ideas que inspiran a sus representantes parecen corrientes emanadas de un abismo, como manantiales que se elevan desde profundidades insondables. En las naciones donde no domina ninguna de estas dos tendencias, es imperativo tomar medidas para defenderse del peligro que representan estos hombres.

Estos dos movimientos persiguen objetivos opuestos pero son similares entre sí: se extienden como una enfermedad infecciosa y causan espanto entre los otros pueblos. La mayoría de la gente tiene tanto miedo de que estas ideologías se vayan afianzando, que termina por ceder al dominio de alguna de las dos. Optan por una y se acogen a ella. Ambos movimientos nacieron para enmendar fallas de la sociedad, pero han ido demasiado lejos en su intento de cambio, tanto que se las considera enfermedades sociales graves y peligrosas. Quedarse con uno de los dos es algo así como elegir entre el cólera y la peste. Por más que una sirva para acabar con la otra, siempre habrá otra opción más saludable.

El hecho de que la humanidad haya alcanzado este punto es un signo de que las circunstancias actuales no tienen nada que ver con los sucesos del pasado, y nos insinúa que habría que estudiar la estructura social de nuestros tiempos como un fenómeno totalmente nuevo.

La comunión de intereses y la unidad entre los hombres tiene su origen primordial en el avance de la ciencia, los nuevos descubrimientos e inventos, y la proliferación de maquinarias modernas. A estos factores se debe que los intereses de la humanidad confluyan en uno solo; sin embargo, en los dominios de la psique sigue habiendo huecos abismales; los errores que enfrentan entre sí a los hombres se han perpetuado y la tarea de la educación es corregirlos.

El hombre contemporáneo es víctima de su tiempo cuando en realidad debería ser su amo. De estar preparado para afrontar sus condiciones de vida, sería capaz de controlar la realidad en lugar de sufrirla y se encaminaría por el sendero de la salud social, libre de las continuas crisis y aflicciones que lo aquejan.

El miedo no lo paralizaría como hoy; al contrario, la humanidad tomaría conciencia de su fuerza y su valentía, y se organizaría en busca de sus propios fines. Para que ello ocurra, es menester que surjan otras ciencias, novedosas disciplinas que iluminen los nuevos ideales y los divulguen, como hacen con su propaganda las ideologías en pugna.

Ya dije que dos son las realidades que pueden servir como pilares para una nueva organización de los hombres: la nueva unidad de la humanidad y el nuevo niño.

Una nación única y un ser humano mejor: estas son las dos grandes realidades. El nuevo individuo tiene que enseñarnos el camino que llevará a los hombres a tomar conciencia de su unidad. Este mundo lo concretarán seres humanos distintos de nosotros. Tal vez ya esté surgiendo y no nos demos cuenta. Casi en cada mano se alzan signos evidentes de este nuevo mundo. En medio de las tinieblas de duda y temor que penden espesas sobre la raza humana, ahora vislumbramos la luz que las disipará, pues una nueva sociedad está por aparecer. ¡Una nueva humanidad para un mundo nuevo está naciendo!

9. QUINTA DISERTACIÓN

La educación que nos llevará una nueva humanidad tiene un único fin: elevar al individuo y la sociedad a una etapa más avanzada del desarrollo. Este concepto abarca muchos aspectos y puede que resulte un poco confuso, pero quedará claro si tomamos conciencia de la función colectiva del hombre sobre la Tierra, que es la de toda la humanidad y cada uno de los seres humanos. Quizás esta idea nos permita orientar nuestros esfuerzos hacia un objetivo bien definido.

¿Cuál será esa misión que tiene la humanidad? ¿La preeminencia de una nación sobre otra? ¿El poder del pueblo? ¿El progreso industrial o cultural? ¿Y cuál será la misión personal de cada individuo? ¿Asegurar los medios de supervivencia para él y los demás? ¿Hacer que todos accedan a la educación? Estos objetivos se relacionan con los intereses de individuos o grupos específicos, pero parecería que más allá de ellos hay algo superior que incluye a toda la humanidad y tal vez hasta al mismo universo, a la creación y a la armonía cósmica.

Se puede considerar este "algo" como un ideal religioso, pero lo que me gustaría exponer es la posibilidad de que la ciencia tenga un papel predominante en el descubrimiento de esta misión universal única."

Es posible pensar la vida de las criaturas de la Tierra desde un solo punto de vista, y me gustaría hacer algunos comentarios sobre el estudio moderno de la geología y la evolución.

El hecho más interesante, y quizás más imponente, que se desprende del estudio de esas ciencias es que la Tierra es una creación de la vida. La vida creó las rocas y el suelo, y es ella la que mantiene la armonía sobre la Tierra. Sí, la Tierra es obra de los seres vivos. Son ellos los que mantienen el equilibrio de los océanos y aseguran la pureza del aire.

Todas las criaturas vivas de la Tierra desempeñan un papel en la obra cósmica. La vida sobre el planeta depende de muchas especies, cada una con su función particular y específica. Los animales se alimentan, viven y se reproducen; el ciclo vital de cada uno representa un papel en la vida de otras especies. Por ejemplo, todos saben que donde desaparece alguna especie se producen desequilibrios, porque las vidas de todos los seres están interrelacionadas. Es por ello que la vida puede considerarse como una energía que sustenta más vida.

En este punto me gustaría plantear una pregunta: ¿Acaso el hombre no tiene también su función sobre la Tierra? ¿Cómo se entiende que este ser, el trabajador por excelencia, no tenga un papel en la labor del cosmos?

La energía humana también está sobre la Tierra para asumir y cumplir una misión específica.

No caben dudas de que el hombre tiene una misión. Él extrajo del corazón del planeta riquezas ocultas y energías maravillosas y creó un supermundo o, más precisamente, una supernaturaleza. Paso a paso, al mismo tiempo que fue construyendo la supernaturaleza, el hombre dejó su estado natural y se fue perfeccionando hasta convertirse en un ser supernatural. El reino de la naturaleza existe desde hace siglos; la supernaturaleza es otro reino, construido gradualmente por la humanidad.

El hombre contemporáneo no vive con la naturaleza, sino la supernaturaleza. A diferencia de los animales, que se procuran el alimento directamente en su medio, el hombre depende de otras personas. ¡Cuánta gente trabaja para que no nos falte el pan! Y quizás detrás de los frutos que nos llegan desde lugares remotos haya toda una organización de hombres, una estructura formidable y estricta que cohesione a la sociedad humana.

Debemos tener en cuenta esta organización para valorar apropiadamente ciertas ideas que se han extendido, muy comunes en frases como "hay que volver a la naturaleza" o "hagamos vida natural".

Eso que algunos llaman "artificial" es la vida supernatural de la especie humana. Nuestra vida no es artificial, es el producto del trabajo. Debemos hacer esa distinción porque si no incurriríamos en el error de decir que hasta ciertos animales viven artificialmente, por ejemplo las abejas, que producen miel de una manera "artificial". El hombre es un obrero incansable, capaz de engendrar una supernaturaleza con su labor.

Pero bien nos podríamos preguntar: si los animales trabajan con tanto júbilo, ¿por qué será que los hombres no encuentran ningún placer en sus faenas? El ser humano debería ser mucho más feliz que los animales. Si no lo es, es porque hay algo que no funciona en la sociedad y en la supernaturaleza que él ha creado. El trabajo del hombre no tendría que ser sólo el medio de subsistencia para él y su familia, debería ser el instrumento para alcanzar algo grandioso y magnífico, útil para sus fines individuales pero también para los de toda la humanidad. Desde este punto de vista, la historia de la humanidad se vuelve muy interesante. Desde esta perspectiva, el estudio del hombre nos muestra cómo primero salió a explorar el planeta y extraer sus riquezas y luego penetró en los cielos en busca de las energías de lo intangible, lo infinito, lo inconmensurable, ¡una conquista humana enorme, inmensa! Y sin embargo, la mera subsistencia física sigue siendo un problema para el ser humano.

El hombre no es consciente de su misión ni de las alturas a que ha ascendido. La humanidad está enferma, igual que un organismo con problemas circulatorios; está debilitada y entristecida. Pero no deja de lado aquella misión impostergable y ahora está unificada en una sola nación.

Y el hombre, esa criatura frágil y abatida, puede curarse si así lo desea. Sólo tiene que abrir los ojos, corregir los errores y tomar conciencia de sus potencialidades.

Cuando hablamos de expandir los medios de comunicación e intercambio, no nos referimos a un objetivo inmediato. Ante todo es indispensable que la humanidad se convenza de que es urgente alcanzarlo. Hay que educar al hombre. Es cierto que la educación dará lugar a un nuevo hombre, pero esa no es una tarea fácil. Seguramente llevará mucho tiempo, pero no tanto si se lo compara con todo lo que ya ha trabajado la humanidad.

Lo primero será crear un entorno que satisfaga las necesidades de los más jóvenes. ¿Cuánto se ha hecho hasta ahora con respecto a esa etapa anterior a la madurez? ¿Cuánto se ha hecho por los niños, o por los jóvenes? Casi nada, o a lo sumo, muy poco. A diferencia de los animales, que construyen con esmero para su descendencia, el hombre, ese ser inteligente capaz de utilizar sus propias manos, no lo ha hecho tan bien. ¿Qué ha hecho el mundo, con sus augustas construcciones y con todas sus comodidades, por los niños? El amor en sentido abstracto no es suficiente; para comenzar tenemos que hacer algo concreto, práctico; construyamos la supernaturaleza necesaria para la vida de los niños y los jóvenes.

Me gustaría trazar una breve reseña de lo que ha hecho el Sistema Montessori siguiendo estos lineamientos.

Antes que nada, les hemos brindado a los niños un medio con todos los pequeños objetos necesarios para su vida. En lugar de decir gracias, el niño nos reveló el tesoro oculto del alma humana. Y conocer el alma humana, con todo su poder y grandiosidad, es al mismo tiempo una advertencia y una esperanza para nosotros.

¡Así que sigamos esforzándonos! Edifiquemos un medio adecuado para los niños y los jóvenes; como agradecimiento nos iluminaran el camino y nos haran ver los defectos inherentes a la supernaturaleza que los adultos hemos creado pensando solo en nosotros.

Debemos construir algo nuevo, no podemos ofrecerles a los niños mayores lo mismo que a los mas chicos. A los de siete años ya no les interesan los objetos y utensilios en miniatura. Requieren otras cosas. Las cuatro paredes de un "hogar" (El entorno que brinda el Método Montessori a los niños con edades comprendidas entre un año y medio y seis años se llama "Hogar de niños") les producen una sensación de encierro; los niños más grandes precisan salir a explorar el mundo. Hay que ampliarles los horizontes sociales. El hombre siente una necesidad imperiosa de esforzarse al máximo para probarse a sí mismo que vale; el movimiento de los *boy scouts* ha dado una respuesta parcial a esta necesidad interior. No está mal que se organicen los jóvenes, el problema surge cuando no se satisfacen sus anhelos más íntimos.

Ya es hora de enmendar estos errores, de encarar una gran reforma que les brinde a los jóvenes los medios para desarrollarse y engrandecer su personalidad.

No se puede dejar librada esta tarea exclusivamente a la iniciativa privada; la sociedad toda tiene la obligación de llevarla a cabo. Organizar la vida de los jóvenes es de vital interés para el Estado. A los doce años, los niños ya deberían tomar parte activa de la vida en sociedad; tendrían que producir, vender y trabajar, no para aprender un oficio sino para entrar en contacto con la vida y participar en la creación de la supernaturaleza. Estos jóvenes deberían realizar transacciones económicas, aprender el valor del dinero y ejercer a conciencia una función en las actividades productivas.

En la actualidad, la producción en masa ha remplazado los objetos hechos a mano, lo cual fue necesario porque los hombres viven a un ritmo cada vez más vertiginoso. Sin embargo, la sociedad intenta volver a las hermosas artesanías, y esta labor se les puede encomendar a los jóvenes. No vaya a ser que porque existen máquinas se pierda el viejo encanto de las artesanías finas. ¡Ojalá que los jóvenes tengan la posibilidad de continuar produciendo con amor objetos maravillosos! Y su espíritu creativo puede engendrar muchas otras cosas. Por ejemplo, para la botánica hay que tener un ojo bien adiestrado y un juicio certero. Las tareas pacíficas, serenas y bellas suelen apasionar a los jóvenes; les permiten desarrollar su joven personalidad y obtener valiosos resultados. Antes de que se los llame para formar parte activa de la humanidad, hay que prepararlos y hacerles comprender la grandiosa misión que les espera. Hay que darles la oportunidad de que mediten un poco acerca de ello. A esta etapa la denominamos "el período del desierto". El mismo Cristo se fue al desierto cuando dejó atrás su adolescencia y sólo después enfrentó su gran misión. El hombre que haya recibido esta preparación, cumplirá su misión a conciencia y con fe.

Hoy al joven se lo induce a estudiar, a concentrarse en algo, a organizar su tiempo, a triunfar en el mundo. ¡Pobrecito! Al finalizar los estudios no sabe nada de la vida en sociedad y se siente solo y abandonado. ¿Para qué le sirvió tanto trabajo? ¿Para qué tanto estudio, si los libros ya no tienen ningún valor?

No puedo extenderme más sobre el tema. Solo diré que, como vemos, el hombre debe sentir una inspiración que lo impulse a buscar la universalidad hasta el día de su muerte. Un hombre así preparado, consciente de su misión en el cosmos, será capaz de edificar el nuevo mundo de paz.

10. DISERTACIÓN DE CIERRE DEL CONGRESO

En nombre de todos los integrantes del congreso, me gustaria ofrecer mi agradecimiento más sincero a la ciudad de Copenhague por su tan generosa hospitalidad y a los miembros del gobierno danés por participar en nuestro congreso, colaborando así con la gran cuestión social de nuestro tiempo: la cuestión social del niño.

Asimismo, quisiera agradecer a los gobiernos de las naciones que enviaron delegados al congreso como muestra de su apoyo moral a la causa sagrada del niño.

Finalmente, doy las gracias a todos los integrantes del congreso que han llegado desde países distantes, quienes año tras año concurren a nuestros encuentros para demostrar fehacientemente con su ejemplo que todos estamos dispuestos a permanecer unidos en nuestro esfuerzo por redimir a la especie humana. Ellos vienen de muchos países lejanos, incluso Estados Unidos, y con su presencia, reitero, ratifican la importancia de emancipar los valores morales de la humanidad frente a las sombras que se yerguen amenazantes ante ellos.

El tema de nuestro congreso ha sido "Educar para la paz". Por supuesto, a quienes participaron de él les interesa la educación, pero también los atrajo el objetivo que le hemos fijado a ésta: el logro de la paz. Al hacerse presentes, han dado muestras de su buena voluntad. En vista de la meta que nos hemos impuesto, esperamos que se hagan eco de nuestras propuestas y realicen acciones concretas para ponerlas en práctica, pues la paz sólo llegará a través de la acción efectiva.

¿Cómo haremos, entonces, para aunar esfuerzos y trabajar juntos por fines concretos?

Primero y principal, cada uno debe hurgar en su propia conciencia, reconocer sus faltas y defectos y hacer todo lo posible para corregirlos.

¿Terminar con las injusticias es un paso hacia la paz? Si es así, tenemos que admitir la mayor de las injusticias: la que infligimos sobre el niño; y esa injusticia no se circunscribe a un grupo o nación, es universal.

¿O quizás el progreso social sea el camino hacia la paz? En ese caso, no olvidemos que hay un vasto sector de la humanidad al que tenemos que liberar como sea: los niños.

Creemos e insistimos con tesón en la necesidad de que los pueblos del mundo obren juntos para lograr la paz? Si eso es cierto, lo primero que hay que hacer es colaborar con los niños. Los adultos han trabajado duro para sí mismos. Ya lograron mucho al intentar poner fin a las injusticias y perseguir activamente la cooperación; pero todo fue inútil, pues había algo fundamental que faltaba. No tiene sentido esforzarse cuando no hay sobre qué construir.

Todo lo que hagamos será en vano en tanto no reparemos la gran injusticia cometida con los niños, para lo cual debemos contar con su ayuda. Si somos personas de voluntad que ansían la paz, nosotros mismos tenemos que sentar las bases sobre la que ésta se construirá; para ello, debemos trabajar en favor del mundo social del niño.

Tenemos que sentirnos atraídos hacia la figura del niño, ese símbolo refulgente que nos habrá de mostrar el objetivo y el único camino posible para llegar a él.

Cuando se considera al niño se suele pensar en una criatura frágil que necesita ayuda; a la que hay que atender cuando siente algún dolor, a la que hay que calmar cuando llora, a la que hay que sanar cuando se enferma. Pero Cristo, viendo en el niño algo nuevo y sorprendente, nos enseñó qué es un niño en verdad: el conductor del adulto en el Reino de los Cielos, el modelo que el adulto debe imitar para cambiar él.

Puede que sea una idea demasiado celestial, demasiado alejada de las consideraciones prácticas que siguen restringiendo nuestra noción del niño. Hacen falta pruebas psicológicas concretas de su verdadera naturaleza. Y como ahora contamos con clara evidencia empírica, hemos asumido la misión de proclamar esta concepción del niño. Gracias a nuestra experiencia con los niños descubrimos cosas de cuya existencia no teníamos idea, cosas que debemos tener en cuenta si es que pensamos avanzar en el camino de la paz.

Pero aun cuando no nos interese esta dimensión espiritual y prefiramos limitarnos a las consideraciones prácticas, aún así tenemos la obligación de verlo con nuevos ojos.

Deseamos que se reconozca socialmente al niño como un ciudadano, un ser humano digno con derecho a vivir y ser protegido. No importa a qué medio social pertenezca, no importa su raza, no importa dónde nació, hay que reconocer al niño como un ciudadano.

Tomémonos un minuto para pensar en los últimos avances del hombre en materia social. Los seres humanos han adquirido muchos derechos y libertades, como en el caso de los esclavos, la mujer y los trabajadores. Pero éstos sólo conciernen a los adultos directamente. Por más que se haya progresado y se hayan aprobado muchas leyes, al niño se lo sigue dejando de lado como ciudadano y no se hace nada por él. La infancia nunca ha sido más que la etapa anterior a la adultez, que debe dejarse atrás para llegar a ésta, y jamás se ha reconocido que el niño es una persona independiente con sus propios derechos.

Con la Revolución Francesa llegó la Declaración de los Derechos del Hombre. Uno de ellos era el derecho a la educación. ¿Qué se hizo de este derecho? Solo sirvió para que el niño cargara con el trabajo destinado a brindarle al adulto la cultura. Poco importó su sufrimiento o sus deseos; lo único que contaba era que el adulto se asegurara ese derecho que se adjudicaba como propio.

Me llevaría demasiado tiempo hacer un bosquejo de la trágica incompreensión con que hemos tratado a los niños. Hoy el mundo está empezando a tomar conciencia de que la represión y la injusticia pululan por doquier en la vida del niño, y que hay que revertir esta situación.

Nuestra prédica ha destacado principalmente la necesidad de construir un medio adecuado para el niño. No es una idea materialista; tiene una base sólida en el alma humana, pues toma en cuenta lo que hay en lo más profundo de su interior. Este medio social debe servir para proteger al niño, pero no porque éste sea débil, sino porque tiene una grandiosidad inherente, un enorme potencial energético que seguramente beneficiará a todos los hombres.

La tarea de protegerlos también supone educar y reeducar a los adultos y es un esfuerzo para salvaguardar nuestro tesoro más preciado, el cuál nos guiará hacia esa luz que se resume en una palabra: paz.

No tiene sentido discutir o meditar acerca del sufrimiento del niño; lo que necesitamos es un enfoque renovado que parta de un nuevo modo de pensar. De ese modo el camino se hará claro y fácil de seguir, y así como no hay hombre o mujer en el mundo que no acepte que alguna vez fue niño y que todas sus capacidades las adquirió en la niñez, la sociedad tiene que comprender que lo mismo ocurre con sus poderes. Las acciones futuras de la humanidad no podrán ser unilaterales. No se logrará nada en el mundo de los adultos si antes no se lo hace en la niñez. Por eso debemos tomar un camino doble, considerando los dos aspectos de la humanidad, que por un lado se va formando a sí misma, y por otro, pone en práctica lo que ha creado. Todo lo que hagan los adultos en su vida social debe hacerse en la de los niños. Cada ley que rija a los adultos debe tener su correlato en una ley para los niños; cada descubrimiento que mejore la vida de los adultos tiene que ser útil para los niños. Que los hogares no sean sólo para los adultos y los niños tengan los suyos; que los objetos no sean sólo para los adultos y los niños tengan los suyos; que los derechos no sean sólo para los adultos, que los niños también tengan derechos. Estoy convencida de que los niños deben estar representados en los cuerpos legislativos de sus países. Ahí donde se debaten las leyes y se definen las cuestiones materiales e intelectuales del hombre,

tendría que haber representantes que defiendan los intereses de este sector tan vasto de la humanidad: los niños. Debería existir un ministerio de la infancia, como lo hay para cualquier otra área. Que haya un ministro que proteja a la humanidad protegiendo a los niños.

No basta con que haya un ministro de educación. Este sólo tiene a su cargo un problema específico; además, únicamente le interesan los niños que ya están en edad escolar. Es menester que la cuestión social de los niños sea considerada tanto desde un punto de vista legal como práctico, y habría que pensar en ellos desde el día en que nacen, o incluso desde que son concebidos. Para cerrar este congreso, me gustaría hacer algo concreto a fin de sembrar las primeras semillas de un movimiento social en defensa de los niños: declaro aquí la fundación del Partido del Niño.

Convocamos a todos, presentes o no, los invitamos a participar de esta obra por la defensa de la raza humana y la civilización. Bajo esta nueva luz, la protección del niño es un desafío novedoso, que nos permitirá liberar los valores de gran parte de la humanidad y así forjar un mundo mejor. Este es el sendero que nos conducirá a la paz.

El objetivo primordial del Partido Social del Niño es hacer que todos reconozcan la dignidad de los más jóvenes, y asegurarles a éstos el lugar que merecen en una sociedad esclarecida como la actual. Para ello, apelamos a los educadores y al público en general, especialmente a aquellos padres que conocen sus responsabilidades como tales, pues ellos son los que deben defender los derechos de sus hijos. De hecho, la naturaleza no deja al niño sobre la Tierra librado a su suerte; lo confía al cuidado del padre y la madre, quienes tienen la misión de amarlo y cuidarlo bien. Esta unión entre padres e hijos será un paso más en el camino de la civilización, donde ambas generaciones tienen nuevas responsabilidades sociales. Pues todos los seres humanos, más allá de razas o países, tienen hijos, y el niño puede convertirse en el centro de todos los propósitos e intereses del mundo. Entonces, el Partido Social del Niño no sólo se propone liberar a la sociedad de sus muchos males actuales sino también crear una esfera de acción donde toda la humanidad pueda trabajar unida.

11. MI MÉTODO

Me conmueve profundamente contar con un público tan numeroso y distinguido, pues soy consciente de que su presencia no se debe a ningún tipo de lealtad hacia mi persona sino al anuncio de que hablaré de los niños. Esto me emociona hasta lo más profundo de mi ser, pues me hace suponer que el mundo está despertando y desea aprender algo acerca de ese nuevo rey naciente: el niño.

Me siento bastante incómoda debatiendo "mi método", el tema de esta noche. Tal vez no me crean, pero hasta podría decir que no hay tema de disertación que me resulte más difícil, porque yo no desarrolle un método de educación. De hecho, para brindar una noción concreta de él, hay que recurrir a la psicología del niño, pues es esta, la vida de su alma, la que ha elaborado paso a paso eso que llamamos una pedagogía y un método de educación. Si puede decirse que tengo un método de educación, este se basa en el desarrollo psíquico del niño normal. Los otros métodos de educación tomaban como punto de partida el trabajo de algunos adultos y buscaban la forma de educar o enseñar basándose en programas que éstos habían confeccionado. Por mi parte, creo que la base de la educación debe ser el niño mismo; pero no el niño como se lo concibe habitualmente, sino lo que hay en el interior de su alma, vista desde una perspectiva inédita, inaugurada con el advenimiento de lo que se ha dado en llamar el Método Montessori.

Esta idea quedará bien ilustrada con una metáfora. Es como si tuviésemos un diamante incrustado en una matriz carente de todo atractivo, y luego sacáramos el brillante a la luz despojándolo del material que lo rodea. Algunos preguntarían: "¿Cómo hizo para obtener una joya tan maravillosa, capaz de reflejar la luz de una manera tan perfecta?". Responderíamos que esta joya ya existía, que no la hemos creado nosotros; que estaba dentro de esa sustancia exterior que la rodeaba. Lo mismo puede decirse del niño. Él nos ha enseñado la forma como debemos tratarlo y nos ha revelado su esplendor.

Todo adulto que se esmere en trabajar por los niños tiene que tomar conciencia de su función primordial, que es revelar el alma del niño. Si así lo hace, los pasos subsiguientes que dé y la ayuda que le brinde al niño serán de gran importancia; de lo contrario, todo su esfuerzo habrá sido inútil. Su obra debe perseguir un doble objetivo: construir un entorno adecuado y promover en los adultos una nueva actitud para con los niños.

Si se busca el desarrollo del niño hay que tener presentes dos factores: además de la salud física, el entorno que se cree debe satisfacer las necesidades que atañen a la vida espiritual.

El niño debe tener libertad para desenvolverse en ese medio. Ahí debe encontrar motivos para realizar una actividad constructiva correspondiente a las necesidades de su desarrollo. Debe entrar en contacto con un adulto que conozca las leyes que rigen su vida y no las obstaculice; que no lo sobreproteja, no le diga qué hacer ni lo obligue a ninguna cosa sin tener en cuenta sus necesidades.

En un medio así, queda probado que el niño dista mucho de ser una criatura que anda perdiendo el tiempo y sólo piensa en jugar. Al contrario, es un trabajador tenaz, atento, y nada destructivo. Es increíblemente metódico, mucho más que los adultos; es cuidadoso con lo que realiza, tiene un gran poder de concentración, es capaz de controlar los movimientos del cuerpo y adora el silencio. Está siempre listo para obedecer; enseguida cumple a gusto con lo que se le pide. Trabaja muy bien solo y no necesita competir con nadie. Todo esto surge como el resultado de un intercambio entre el niño y el medio, entre el niño y su trabajo. Y no se debe a que haya un adulto que le señale cada paso que debe dar, que le de órdenes. Al contrario; el adulto que ha experimentado un contacto íntimo con estos niños vive sentimientos nuevos y misteriosos; y comienza a hacerse a un lado. Se vuelve más humilde, pues piensa: "¡Cuánto hace este niño sin que le brinde mi colaboración directa, sin que lo inste a hacer nada!"

El niño obedece directivas maravillosas que salen de su interior y del medio que ha sido preparado para él. Sobran pruebas de ella. Trabajan juntos entre treinta y cuarenta niños en un entorno hermoso y agradable, especialmente diseñado. Si la maestra tiene que salir del aula, ellos siguen trabajando. Continúan con sus actividades normales igual que antes, y cada uno se ocupa de su propia labor. Y es muy común oír charlas como esta:

-¿Quién te enseñó eso?

-Lo aprendí solo.

-¿Quién hizo aquello?

-Creí que lo tenía que hacer yo.

Semejante desarrollo se debe a que el niño ha tenido la posibilidad de trabajar y estar en contacto directo con la realidad. No surge de nada que le hayamos enseñado; es un proceso constructivo definido, un fenómeno natural que se produce cuando el niño tiene la oportunidad de esforzarse y trabajar solo, sin la mediación de nadie.

Uno suele pensar que los niños son felices cuando juegan, pero en realidad lo son cuando trabajan.

Para los que no conocen nuestro método, comentaré lo que hemos hecho por los niños más chicos. Cuando ya tienen cerca de tres años, les proporcionamos un medio con utensilios domésticos: escobas, vajillas, mesas y muchos artículos más, todo acorde a su tamaño. Les fascina hacer las cosas a la perfección, y todo el tiempo están ocupados con algo. Es más, van a su casa con una actitud renovada; los familiares vienen y nos dicen: "¡Explíquennos por qué ahora los chicos se portan tan bien y trabajan tanto!". Sonará extraño, pero muchas enfermedades, como la anemia, los problemas digestivos, etc., suelen desaparecer, prueba de que en los medios habituales los niños sufren porque no pueden descargar su necesidad de desarrollo y actividad. En nuestras primeras escuelas, los niños provenían de familias muy pobres. Los chicos del primer grupo a nuestro cargo eran todos hijos de changarines, gente que día a día salía a buscar trabajo y los dejaba solos en la calle. Eran tímidos y mostraban todos los rasgos de personalidad típicos de los niños abandonados. Pero a pesar de los tremendos traumas psicológicos que habían sufrido, fueron convirtiéndose de a poco en pequeños seres

alegres y serenos en el medio creado especialmente para ellos. Incluso los niños provenientes de familias ricas, que pasan todo el tiempo rodeados de gente, que nunca tienen un instante de libertad y que son los que tienen más problemas de disciplina en las escuelas tradicionales, también, gradualmente, terminaron siendo como los otros.

Dentro de este medio donde pueden trabajar sin que los molesten, los niños adoptan un carácter nuevo; se vuelven tranquilos y capaces de concentrarse.

No me gustaría hacerles creer que este medio hace milagros y que los adultos no cumplen ninguna función en absoluto. El adulto desempeña su papel, por cierto. Es el que le muestra al niño la forma correcta de utilizar los objetos; el que le enseña, por ejemplo, cómo se lustran los metales. Y para ello precisa tener todos los materiales a mano: trapos, líquido lustrador, etc. Además, tiene que ser "quisquilloso", por así decirlo, con respecto a todo el procedimiento, porque lo que despierta el interés de los niños es precisamente la minuciosidad. El niño observa cómo el adulto trabaja en forma metódica y con cuidado, y hace lo mismo y del mismo modo. Pero una vez que hubo pasado el lustrador de metales hasta eliminar la más mínima marca hace algo sorprendente, algo que los adultos muy difícilmente haríamos: sigue limpiando, y muchas veces repite la tarea una, dos o hasta tres veces.

Lo que motiva al niño no es, entonces, el objetivo que el adulto le ha fijado, sino su propio impulso perfeccionista. El niño se perfecciona mediante el contacto con la realidad y las actividades que absorben su atención.

Tiene su propia forma de trabajo, distinta de la nuestra, y lo debemos respetar y comprender. Nuestra mente adulta nos dice que con una pasada basta para lustrar el objeto metálico, y quizás nos sintamos tentados a evitar que el niño se tome el trabajo más de una vez; pero al repetir la tarea, logra un desarrollo interior que más adelante se manifestara en las formas más sorprendentes.

El niño puede repetir una misma actividad muchísimas veces. Esto quedó demostrado con un experimento psicológico en el cual a algunos niños se les hace realizar ciertas tareas. Cuando a un niño de tres años le dieron diez cilindros para que los hiciera coincidir en los huecos de un bloque especialmente preparado, el pequeño realizó la tarea más de cuarenta veces; y estaba tan absorto en su labor que ni siquiera respondía a los estímulos externos. Sin lugar a dudas, semejante concentración es un instrumento de desarrollo.

Mientras trabaja con la mente, el niño siempre tiene que tener algo que hacer con las manos, porque su personalidad posee una unidad funcional. Sin embargo, en las clases tradicionales no se le dan tareas en las que tenga que realizar actividad mental y motriz simultáneamente. Nuestro principio de unidad funcional nos permitió cumplir un objetivo fundamental de la educación: ofrecerle al niño la posibilidad de entrar en contacto directo con la realidad. El hecho de que un niño de tres años sea capaz de mantener la concentración durante mucho tiempo nos mostró que sus poderes son muy superiores de lo que comúnmente se piensa. En las escuelas tradicionales le proponen tareas demasiado fáciles que no le interesan. Tenemos que investigar y descubrir el nivel de dificultad con que puede trabajar el niño y ubicarnos en el que más interés le despierte.

También aprendimos otro hecho cautivante. A los chicos les cuesta concentrarse en la palabra hablada, pero les resulta fácil pensar en los objetos. Esto nos permitió conocer las causas de dos de los más grandes problemas con que se enfrentan las maestras tradicionales. El primero es la dificultad de impartir conocimiento oralmente; el segundo tiene que ver con captar la atención del niño. No basta con buenos textos o buenas maestras que digan las cosas adecuadas acerca de objetos que los niños no ven; más bien, habría que crear un entorno vital con objetos que representen concretamente lo que haya que aprender. Se está estudiando este problema en profundidad y los métodos de enseñanza modernos recurren cada vez más a los objetos físicos en su búsqueda de herramientas educativas. De todas formas, sólo muy pocos reconocen que en las escuelas tradicionales todos los niños se mueren de aburrimiento porque las tareas que les dan las maestras son muy fáciles y no les despiertan el menor interés.

El ser humano necesita saber, y aprende espontáneamente con mucha más facilidad de lo que antes se suponía. Pero también es cierto que si nadie estimula la mente del niño éste pierde interés y se retrae. Es así que la mayoría de los niños están condenados a desperdiciar la niñez y nunca sacar a la luz su potencial.

Hay otro factor muy importante que determina el interés del niño. A lo largo de las distintas etapas de la niñez, le llaman la atención distintas cosas. Es más, los niños no siguen un esquema de desarrollo lineal. Lo que hoy los atrae les resultará insulso cuando sean más grandes. Si intentamos enseñarle lo mismo a un niño de cinco años y a uno de ocho, éste último no aprenderá tan rápido. Esto es así, repito, porque lo que les interesa a una edad, luego deja de importarles.

Por lo tanto, uno de los problemas de la enseñanza es descubrir cuáles son los temas más adecuados para las distintas edades, o mejor dicho, los más adecuados a sus distintos intereses. Por ejemplo, nosotros hemos demostrado con nuestra experiencia que la edad ideal para aprender el abecedario son los cuatro años. A los chicos de esta edad les encantaba escribir, hasta tal punto que a este fenómeno lo denominamos el "estallido de la escritura"; pero si esperamos hasta los seis años para enseñarles las letras no va a haber ningún estallido. Los problemas más comunes con que se topan los niños a la hora de aprender matemática o gramática se solucionan fácilmente si se los planteamos a la edad justa. En dos de mis últimos libros, *Psicoaritmética* y *Psicogeometría*, describo las experiencias adquiridas con niños de siete y ocho años. Hacían ejercicios de álgebra y aritmética avanzada que no se suelen dar hasta la escuela secundaria. La matemática y la geometría resultan difíciles de enseñar oralmente, pero las dificultades se solucionan cuando se cuenta con material que ilustra las abstracciones numéricas en forma concreta. Ese material le permite al niño aprender de acuerdo con las leyes del desarrollo mental. Se ha observado que cuando se proponen aprender algo, lo practican de manera exhaustiva. Son capaces de hacer el mismo ejercicio cien o hasta doscientas veces sin cansarse. En realidad, la práctica repetida los distiende y les da confianza. Dada la naturaleza de los procesos psíquicos de aprendizaje en el niño, es obvio que no tiene sentido considerar su mente como un simple espejo que refleja imágenes en forma pasiva.

El aprendizaje es un trabajo largo y arduo. Hay niños que realizan extensas operaciones matemáticas porque realmente les resultan fascinantes. Una vez ví cómo un chico multiplicaba un número de treinta y dos cifras por otro de veinte. A los adultos nos resulta tedioso hacer operaciones tan complicadas y monótonas, pero el niño las hace porque sí, espontáneamente. Los niños, así sean grandes o chicos, se sienten impulsados a repetir los ejercicios una y otra vez y a seguir su propia vía de desarrollo por sus propios medios.

Vista desde otro ángulo, la escuela sería el lugar donde el hombre se desarrolla adquiriendo cultura. Pero la cultura es un medio, no un fin: Este hecho, bien entendido, facilita la tarea de maestros, profesores y padres, y nos hace cambiar por entero la idea que teníamos de la educación. No caben dudas de que aprender sólo y sobrellevar tantos problemas sin ayuda es gratificante para la dignidad del niño y le otorga una satisfacción interior. Al poder elegir sus actividades, los niños manifiestan características insospechadas; como el sentido de independencia y la iniciativa propia.

La cultura no tiene que ser todo para el hombre. Este es algo más que un ser pensante y la mera instrucción no es suficiente para cubrir todas sus necesidades. En mi opinión, habría que hacer mucho más por la educación de los niños y los jóvenes. Así como hemos construido un entorno adecuado a los requerimientos de los más chicos, tenemos que crear en el mundo exterior un ambiente en el cual los niños más grandes reciban una educación social. Ya no basta con la clase tradicional. Un niño puede aprender mucho más que sus compañeros pero no saber nada del mundo y carecer de un carácter verdadero.

No es posible elevar el nivel de la humanidad sólo a través de la cultura. El problema es mucho más complicado y es imperioso resolverlo tan rápido como sea posible. Debemos construir un medio social, un mundo nuevo para el niño y el adolescente donde éstos puedan desarrollar su conciencia individual. Hoy el mundo pide una reforma educativa total y, por sobre todas las cosas, una gran reforma social.

PARTE III: LA IMPORTANCIA DE LA EDUCACIÓN EN LA CONSECUCIÓN DE LA PAZ

12. PRIMERA DISERTACION *Los siguientes discursos se pronunciaron en la Escuela Internacional de Filosofía de Amersfoort el 28 de diciembre de 1937

El profesor Jordan me pidió que en vez de dar una serie de disertaciones como si esta fuera un aula, aprovechara la oportunidad de estar aquí para establecer un contacto espiritual con ustedes y describirles lo que siento cuando trabajo con niños.

Cuando estoy rodeada de niños no adopto la postura de una científica, una teórica. Cuando estoy con niños soy nadie, y no hay mayor privilegio para mí que olvidarme de que existo, pues esa es la única manera de ver cosas que me perdería si fuera alguien, cosas pequeñas y simples, pero que constituyen verdades preciosas. No siempre es imperioso ver lo grande, pero sí es indispensable conocer el nacimiento de las cosas. Cuando se originan son como chispas, fáciles de reconocer apenas surge algo nuevo. Luego se convierten en una luminosidad asombrosa que nos permite comprender el intrincado laberinto de la vida social de los adultos.

El niño es un embrión espiritual que se desarrolla espontáneamente, y si lo estudiamos desde sus cimientos nos develará muchos secretos. Hoy, la vida en sociedad es extremadamente compleja, y está plagada de fallas y contradicciones incomprensibles. Vivimos tiempos sombríos, nuestro espíritu vaga en las tinieblas. Se ha hecho realidad la profecía bíblica que decía: "Y llegará el día en que la oscuridad nos devore". Los fenómenos que nos rodean nos resultan impenetrables. Nos es imposible comprender los orígenes del mundo exterior, ese que el hombre mismo ha creado y sigue construyendo. El mundo en donde nos encontramos es una maravilla gracias a los descubrimientos de la ciencia, pero mientras disfrutamos de la luz que irradian estos logros exteriores; tenemos el espíritu envuelto en las tinieblas.

Aunque el hombre actual ejerza sus poderes sobre la naturaleza y más allá de ella, aunque sea capaz de recorrer enormes distancias, aunque domine las energías del universo no deja de ser una criatura aturdida, aterrada. El hombre contemporáneo es como un niño perdido en el bosque. No lo asusta lo que ve o los animales ocultos que pueda haber; lo que le da miedo son las pequeñeces, el ruido de las hojas y el eco de pasos espectrales. Se aterroriza por cosas que en realidad no existen.

El hombre precisa tranquilidad espiritual y paz; necesita luz. ¿Quién tendría algo de luz para darle?

Ni siquiera los libros más modernos nos iluminan el camino. Obviamente, en su búsqueda de las causas de los sucesos que lo rodeaban, el hombre ha aprendido mucho acerca de su medio. Se ha adueñado de todos los secretos de la naturaleza y todas sus energías. Pero todavía hay algo que le resta conocer, y eso que desconoce es el hombre mismo.

No acabaríamos nunca si intentásemos enumerar todos los descubrimientos del hombre en el mundo físico. ¿Pero cuánto ha descubierto acerca de sí mismo, de su vida, sus objetivos, o de la verdad y el error?

Una y otra vez se dejó llevar por la intuición. El mundo ha cambiado, ¿pero en qué se ha modificado el hombre?, ¿en qué sentimiento?, ¿en cuál de sus prejuicios?

El hombre sigue siendo un misterio, como lo ilustra el título del libro El hombre, ese desconocido. El alma humana es un enigma. No ha dejado de ser algo ignorado que habita en el reino de lo desconocido. Ni siquiera la psicología pudo echar luz sobre el misterio para sacarnos de esta oscuridad.

La psicología sólo tuvo en cuenta fenómenos aislados del subconsciente y perdió de vista la esencia, la verdad. Interpretar hechos separados no basta para desentrañar la incógnita del hombre, ese desconocido. ¿Pero acaso la naturaleza misma del hombre lo condena a no saber absolutamente nada de sí?

Yo me opongo, digo que no tiene por que ser así. Pero debo agregar que el hombre, si es reprimido, tal vez no deje nunca de ignorar su esencia. Y no somos nosotros los que le podemos mostrar que es.

Hay una verdad que debe ser repetida una y otra vez. Sólo el niño es capaz de revelarnos los secretos de la vida espiritual del hombre. Y a fin de acoger semejante revelación, los adultos deben dejar de existir, vaciarse por completo y dejar lugar al niño para que penetre y llene ese vacío.

El niño, ese embrión espiritual, se nos revela a los adultos y nos guía en el laberinto. El niño es la luz que disipa las sombras que nos rodean.

Con la biología ocurrió algo similar. ¿Como es posible comprender un organismo si para estudiarlo se espera a que esté completamente desarrollado? Sólo llegamos a entender la formación de los organismos cuando se inventó el microscopio y los biólogos comenzaron a investigar la división celular. La luz de la embriología alumbró a toda la biología.

Lo simple nos hace descubrir grandes verdades; casi siempre el secreto de la verdad está en las cosas sencillas.

No es fácil entender una sociedad compleja, organizada por hombres oprimidos, deformados en su naturaleza desde el momento en que nacieron, y condenados desde sus mismas raíces. ¿Qué nos enseñó el niño? En una atmósfera acorde a sus necesidades vitales, el niño muestra rasgos distintos de lo que uno imaginaría. Es una prueba viva de que el hombre puede cambiar y mejorar desde sus más tempranos orígenes. Pero hay que cambiar el mundo de los adultos. Debemos unirnos, salir en busca del niño, tenerle fe, construir un clima adecuado para él, y así cambiar nosotros mismos.

El niño es, pues, la promesa de redención para toda la humanidad, como lo simboliza la mística navideña. Basta de considerar al niño como el hijo del hombre; debemos pensarlo como su creador y padre, como el que indica el camino para una vida superior y nos muestra la luz. Hay que ver en el niño al padre del hombre, un padre capaz de crear una humanidad mejor. Por lo tanto, nuestra tarea es servir al niño y crear una atmósfera que satisfaga sus requerimientos.

Si le brindamos un medio así, podremos ver cómo progresa. Me gustaría mencionar algunos puntos directamente relacionados con nuestra vida. El niño nos ha demostrado tener instintos que creíamos inexistentes. Sorpresivamente, nos ha mostrado un instinto fundamental: quiere trabajar. Y no nos referimos al trabajo en el sentido común de la palabra. El niño nos enseña que la laboriosidad no es una virtud, una obligación que pesa sobre el hombre; no es lo que uno está forzado a hacer para vivir. *El trabajo es un instinto fundamental.*

Las enfermedades psíquicas del hombre se pueden curar con trabajo; es posible acceder a una vida genuinamente espiritual por medio de él. El trabajo es el arma que librará al hombre de sus defectos; muchos de los rasgos que observamos en los niños no son nada frecuentes en los adultos. El hombre nació para trabajar. Ese instinto de acción es su cualidad más sobresaliente. Tenemos que vivir de otro modo, pues no todo lo que creemos bueno o malo lo es en realidad.

Nos parece bueno que un niño se muestre cariñoso; se dice que la obediencia es la virtud moral por excelencia; se considera positivo que sea capaz de sentarse quieto y ser imaginativo. Pero cuando el niño trabaja, todos estos rasgos quedan a un lado. Y también desaparecen la inconstancia, la pereza, la rebeldía y la insinceridad. ¿Qué es lo que queda entonces?

Lo que queda es el hombre nuevo, el hombre que no tiene ninguno de nuestros defectos, sino que trabaja con esmero, y se cura de todas sus enfermedades.

Este hombre posee cualidades genuinas: amor, y no apego; disciplina, y no ciega sumisión; capacidad de aplicar sus conocimientos a la vida práctica, y no una tendencia a estar siempre en las nubes. El niño nos trae su luz; nos muestra el hombre nuevo, el hombre moral, y nos enseña el valor de los hábitos simples y regulares, pues la simpleza y la regularidad son las claves del bienestar.

Hablé de amor. El niño nos ha enseñado verdades esenciales referentes al amor. La vida de los animales en un medio natural es una evidencia del amor materno y filial. Hay ciertas formas de amor que nos son conocidas, pero otras no lo son en tanto no venga alguien y nos las señale.

El niño nos ha dado muestras sorprendentes de los distintos tipos de amor, todos relacionados directamente con el trabajo. La mayoría de nosotros experimentamos ese amor que nos hace sentir apegados a los demás; pero este es un amor que pasa. Y sin embargo, sobran razones para pensar en un amor distinto inherente al espíritu humano, un amor que no es fugaz, que no cambia, que no muere. El hombre lo expresa cuando dice que ama algo que trasciende los confines de su familia, cuando habla de su amor a la patria, de su amor a Dios.

El hombre presiente esta forma más elevada de amor porque, aunque no lo demuestre en la vida cotidiana, intuye con el alma cada verdad. Pero en los niños este amor superior fluye como algo natural y se expresa como un rasgo típico.

Este amor es el fuego interior del hombre, y nadie puede vivir sin él. No es el simple afecto cariñoso. Les aseguro que lo presencié y me asombró; es lo que llamé "el amor por el medio". ¿Qué quiero decir con eso? ¿Cómo es ese amor?

Se supone que a los niños les gustan las cosas lindas y los colores llamativos. Los objetos bellos y coloridos les provocan una cierta sensación, pero no amor. Lo que siente es un fenómeno sensorial, acompañado por un impulso a tener, pues las sensaciones no son reflejos pasivos, sino que implican una reacción física.

Es muy común querer poseer algo cuando lo vemos. La gente, cuanto más tiene, más quiere. Todos experimentan ansias de posesión, tanto los ricos como los pobres. Pero no tendríamos que verlo como algo normal, porque se trata de gente enferma.

Hasta existen organizaciones sociales creadas para despojar a los demás de sus bienes. La sociedad ha generado vías para que el hombre pueda canalizar sus impulsos de posesión. Las ansias de poder y la compulsión a la propiedad son características de un adulto anómalo, no tienen nada que ver con el hombre normal. En el niño anormal se ve a las claras este impulso por tener. Se la pasa pidiendo cosas y cuanto más le dan, más quiere tener. Es un niño que no trabaja, que tiene sensaciones pero no amor.

El amor por el medio esconde el secreto del progreso humano y la evolución social. Es fácil verlo en gente que ha sobrevivido a las vicisitudes de la vida, que ha sabido mantener la integridad o la ha redescubierto en su interior. El hombre que ama el medio desea aprender, estudiar, trabajar. Pero entonces, ¿cual es la diferencia entre el amor por las posesiones y el amor que lleva al conocimiento?

El amor impulsa al hombre a aprender. Genera un contacto íntimo productivo entre el espíritu humano y aquello que se ama. El resultado es trabajo, vida, y un desarrollo humano normal. Gracias al amor, el ser humano estudia objetos que a la mayoría de nosotros nos causan repulsión. En Estados Unidos hubo un hombre que sintió este tipo de amor por las serpientes y dedicó la vida entera a su estudio. No importa cuál sea el objeto de tal amor. Lo que interesa es que el amor impulsa al hombre a pensar, a producir, a trabajar. Todos los logros de la civilización se deben al esfuerzo humano. Los hombres que aman su medio son los artífices de cada cosa nueva que surge; como el pan, las viviendas, los muebles y demás creaciones. Todo lo que hay en el medio social es el resultado de alguna forma de trabajo.

Los que saben por experiencia propia lo que es el amor son unos privilegiados. Cuando un hombre experimenta un intercambio espiritual con un objeto, aflora algo de lo más hondo de su interior: la dignidad humana.

El amor es el instinto que guía nuestras acciones. Hasta los animales tienen ese instinto. Si el hombre carece de él, hay que inculcárselo para que lleve una vida normal. En vez de estar absorto en su trabajo, se cansará, y más que amor sentirá odio. El cansancio y el odio son la sombra negra que arroja el ansia de posesión, que obnubila a los hombres. Las faltas del hombre son fruto del odio.

La gente se empeña en enseñarles a los niños buenos modales, pero si uno les permite un crecimiento normal, se convierten en seres adorables y amables, que tratan a los demás con natural cortesía. Las normas de buen comportamiento tradicionales se hacen superfluas ante una sensibilidad espiritual refinada. Ahora bien: si no existe tal sensibilidad, no quedará más remedio que aprender a portarse "como se debe" por medio de los libros. Las reglas externas de conducta se tornan necesarias únicamente cuando el hombre es frío e insensible. En ese caso todo debe ser enseñado; todo es un peso que debemos cargar. Somos esclavos, nos tienen que instruir para que, sólo con gran esfuerzo, podamos amarnos unos a otros. Es imposible querer a los demás en una atmósfera donde reina el odio.

Las ansias de poder y posesión nos esclavizan, y en vez de habitar un mundo de paz y justicia, formamos parte de una sociedad humana en la cual todos se ocultan tras sus máscaras para poder vivir. El trabajo, que debería ser fuente de alegría, se convierte en una carga pesada. Recordemos la maldición que recayó sobre Adán: "Te ganarás el pan con el sudor de tu frente".

Si de niño hubiera recibido la atención y el trato adecuados, el adulto no habría tomado por el camino erróneo y amaría su medio y su trabajo. Sería un hombre normal. El amor es un objetivo, no el punto de partida. No tiene sentido que nos den sermones acerca del amor; la fuerza de voluntad no basta para generar amor. Hace falta una moral sana. Ha habido seres excepcionales que demostraron que semejante amor es posible; San Francisco de Asís, por ejemplo.

Ahora que vislumbramos lo que una persona normal puede llegar a ser, tenemos razones para creer que algún día toda la humanidad será mejor, será normal. Hay una sensación espiritual que eleva al hombre, que le muestra indicios de su gloria: su amor por el medio. Este despertar divino lo incita a perseguir un fin místico: la creación de una supernaturaleza.

El hombre debe conquistar la Tierra. Si no experimentó un desarrollo normal, lo hará a través de la violencia y el odio. Si creció como un hombre verdaderamente normal, hallará en sus esfuerzos el secreto de la felicidad y la salud. El hombre tiene que obedecer las leyes que rigen su vida, pero estas yacen ocultas, casi que primero deberá encontrarlas.

13. LA SUPERNATURALEZA Y LA NACIÓN ÚNICA

El estudio de la naturaleza y la observación del desarrollo animal nos han brindado un marco amplio para la explicación de ciertos fenómenos sociales.

La teoría darwiniana, con sus escritos acerca de la lucha por la supervivencia, la selección natural y la preservación del más apto, nos permitió comprender los hechos más importantes de la historia del mundo. En esas obras se expone la idea de que el hombre es una especie privilegiada, se describen los conflictos de la naturaleza humana y se menciona el triste destino de aquellos que no tuvieron la fortaleza suficiente para afrontar la lucha por la supervivencia.

Obviamente, existen otros fenómenos esenciales para la vida del hombre. Muchos no encuentran explicación ni solución en la teoría de Darwin, en especial los relacionados con la infancia y la indefensión de las criaturas que aún no pueden luchar por su supervivencia.

La teoría de Darwin tampoco toca en profundidad el hecho de que los adultos protegen a sus recién nacidos y les transmiten, para enfrentar la vida, las características generales más importantes de la especie.

No notamos nada parecido a esto en la vida de los animales. Cuando su ciclo vital llega a la etapa en que deben proteger a su descendencia, sus instintos más violentos experimentan un giro radical. Sus relaciones con los otros animales se modifican por completo; dejan de pelearse y hasta los animales feroces se vuelven mansos.

También los insectos manifiestan cambios importantes. Forjan con esfuerzo el medio apto para la protección de las crías y, aún antes de que estas nazcan, trabajan mucho para construirles un refugio apropiado. El instinto de protección los guía en su labor.

Lo que más llama la atención es que en los seres humanos, los constructores por excelencia, no se note ningún instinto tan pronunciado y consciente por proteger a su cría. Si tomamos las abejas, veremos que trabajan desinteresadamente para servir a la especie; en cambio, los hombres no se preocupan en edificar nada para su descendencia. ¿Qué muestras da el hombre de algún instinto que lo lleve a construir algo bello y útil para la protección del individuo? ¿Dónde se vio a un adulto que sacrifique sus intereses egoístas para mejorar la supervivencia de la especie? No es el individuo lo que cuenta, sino la supervivencia de las generaciones futuras.

Dentro de la sociedad humana, sólo se observa un interés elevado por la especie humana en la religión, ese cúmulo de misterios y hechos que son desconocidos en otros ámbitos; por eso a veces uno siente la necesidad de recurrir a ella en busca de ayuda.

Casi siempre, a los instintos animales se los dividió en dos grupos: los relacionados con la protección de la especie y los que tienen que ver con la protección del individuo.

En nuestra vida social, en nuestras actividades sociales, sólo aparece algo de ese instinto cuando los adultos protegen la salud física de sus hijos. Nos hemos olvidado del niño en sí mismo y no le hemos brindado todo lo necesario para su crecimiento normal, pues la mera influencia de los rasgos de la personalidad adulta no basta para conformar un buen desarrollo.

Para brindar una explicación adecuada de la supervivencia de la especie y la existencia del individuo, es menester que consideremos la conjunción de ambos instintos.

En la organización de la vida humana se incurrió en faltas fundamentales. Se dejaron de lado las necesidades básicas y no hubo nada que guiara a los seres humanos desde su nacimiento. Se cometió un grave error. Se nos ha enseñado que el niño, esa criatura indefensa sin poder de razonamiento, no tiene ninguna importancia. Como sólo valoramos a los seres que concentran su voluntad en la obtención de un cierto objetivo externo, el adulto le resta significación al niño, que es incapaz de perseguir objetivos conscientemente elegidos en un mundo hostil que le es desconocido.

Es llamativo el lugar que la religión le ha asignado a la adoración de la Madre de Jesús, la Divina Madre y su Hijo; parecería ser la expresión de una verdad intuitiva que permanece ausente en la práctica cotidiana.

Hoy, los biólogos consideran que existe una relación inmanente entre la vida y la Tierra como un todo. Esto nos abre los ojos a la necesidad de un orden social, pues es una visión más acertada que la usual, según la cual los seres vivos, forzados a adaptarse a la naturaleza, deben ir modificándose como especie. Esta última es la conclusión de aquellos que consideran la vida como una lucha por la supervivencia y un proceso de adaptación continua. Pero existe otro modo de ver las cosas, una idea más amplia sobre la vida, y esta concepción nos llevará a tomar una postura diferente.

¿A qué medio nos tenemos que adaptar? A la Tierra, el suelo, el continente donde vivimos. Es preciso entender que la Tierra es una creación de la vida animal, pues la constitución actual del suelo es obra de las variadas formas de vida animal. ¿Cómo es que el aire y el mar se mantienen puros y no varían en su composición

química? ¿Cómo es que el carbonato de calcio depositado incesantemente por los ríos no convierte a los océanos en cuerpos sólidos? La que mantiene el equilibrio en la atmósfera es la vida vegetal y la que mantiene el equilibrio en los océanos es la vida animal. Distintos tipos de corales extraen el carbonato de calcio del agua y lo utilizan para construir atolones y arrecifes.

Los organismos vivos crean un equilibrio universal. Los animales y las plantas no son formas de vida independientes de su medio, que se adaptan mecánicamente. Podría decirse que la vida es la fuerza forjadora del mundo.

La vida es el sustento de la vida. Los animales son obreros que crean, purifican y mantienen su medio ambiente. No lo hacen por su propio bien; el fin último que persiguen no es la supervivencia de su especie en sí misma, sino la preservación del mundo. Es verdad que sus acciones se orientan directamente hacia la preservación de su grupo y que el instinto los lleva a preservar al individuo, pero también sirven a un propósito más elevado. Los animales no se limitan a asegurar la continuidad de la especie; van mucho más allá de eso: crean el mundo.

Hay funciones que parecen absolutamente indispensables para la vida del individuo. Ciertos animales comen todo el tiempo, a veces cosas realmente repugnantes. Por ejemplo, la lombriz se alimenta de tierra. Si solo quisiese adaptarse al medio, ¿no podría comer alguna otra cosa? Pero se la pasa comiendo tierra, y no por su propio bien, sino para crear humus y transformar el suelo.

Las vacas no paran de pastar, comen grandes cantidades de pasto. Habitan el mundo desde sus comienzos, y para digerir su alimento tuvieron que desarrollar órganos especiales (cuatro estómagos). ¿No podrían comer algo distinto? Se puede trazar un paralelo entre esta especie y un laboratorio químico. La vaca es una máquina en continuo funcionamiento y con sólo un pequeño esfuerzo es capaz de elaborar litros de leche. Esta es una tarea imprescindible en la economía de la Tierra.

Al buscar el néctar de las flores, los insectos esparcen polen.

El instinto de preservación de la especie impulsa a las abejas a levantar construcciones asombrosas.

Algunos animales comen carroña putrefacta en su misión de limpiar el medio ambiente. Colaboran con la función divina del escarabajo, que persigue el mismo fin beneficioso.

Lo interesante es que los hombres han adorado a estos seres. En la India se considera sagradas a las vacas, y los antiguos egipcios rendían culto al escarabajo. Los hombres han intuido las funciones sacras de estas criaturas. Entonces ¿cómo es posible que el hombre, el ser inteligente, el que esta dotado con la mano, herramienta libre, instrumento ejecutor de su pensamiento, no tenga un propósito en el mundo?

Se dice que el destino del hombre es disfrutar la creación... ¡pero no puede! ¿Y disfrutar qué? ¿El mundo? Esta no es su naturaleza. Lo que anhela no es goce, sino trabajo y sacrificio. El hombre aspira a un fin superior, que no es la complacencia material ni siquiera la supervivencia de la especie. Si los animales tienen objetivos que van más allá de eso, es de imaginarse que el hombre no se conformará con un propósito tan limitado. Indudablemente, ha intuido esta verdad en lo más profundo de su ser, aún cuando la haya borrado de la vida diaria y circunscripto a los confines de la religión.

La meta fundamental de la existencia humana no es ni la supervivencia del individuo ni la de la especie. Todo lo que hacen los adultos en aras de su supervivencia y la de la especie es sólo un medio y forma parte de la tarea que deben realizar para cumplir su misión, para alcanzar su propósito central, para justificar su razón de ser, tal es la creación del medio.

Puede que el hombre esté destinado a disfrutar. Puede que haya nacido para ser el rey del universo. Pero no logrará su objetivo si no pasa de ser una más entre las criaturas que habitan la Tierra. Debe vivir con miras a realizar su propósito, que es invisible en este mundo, y pasa inadvertido en la naturaleza. Avanza hacia su meta pero no la ve, y esta meta que le es desconocida es la construcción de algo superior a la naturaleza. El hombre trabaja en pos de ese fin sin darse cuenta, y esta ignorancia le causa confusión y un vacío interior. Su tarea en el cosmos se vuelve ardua y pesada en lugar de ser distendida y alegre. Nada puede eximirlo de cumplir la enorme tarea que le ha asignado la vida; pero él puede elegir entre disfrutarla o sufrirla. Si el hombre comprendiese su misión, y obedeciera las leyes de su propia existencia con sabiduría y sensatez, se encontraría de repente con la posibilidad de cambiar su vida y experimentar alegría donde ahora sólo ve grandes dificultades.

Como ya dije, observar niños nos hizo corroborar que el trabajo es el instinto fundamental en el hombre, y que el niño es capaz de trabajar desde la mañana hasta la noche sin cansarse en ningún momento, como si su trabajo formara parte del orden natural.

El agotamiento no es natural. No se debe al trabajo, sino al hecho de haber trabajado mal. Cuando el niño se sumerge en alguna tarea y no se cansa, nos está demostrando que tenemos energías latentes inconmensurables.

Es evidente que el hombre nació para obrar con las manos y la mente. Esto lo convierte en el creador único y verdadero, y la labor de sus manos y su mente se debe fundir en una unidad funcional. Tenemos evidencia de que el hombre trabaja desde los comienzos de la humanidad. El hombre no realiza sus faenas del mismo modo que los otros seres vivos. No hace siempre lo mismo; a diferencia de los corales, por ejemplo, no cumple un ciclo estático de vida y trabajo.

El hombre se ha hecho cargo de todas las tareas posibles en el mundo: las de todos los animales, de todos los objetos inanimados, del agua y del aire. Es capaz de adaptarse a cualquier tipo de labor y apropiarse de todas ellas. También es capaz de dividir el trabajo entre varios individuos.

Su amor por el medio le indica qué tarea elegir. Algo lo convoca a ejecutar su misión. Es así que trabaja con un verdadero espíritu de sacrificio, y con su trabajo transforma el medio y construye un nuevo mundo que se hace sentir en toda la naturaleza. Este mundo es más que la naturaleza, porque el hombre utiliza todos los elementos de ésta en su creación. Lo que así se engendra es una supernaturaleza. Y la supernaturaleza del hombre difiere de la naturaleza común.

¿Por qué se acepta que las colmenas sean obra de la naturaleza y no las rutas asfaltadas por el hombre? ¿Por qué las vacas forman parte de la naturaleza y las retortas químicas no? ¿Por qué la forma en que el ambiente se purifica es "natural"? Porque el hombre va más lejos. Produce objetos artificiales en la naturaleza. Extrae agua de las rocas y se la lleva a los seres vivos. Explora las minas en busca de hierro, carbón, oro y piedras preciosas y saca todo eso a la superficie.

El hombre es el creador de una supernaturaleza. Es dueño y señor de la materia. Hoy, hasta toma del universo lo que la naturaleza nunca le habría brindado. Ha aprendido a explotar fuentes de energía que yacen en las profundidades y las ha usado para seguir creando la supernaturaleza. Ha domado a los rayos y está haciendo milagros. Ya empieza a conquistar el cielo que lo cubre. Pero sólo es consciente de los fenómenos individuales y no logra captarlos en su verdadera esencia. No alcanza a divisar el monumental fin último de sus conquistas: la creación de la supernaturaleza.

A través de todos sus logros, el hombre se ha ido transformando. Algo nuevo surgió en él, en especial en los últimos tiempos. Ahora es más inteligente, pero le siguen faltando sentimientos que complementen esta mayor capacidad, y la causa de que aquéllos no aparezcan es que vive en forma equivocada. El odio lo abruma y no le

permite obedecer las leyes de la naturaleza. Muy de a poco, empieza a experimentar sentimientos más nobles, como la conciencia de que todos los seres vivientes forman una unidad. Pero todavía no se ha alcanzado la armonía.

El hombre es el amo de la Tierra. Transforma el medio y lo somete a su dominio. Desde el principio de los tiempos, consolidó su victoria mediante la creación de la civilización y la cultura. También cambió la personalidad humana; hemos presenciado el advenimiento de un espíritu heróico, sacrificado y devoto. A medida que se construye la supernaturaleza, la humanidad sigue evolucionando, con lo cual junto con el progreso natural crece la personalidad del hombre. Todas estas conquistas se deben a unas pocas personas. Por ejemplo, la escritura -ese don supernatural- se fue transmitiendo de unos pocos hombres a otros; así toda la humanidad pudo documentar los productos del intelecto y transmitirlos a lo largo del tiempo. La habilidad mental para la matemática también es esencial. Sin ella, sería difícil concebir el progreso. Es por ello que el niño debe tener un maestro capaz de estimularle estos instintos elevados. En este sentido, la educación es un intercambio entre la naturaleza humana y la supernaturaleza. No debemos olvidar que el hombre de hoy es más que el anatómico hombre natural. Crece gracias a las construcciones de su creciente inteligencia mecánica.

Nos resultaría imposible vivir en la naturaleza si para caminar no tuviésemos más que pies y para ver, un par de ojos. Todo depende de la forma en que logremos superar esas limitaciones. En consecuencia, es necesario estar preparados para este nuevo tipo de vida, y para eso hace falta educación.

El hombre de la supernaturaleza ya no es el hombre de la naturaleza. Ya que ha descubierto la manera de almacenar energías colosales, debe aprender a utilizarlas, subyugarlas al propósito de su vida y aprovecharlas. Con el dominio y uso de las energías de la naturaleza crea una supernaturaleza milagrosa. Esta creación lo convierte en un ser prodigioso, capaz de ver, escuchar y elevarse por sobre la materia.

El hombre también ha obrado otro milagro, que es la base y el secreto de todas las cosas, el mayor de los milagros y el que más desconoce. El hombre ha mejorado la inteligencia humana. Las comunicaciones se realizan con una facilidad sorprendente. A lo largo de la historia, los grupos humanos se fueron haciendo cada vez más numerosos, a punto tal que hoy la humanidad ya es un único grupo. Nadie es consciente de esto, pero es un hecho. En la actualidad, todos tienen una función común. La gente ya no está separada en grupos como sucedía apenas ayer. Hay un interés único que los une y los hace funcionar como un organismo vivo unificado. Todo lo que afecte a un grupo, repercutirá sobre los demás consecuentemente. Para ser más claros, el interés de cualquier grupo es el interés de todos. Hoy ya no podemos hablar de un foco de civilización, pues la civilización esta por todos lados y no hay forma de escaparle. Ya no quedan escondites para el ladrón y se acabaron los exilios. Todas las personas conforman un organismo único, y sin embargo el hombre vive en un mundo emocional que pertenece al pasado. Ahora la humanidad forma una sola unidad indivisible: una *nación única*.

Esta nación única abrió las puertas del mundo entero y todos los hombres se unieron. Las riquezas de la Tierra les pertenecen ya a todos. El miedo a la pobreza debe acabar; pero una vez que se haya superado este temor, el hombre tiene que tomar conciencia de que lo verdaderamente valioso no está sobre la Tierra ni en sus entrañas. El único tesoro del hombre, la promisoría materia prima que le dota todo, es la inteligencia humana, un tesoro inagotable.

Por lo tanto, la educación no sólo debe proteger la personalidad, sino fundamentalmente orientar al hombre en su búsqueda de los tesoros que le garantizarán una existencia feliz; tales tesoros son la inteligencia de la humanidad y una personalidad normal. No podemos desperdiciar ni un gramo de esta fortuna; debemos almacenarlo como en el pasado se almacenaron las riquezas de la Tierra.

La inteligencia, una personalidad equilibrada y la unificación de la humanidad como un organismo único son lo más valioso que tenemos. Entonces, lo que hoy necesitamos es una educación que forme una personalidad capaz de reconocer la grandeza del hombre.

14. LA EDUCACIÓN DEL INDIVIDUO

Un rasgo característico de nuestros tiempos es el contraste entre el nivel alcanzado por la civilización extema, que tuvo un progreso vertiginoso durante los últimos años, y la pobreza del desarrollo humano, que apenas si ha evolucionado desde los comienzos de la humanidad.

Para reestablecer el equilibrio, la humanidad debe aunar esfuerzos de modo que la dignidad de la personalidad del hombre se eleve hasta alcanzar el mismo grado de desarrollo que el medio que él ha creado con su inteligencia y trabajo.

Es por ello que hoy la educación pasa a cumplir un papel fundamental; ya no puede limitarse al progreso material, un progreso que, de hecho, tal vez haya llegado demasiado lejos.

Es hora de que todos juntos hagamos algo para incentivar el desarrollo de la personalidad. Y ello no sólo se logrará si los educadores nos impulsan a hacer ese esfuerzo. Toda la humanidad debe sentirse subconscientemente movida a dar un paso adelante. En todas partes, la educación sigue encapsulada, ligada sacrosantamente a los mismos caminos de siempre; al avanzar por un sendero tan estrecho, no genera ningún desarrollo de la personalidad.

¿Qué es lo que hay que hacer?

Es fácil preguntárselo, pero cuesta llegar a una respuesta. No existe un fin único ni mucho menos, pues nadie sabe bien qué tipo de trabajo hace falta.

Para empezar, intentemos clarificar algunos conceptos fundamentales. ¿Qué es, a ciencia cierta, la personalidad? Casi todas las definiciones son poco claras y es necesario trazar una diferenciación tajante entre personalidad e individualidad. Como no contamos con premisas bien establecidas, el problema principal consiste en saber que es lo que hay que desarrollar.

En este caso, como en tantos otros, debemos recurrir al niño para que eche algo de luz sobre el asunto. Sólo obtendremos esa luz si nos remontamos al principio de todo, a un punto incluso muy cercano a la nada. Únicamente el niño es capaz de guiarnos, y sólo podrá hacerlo si estamos interiormente preparados para seguirlo. Entonces nos llevará de la nada al inicio, y del inicio al desarrollo posterior. Los niños nos enseñan algo muy importante, algo que en general la educación nunca comprendió ni puso en práctica. Nos ha hecho ver en qué se basa el desarrollo integral del hombre, ese ser superior con un potencial casi ilimitado y una personalidad que no encuentra ningún tipo de frontera para su crecimiento. Hay un factor concreto que determina lo infinito de la personalidad humana: la individualidad, que existe más allá de la influencia de otros seres humanos.

El niño nos enseñó el principio básico de toda educación y lo expresó con la siguiente frase: "¡Enséñenme a hacer las cosas solo!" Cuando los adultos le quieren imponer sus propias actividades, el niño no se deja ayudar. El adulto tiene que colaborar con el niño para que este haga las cosas por sí mismo, pues el niño no alcanzará la plena madurez intelectual o moral en tanto siga esperando que siempre le den una mano y no logre una independencia total.

Esto lo sostiene el psicoanálisis, que marca la necesidad de un nuevo enfoque psicológico. Los psicoanalistas afirman que quien siente un fuerte apego hacia alguien y depende en demasía de éste, se ve incapacitado para hacer cualquier cosa sin su colaboración y puede llegar a caer en las garras de una gran cantidad de enfermedades psíquicas angustiantes: Y no se curará mientras no supere su dependencia psicológica.

La libertad individual es la base de todo lo demás. Sin ella, la personalidad jamás se desarrolla por completo. La libertad es la puerta de entrada al proceso entero, y el individuo da su primer paso cuando logra actuar sin que lo ayuden y toma conciencia de sí mismo en tanto ser autónomo. Esta es una definición bastante rudimentaria y en apariencia se contradice con la naturaleza social del hombre y el funcionamiento de la colectividad humana.

¿Cómo conciliar la libertad individual con la vida en sociedad, plagada de restricciones y leyes colectivas que el individuo debe acatar? Ese mismo problema, esa misma paradoja es la que aparentemente caracteriza nuestra vida diaria en sociedad. Pero la libertad es por fuerza el cimiento indispensable de una sociedad organizada. La personalidad individual no podría desarrollarse sin la libertad individual.

En este punto, nos encontramos atascados en un laberinto de contradicciones. Sólo el niño nos alumbrará el camino y nos sacará de ahí. El niño es el único que nos puede llevar hacia lo que debe ser la educación; nadie más que él nos ayudará a comprender la complicada trama de la vida social y ese anhelo inconsciente de todo hombre que consiste en alcanzar la libertad para mejorar el orden social. El hombre persigue la libertad para crear una sociedad supematural. No es un capricho, lo hace para vivir.

Si deseamos tener una idea más clara de las relaciones entre el individuo y la sociedad, debemos recurrir a la biología, reveladora de muchos secretos vitales que habían estado ocultos por mucho tiempo. Tomemos la evolución de los animales. Las formas más primitivas de vida animal conforman colonias en las cuáles varios individuos funcionan como un organismo único. Un ejemplo son los celenterados. Algunos integrantes de la colonia se ocupan de la digestión, otros de la defensa ante enemigos exteriores. De ese modo, este organismo está formado por una cantidad de individuos que funcionan como una unidad vital simple. La escala de la evolución nace cuando los individuos comienzan a vivir su propia vida.

Sólo los individuos son capaces de unirse para conformar una sociedad. Las hormigas, por ejemplo, viven en sociedades compuestas por muchísimos individuos, algo imposible para otras formas de vida animal más primitivas.

Cada individuo distinto es un ser complejo, capaz de agruparse con otros tantos como él y formar camadas gigantescas. A veces forman algo más que un conglomerado: se organizan como una verdadera asociación, basada en una división del trabajo que les permite llevar a cabo las funciones necesarias para la sociedad. La asociación surge cuando un grupo empieza a practicar actividades colectivas, como en el caso de las aves y sus migraciones masivas. Ellas no son otra cosa que una asociación de individuos libres.

La libertad primordial, la libertad del individuo, es necesaria para la evolución de las especies por dos razones: 1) brinda al individuo infinitas posibilidades de crecimiento y progreso, y constituye el punto de partida para el desarrollo completo del hombre; 2) posibilita la formación de una sociedad, pues la libertad es la base de toda sociedad humana.

Hay que permitir que el individuo sea libre e independiente. Un problema tan complejo se resuelve otorgándole las armas para que desarrolle una personalidad libre, pero sin dejar de lado el medio. El medio tendría que hacer libres a los individuos y sentar las bases para la formación de una sociedad. Es imperativo que la educación de la humanidad se sustente en el conocimiento científico y lo tome como guía para cada paso que dé.

El primer avance tuvo lugar en nuestras escuelas, donde los niños nos enseñaron esta lección tan inmensamente reveladora y nos ayudaron a que, apoyándonos en la ciencia, pudiéramos perseguir este objetivo. El primer paso, punto de partida para todos los demás, consiste entonces en colaborar con el niño para que adquiera todas las funciones de un individuo libre y desarrolle la personalidad ideal para poner en funcionamiento la organización social.

Las ansias de libertad, ese impulso interior inherente a cada individuo que lo lleva a buscar la soledad para así actuar por sí mismo, representa lo que nosotros denominamos un "nivel de educación". Para ser exactos, es el

primer nivel de educación. Desde nuestro punto de vista, este nivel corresponde a la escuela, la primaria, pues a esta edad es imprescindible que el niño reciba materiales apropiados para una actividad libremente organizada. El segundo nivel es el paso previo a la sociedad, la organización social de los adultos. La escuela secundaria debería abrir las puertas hacia el desarrollo de la personalidad y la organización social.

De modo que estos son dos niveles o facetas del desarrollo vital humano; la educación no puede dejarlos de lado si se propone contribuir a la formación del hombre y su personalidad, elevar a la humanidad para que pueda hacer un progreso genuino y salvar la especie.

A través de este enfoque, se busca que el hombre alcance un crecimiento afín al del medio y así se elimine el desequilibrio existente. Más que para generar progreso material, la educación es indispensable para salvar a la humanidad; por eso todos nuestros esfuerzos deben estar dirigidos a la conformación del hombre interior, y no a la lucha contra el mundo exterior.

Tenemos que meditar mucho y muy bien, y profundizar nuestros conocimientos de la psicología y la educación para que estas ciencias le sean de verdadera utilidad al hombre. La educación no debería enseñar cómo aprovechar la energía humana en beneficio del medio, pues ahora empezamos a tomar conciencia de que la piedra angular de toda educación es el desarrollo de la personalidad, lo que le da un carácter urgente para la salvación de la humanidad.

Si esto es la educación, ya no tendremos que dar prioridad a la administración escolar, los planes de estudio, etc. Los programas nunca están de más, pero no tiene sentido imponérselos a la humanidad con el pretexto de seguir algún objetivo inconsciente. El hombre tiene que ser bien consciente del fin de la educación. La educación de hoy olvida la personalidad y no la desarrolla. Parte de un punto de vista erróneo, incluso peligroso, basado en una premisa falsa que representa toda una amenaza para el mundo. En la actualidad el hombre se olvida de la personalidad humana y ve a la sociedad como una colonia sin individuos. Sólo conoce la dependencia y el sometimiento, armas letales para la personalidad. Tenemos tan confundidas nuestras ideas que pensamos que una personalidad libre se contradice con la idea de sociedad. Todo el tiempo nos preguntamos "¿Qué será de la sociedad cuando todos se liberen?"

Tenemos que deshacernos de estas nociones falaces pues son peligrosísimas. Si surgieron, fue porque en realidad no tenemos una idea clara de lo que es una sociedad organizada. Este engaño tiende sobre los hombres una red hecha de equivocaciones que les obstaculiza el camino al progreso y hasta puede llegar a amenazar su supervivencia.

Ya nos estamos dando cuenta de que a los hombres debemos brindarles libertad, de que tenemos que educar a las masas, de que debemos educar a todos los seres humanos. Se empieza a oír un alarido sin palabras que clama por que veamos las cosas tal como son: un grito en defensa del hombre.

Los distintos niveles de educación deben fundarse en algo, en un objetivo humano: el desarrollo progresivo de la personalidad del niño, que aparece bajo esta luz tan novedosa que nos brindó la experiencia vivida con él; pues el niño que se desenvuelve con libertad, emancipado de las influencias e intromisiones de los adultos, nos muestra nuestras verdaderas leyes de vida.

Describiré ahora los cuatro niveles que distinguimos en educación. Esta clasificación cuádruple no la hice yo, tampoco los niños. Está basada en un patrón de desarrollo ordenado. Los adultos vivimos en medio del desorden más absoluto, y nos las arreglamos para que la base de nuestra organización social se convirtiera en un caos total.

El ser humano ha demostrado que desde los primeros años de su vida busca el orden como una necesidad esencial. Desea fervientemente vivir en un entorno ordenado y adopta una disciplina cuando bien podría actuar con total libertad y acatar los designios de su naturaleza. Esto no lo aprende del adulto, quien ha crecido

inmerso en limitaciones y en consecuencia no sabe nada acerca de este tipo de disciplina. Recordemos lo que dice la Biblia: "Hay muchas grandezas entre los hombres: reyes y riquezas, pero algo que nunca se llega a ver es la disciplina interior". Por esta razón caen muchas civilizaciones.

La disciplina es el instinto primordial del hombre, como nos lo demuestran los niños. Si se protege a la naturaleza humana y no se la mantiene alejada de su sendero natural, la disciplina se vuelve una necesidad normal.

Antes de referirnos al hombre libre, es menester corregir ciertas concepciones equivocadas: Es falso que un hombre libre se contradiga con las ideas de sociedad, orden y disciplina social. Si permitimos que el ser humano siga los mandatos de su desarrollo normal y sus propias leyes naturales, lograremos una sociedad más perfecta que la actual. Nos oponemos a los programas artificiales que hacen del hombre un esclavo. Sin embargo, esto no significa que estemos en contra del orden y la disciplina, verdaderas leyes de la especie humana. Hablo en nombre de mi Señor, el niño.

El niño, como ser humano libre, debe enseñarnos a nosotros y la sociedad qué es el orden, la tranquilidad, la disciplina y la armonía. Y cuando lo ayudamos, florece el amor, ese amor que tanto ansiamos para alcanzar la unión entre los hombres y una existencia feliz.

El objetivo de la educación no es transmitir hechos; la educación se ha mantenido en un nivel que roza lo absurdo si se lo compara con los progresos logrados en otras áreas. Estoy convencida de que en un futuro no muy lejano resultará inconcebible que la educación haya permanecido constreñida hasta el punto de tornar imposible la solución a los problemas sociales. Hay muchas razones para considerar la educación como un régimen tiránico y dictatorial que pesa sobre todos los aspectos de la vida de los niños; un poder así ejercido no tiene ningún sentido, no beneficia a nadie. Resulta especialmente ridículo e incoherente en tiempos como estos, cuando el hombre desea la libertad con tanto fervor. Hasta nos cuesta comprender cómo es posible que exista una esclavitud que le impida al ser humano ser él mismo, que arranque de cuajo la personalidad tan pero tan necesaria. Hay una verdad muy simple, ampliamente confirmada por nuestra experiencia, y es que las leyes que se les imponen a los niños son arbitrarias, y ellos no tienen por qué estar sujetos a ellas, pues su desarrollo debe sustentarse en las leyes de la vida. Los programas de estudio se pueden modificar; las leyes de la vida son inmutables. Si basamos la educación en las leyes vitales, crearemos niveles de enseñanza genuinos y no simples programas.

La libertad del individuo es el fundamento del primer nivel de educación. Debemos hacer todo lo posible para que el niño pueda desempeñarse por sí mismo, como ya hemos indicado. El adulto tiene que ser una fuente de ayuda, no un obstáculo. Por sobre todas las cosas, debe colaborar con el niño y jamás permitir que sea víctima de una autoridad ciega incapaz de tener en cuenta sus verdaderos propósitos. Tenemos que hacer hasta lo imposible para que se satisfagan las necesidades del niño; hay que darle la oportunidad de que haga cosas por su cuenta, puesto que su vida misma depende de que lo dejen obrar. El niño debe tener la posibilidad de desenvolverse con libertad. Un ser humano que no realiza sus funciones vitales se enferma, y es muy común que los niños sufran enfermedades psíquicas cuando no les permiten desarrollarse en forma normal.

No sólo debemos ofrecer a los niños atención personal; también tenemos que brindarles el medio adecuado, dado que el desarrollo correcto depende de la actividad vital efectuada en el medio y sobre este. La ciencia nos enseñó que la nueva pedagogía debería tener por objeto la creación de un medio que incentive el desarrollo. Tenemos una postura completamente distinta de la de muchos, que sostienen que el adulto no tiene que hacer nada con respecto al niño. ¿O acaso hay que dejarlo solo y abandonado?

Los que vivimos en la supernaturaleza no podemos vivir en la naturaleza. A diferencia de las formas más inferiores de vida, que hacen mucho por su descendencia, nosotros no hemos hecho nada por la supernaturaleza del niño. El ser humano que no ha sido mutilado psicológicamente impone muchas exigencias que deben recibir una respuesta si es que ha de desarrollar una personalidad libre; sin embargo, nosotros

tenemos al niño encerrado en su casa y hacemos todas las cosas por él en lugar de facilitarle los medios para actuar por sí mismo: Debemos crear un medio supernatural que satisfaga las necesidades de los niños y adolescentes hasta que sean mayores e ingresen a la sociedad de los adultos. A nosotros nos incumbe edificar un medio preparado para proteger a nuestra prole.

Esta es la misión de la educación. Construyamos, entonces, un medio donde el niño y el adolescente puedan vivir como individuos libres y alcanzar los objetivos que perseguimos todos: el desarrollo de la personalidad, y la creación de un orden supernatural y una sociedad mejor. El alma humana tiene que cobrar forma dentro de este ambiente supernatural.

Por lo tanto, el niño debe vivir en su propio medio, especialmente preparado, y el adulto tiene que ayudarlo. De ese modo, se nos abrirán las puertas al aspecto concreto de la educación. ¿Qué es lo que hay que hacer? ¿Qué debe hacer el adulto? ¿Dejar de contarle cuentitos a los chicos? ¿Empezar a prohibirles que se diviertan y practiquen deportes? A veces se piensa que la libertad necesaria para el niño es la libertad de vivir una vida mucho más seria, y la educación moderna ha intentado evitar que los niños vivan así.

¿Pero no podría ser que la vida fuera un asunto muy serio en verdad? De nuevo, el niño nos demuestra que la vida en libertad no es nada frívola; él prefiere hacer cosas concretas, difíciles y serias, cosas positivas, y le gusta ser útil, pues todo ser humano desea escalar más y más en busca de un objetivo dado.

Es preciso brindarle al niño una enseñanza amplia y un medio que responda a sus necesidades, porque así desarrollará el alma y la inteligencia humanas: la vida misma del niño.

¡Nos han acusado, sin ninguna razón, de querer arrancárles la felicidad a los niños! Pero nosotros no queremos darles ni quitarles la alegría. Lo que pretendemos es algo totalmente distinto. En el medio que preparamos, el niño no juega. Trabaja, y la codicia desaparece; trabaja, y la pereza desaparece. ¡Todo lo que he de hacer! Comparado con otros niños, es un ser humano formidable. El individuo humano ha demostrado que se siente atraído hacia el trabajo independiente, el cual le permite desarrollar la mente; así es como nace el amor, artífice de una sociedad jubilosa.

Los juegos, tomados como algo ajeno a la vida, no vuelven felices a los hombres. Aquellos que no hacen más que divertirse muy pronto terminan sufriendo depresión. La misión de nuestras escuelas es buscar la felicidad, característica natural del ser humano; para ello, deben ofrecer al niño un medio adecuado a sus necesidades, con construcciones y muebles de su tamaño; asimismo, deben inculcarle ideas nobles y mediante materiales que permitan comprender las abstracciones, producto típico del intelecto, enseñarle los grandes descubrimientos del pensamiento humano; de ese modo penetrarán en su mente las creaciones más sublimes de la inteligencia.

El niño debe elevarse hasta el orden superior del espíritu a través de lo concreto. Cuando se posan ante él los descubrimientos y las ideas más geniales de la mente humana, se entusiasma y se ve estimulado. Trabaja con una perseverancia maravillosa y no se cansa jamás. Es obvio que el individuo se esfuerza para desarrollar su personalidad. Cada ser humano tiene sus propias aspiraciones (aunque tal vez no sea consciente de ellas); cada cual se ocupa de sus propios intereses. Se cree que el niño es una criatura egoísta, pero en este sentido no tiene nada de egoísta. El egoísmo entra en juego cuando se trata de las ansias de posesión y poder. El egoísmo del niño se parece al del hombre que busca alejarse de la sociedad y vivir ajeno a todos, como un ermitaño, para cultivar su alma.

¿Cómo cultivar la individualidad humana sin mantenerse apartado de la sociedad?

La primera etapa de la vida marca el momento en que el individuo tiene que desarrollarse *solo*, independiente de todos. Es la etapa del autoaprendizaje. Es natural que los niños se sientan indefensos en un mundo hostil y abrumador. Precisan alguien que los proteja, no un tirano. Cuando un adulto le da algo al niño, se está

procurando alguna ventaja para sí. Esta es una forma de tiranía. Hasta el niño que es libre necesita protección. Requiere palabras de aliento y las sale a buscar; como no tiene un falso orgullo, se dirige a los adultos para mostrarles su trabajo. Se pone contento si lo que hizo está bien, y le gusta ver sus logros. Necesita que lo animen para que siga adelante con su difícil misión: el desarrollo de la personalidad, la labor vital de un embrión.

Por lo tanto, la tarea principal de la educación a esta edad debe consistir en salvaguardar la libertad del niño que, como vive en un medio artificial, tiene que contar con objetos acordes a sus necesidades. Todo debe estar a la medida de los niños, pero no como una reducción mecánica del tamaño físico de los objetos para adultos. Es imperioso darles a los niños un universo que sea de su tamaño. Para ilustrar este concepto, podríamos mencionar la forma de enseñar religión, si es que a esta edad se pretende brindarles una educación religiosa. Habría que exponerla como la protección que Dios da a los individuos. El niño cuenta con un ángel guardián que lo cuida todo el tiempo, un ser que no se parece en nada a un tirano. El niño reza a Dios para que lo cuide a él y a sus seres queridos.

Ora para que proteja su persona. Sabe que hay Alguien que se ocupa de él, que lo ama, que lo protege. Para un niño, esta es una forma natural de ver a Dios, pues es el reflejo de su vida infantil. Hay muchos adultos que comparten esta concepción, adultos que no alcanzaron una madurez intelectual plena, y lo único que buscan en la religión es protección: En la adultez, ésta es una forma de desarrollo coartado.

Mas allá de esto, si la educación secundaria se encuadra dentro de los mismos lineamientos que la primaria, se estará atentando contra la naturaleza, dado que, superada la edad del desarrollo de la individualidad, el niño necesita empezar a conformar su personalidad.

En este punto, hay que optar por un nuevo nivel de educación. Es menester comenzar la formación social del adolescente y hay que brindarle al individuo experiencias sociales.

No es cierto que las universidades sean una preparación para la vida en sociedad. En la actualidad, todas las escuelas obstaculizan la formación correcta del individuo para la vida social.

¿Cómo es posible la educación social si lo que se hace con los adolescentes es encarcelarlos en masa? Así no hay ninguna vida social para el joven. Existen contradicciones abismales. En vez de preparar a los jóvenes para afrontar la vida en sociedad, las escuelas los preparan para ganarse la vida. Les enseñan una ocupación o profesión. Y todos practican esa ocupación o profesión como esclavos. Esto no hace más que demostrar que a la verdadera vida en sociedad la remplazamos con una parodia denigrante. Es imposible mantener la integridad de una sociedad que amenaza con derrumbarse si sus miembros sólo están preparados para desempeñarse en alguna ocupación que les dará de comer. Precisamos hombres completos. Por supuesto, estos hombres sabrán ganarse la vida en una sociedad mejor; es necesario que al niño se le transmita directamente un conjunto más abarcativo de conocimientos, pues la mente humana es muy receptiva durante los años de su formación. Pero apenas se le brindan los conocimientos más básicos, y eso es demasiado poco. Este es un error grave. Tenemos que optar por otro camino.

En la actualidad, los jóvenes no tienen oportunidad de adquirir experiencias sociales porque deben dedicarse todo el tiempo a estudiar. Para que el adolescente adquiera experiencia en la vida social, hay que construir un medio apropiado para él, una supernaturaleza que contemple sus necesidades, donde pueda vivir la experiencia práctica y real de la vida social en todos sus aspectos.

A esta edad hace falta independencia en otro nivel, pues ella también es imprescindible para la vida social. Los jóvenes deben desempeñar sus funciones en la sociedad con independencia, tienen que trabajar y ganar su dinero. Es importante que la sociedad les proporcione un medio especial donde puedan ganarse la vida. Los jóvenes no pueden carecer de una oportunidad así, porque algún día serán ellos los que deban construir la supernaturaleza. Por eso hay que darles la posibilidad de que dediquen tiempo al estudio y la práctica de destrezas manuales e intelectuales. Pero que no se vean obligados a pasar cada minuto de su vida estudiando,

pues esta es una forma de suplicio que provoca enfermedades mentales. La personalidad humana tiene que contar con la oportunidad de materializar cada una de sus capacidades. Hoy, a los hombres se los obliga a optar entre una ocupación y una profesión. Se podría decir que los que sólo usan la mente para trabajar son personas *mutiladas* y que las que sólo trabajan con las manos están *decapitados*. Buscamos la forma de lograr una armonía entre los que trabajan con la cabeza y los que obran con las manos y recurrimos al sentimentalismo, pero lo que hace falta son *hombres completos*. Cada aspecto de la personalidad debe cumplir una función. Tal vez, un joven oriente sus aptitudes en cierto sentido, pero debe ser él el que elija a qué rasgos dará preferencia. Siempre habrá diferencias individuales, pero no son lo que más importa. El desarrollo humano tiene que perseguir la expresión plena de la vida, de una vida superior a la nuestra. Sólo entonces alcanzaremos un nivel más elevado.

Ese es el tercer nivel, el cual se caracteriza por la preparación del alma humana para el trabajo, función vital y pilar de la experiencia social. Antes que nada el hombre que ingresa al mundo laboral debe aceptar sus responsabilidades sociales; de lo contrario, ya no sólo viviremos entre gente sin brazos o cabeza, viviremos con gente egoísta, gente sin conciencia moral, miembros irresponsables de la sociedad. En una sociedad como la nuestra, llena de complicaciones y peligros, tal responsabilidad es fundamental. Por eso resulta indispensable que los hombres estén preparados para comprenderla y cumplirla.

Las universidades otorgan títulos a los alumnos que aprobaron los exámenes, pero muchas veces se aprueba de pura suerte. La sociedad admite entre sus filas a hombres que casi no conoce y que carecen de conciencia moral. Las verdaderas evaluaciones deberían ser espirituales. Habría que pedirle al alumno que expusiera sus habilidades mostrando qué tipo de trabajo sabe hacer. De ese modo, los candidatos demostrarían cuánto valen y se los reconocería como personas importantes para la sociedad. Adquirirían un sentido de responsabilidad que los guiaría a lo largo de la vida. Pero con ello ya nos alejamos de las aulas y nos adentramos en la vida.

El cuarto nivel es la vida misma. A la postre dejamos la escuela; abandonamos esa enseñanza que tiene en jaque a los jóvenes, que los hace andar sin saber a dónde van y, luego de una determinada cantidad de años, los arroja a la sociedad para nunca más ocuparse de ellos. ¿Dónde aprenderán todo lo que no saben? ¿Qué garantía pueden ellos ofrecer a una sociedad que día a día genera gente ciega de conciencia, hombres mutilados?

Toda la humanidad tiene que unirse y permanecer junta para siempre. Hay que educar a las masas, y la educación nunca debe faltar. En este cuarto nivel, es imprescindible que la sociedad ayude a cada ser humano para que toda la especie alcance un nivel tan alto como el alcanzado por el medio; así, el hombre se elevará por sobre su ambiente y lo perfeccionará aún más, a la par que se perfecciona a sí mismo.

PARTE IV: MENSAJE A LA COFRATERNIDAD MUNDIAL DE LOS CREDOS

15. EDUCAR PARA LA PAZ

Mensaje dirigido a la Confraternidad Mundial de los Credos en Londres, Inglaterra, el 28 de julio de 1939

El solo hecho de que esta asociación esté aquí reunida es la expresión de un principio fundamental de la paz, pues podría afirmarse que la paz no nace del trabajo racional del hombre, sino que es obra de la Creación. Las fuerzas que crean el mundo son precisamente las mismas que deben traer la paz.

Todo ser humano que trabaja por el bien común está construyendo, aún sin darse cuenta, un mundo nuevo, que ha de ser un mundo de paz. Hubo hombres que se esforzaron, trabajaron, hicieron descubrimientos, estudiaron y sufrieron; algún día se sabrá que todas esas obras de la humanidad perseguían un objetivo común en el mundo, que será un mundo de paz.

Aunque los hombres hoy se enfrentan en luchas, o lo hicieron en el pasado, aunque se declararon la guerra unos a otros y se alinearon en bandos opuestos dentro del campo de batalla, han forjado la historia para construir un mundo que no será otra cosa que un mundo de paz.

Los hombres son mejores de lo que parecen. Sí, los seres humanos me resultan bondadosos y caritativos en extremo, pero ese amor y esa bondad los practican en forma tan inconsciente, que la humanidad no llega a darse cuenta de que posee semejantes virtudes. Hasta diría que las disputas y la incompreensión entre los hombres son hechos superficiales, y que debajo de esa cáscara, en profundidades inconmensurables, yacen la magnanimidad y el espíritu de sacrificio que a lo largo de los años colmaron el corazón de la gente, una magnanimidad y un espíritu de sacrificio ocultos por la historia y desconocidos por la humanidad (*ver nota al final)

A veces, parecería que lo verdadero estuviese hecho de contradicciones aparentes. Si esta contradicción aparente no existiera, sería más fácil llegar a la verdad. Es necesario que cada uno persiga la verdad, porque aunque está oculta, existe. *Esto es lo que mantiene viva el alma humana: la certeza de que la verdad que está buscando existe en realidad.*

En esta Tierra donde el adulto domina y supervisa la distribución de todos los bienes, es como si todos los hombres vivieran enfrentados entre sí. Ni siquiera en aquellos ámbitos donde los intereses personales deberían quedar relegados a un segundo plano, y donde se supone que todos se acercan a la verdad y realidad -es decir, en la religión-, ni siquiera ahí los hombres se llegan a poner de acuerdo. El objetivo y la misión de esta asociación es la búsqueda de una armonía entre los credos, la cual permitirá demostrar que todos los cultos tienen los mismos anhelos y aman de la misma forma. Por eso en sus oraciones hay palabras tomadas de todas las religiones del mundo y se combinan entre sí a la perfección. Otro propósito de esta asociación es hacer que todos los hombres de la Tierra, cualesquiera sean sus creencias, doctrinas o prácticas religiosas, comprendan que están unidos íntimamente en un solo ser y pueden tratarse como hermanos o amigos.

Nosotros conocemos muy bien esta verdad y unión, ¿quién no la conoce? Los filósofos de la antigüedad, que sabían elevarse por sobre sus estrechas preocupaciones personales, tenían muy en claro que los hombres pueden ser todos amigos, comprenderse y convivir en paz. Debemos preguntarnos, ¿por qué cuanto más estudian para ampliar sus conocimientos y descubren o crean más cosas bellas, más conflictos hay entre los hombres? Esto también es un misterio. ¿Cómo es posible que todos sean conscientes de la unidad en lo profundo de su corazón y sin embargo haya tanto disenso en lo exterior? Pues porque los hombres viven en el mundo de todos los días y deben atenerse a sus exigencias, responderán algunos. Es innegable que los hombres difieren de una parte a otra del planeta, que cada grupo tiene diversas y muy arraigadas tradiciones, que no existe oración lo suficientemente poderosa o argumento lógico lo bastante persuasivo como para que inculque un deseo de comprensión mutua. ¿Pero no habrá algún camino novedoso que podamos seguir? ¿No existirá un nuevo ser en quien depositar nuestras esperanzas? Sí. El niño. Para la religión, el niño es el ser más poderoso del mundo. No caben dudas de que mantiene contacto directo con el Creador. Él es la obra más evidente del Creador. Podríamos afirmar que el niño es el ser más religioso en el mundo de los humanos.

Si deseamos hallar un ser puro, sin ideas filosóficas ni ideologías políticas, tan ajeno a unas como a otras, comprenderemos que este ser neutral es el niño. Y si suponemos que hablar distintos lenguajes hace diferentes a los hombres, encontraremos en el niño a un ser que no habla ningún idioma y está dispuesto a aprender cualquiera. Por eso, debemos concentrarnos en este niño cuando buscamos los caminos de la paz. ¿Por qué no recurrimos a los chicos? ¿Por qué no hacen su aparición bandas triunfales de niños en las reuniones donde se discuten las cuestiones de la paz? Si se presentaran procesiones de niños ante nuestros ojos, deberíamos recibirlos con reverencia y admiración y prosternarnos ante ellos. El niño llegaría como el maestro de la paz, y nosotros tendríamos que formar un círculo alrededor de él para que nos enseñara el misterio de la humanidad, para aprender de él el *secreto* de la bondad fundamental, tan desdeñado en todos nuestros actos y nuestra vida.

Esa es la fuente de conocimiento que más nos interesa. ¡Si en verdad ansiamos la hermandad y la comprensión entre los hombres, que haya hermandad y comprensión entre el adulto y el niño!

Si los niños son los maestros del amor, no hace falta salir a buscarlos fuera de casa. Pensemos que en todas las familias hay niños y, por lo tanto, este principio del amor late en cada hogar. Cuando nace un niño, la madre se vuelve una mujer más bella y el padre un hombre mejor; y si con sólo llegar el niño ya crea esta atmósfera de amor, luego, a quienes lo contemplan con atención, les develará las leyes del crecimiento, en las cuales se encuentra la raíz de la personalidad y grandeza humanas. El niño posee vastas habilidades y una inteligencia insospechada. Tiene un corazón tan sensible al anhelo de justicia que, citando a Emerson, podríamos denominarlo "el Mesías que por siempre regresará y vivirá entre los pecadores y los conducirá al Reino de los Cielos".

Estamos convencidos de que el niño es capaz de hacer mucho por nosotros, más de lo que nosotros podemos hacer por él. Los adultos somos muy rígidos. Siempre nos quedamos en el mismo lugar. En cambio el niño es puro movimiento. Se mueve de aquí para allá y nos eleva muy por encima de la Tierra. Cierta vez, esa sensación caló muy hondo dentro de mí, como nunca antes, e hice algo así como prometer que me convertiría en una fiel seguidora del niño, mi maestro.

Entonces tuve frente a mí la figura del niño, del mismo modo que ahora lo ven y comprenden quienes están próximos a mí. No lo vemos igual que todo el mundo, como una criaturita indefensa, con los brazos cruzados y el cuerpo estirado, de tan débil que es. Vemos la figura de un niño erguido frente a nosotros, con los brazos bien abiertos, haciendo un llamado a toda la humanidad para que lo siga.

* Nota: Estas palabras de María Montessori cobran un sentido más claro y completo si tomamos en consideración lo que más tarde afirmaría con respecto al papel del hombre y su espíritu de sacrificio, en su vasta cosmovisión filosófica, ya conocida por su auditorio. Los siguientes fragmentos, tomados de una disertación que dio en Roma en 1946, constituyen una conmovedora evidencia de sus ideas:

¡Las inconmensurables profundidades de la bondad humana!

Para nosotros -así nos enseñó Cristo--, un buen hombre es un hombre que deja de lado su vida para ayudar a sus amigos. Ser bueno significa sacrificarse, sacrificarse toda la vida. Los hombres llevan esta bondad en el corazón, la que se nos hace visible en sus obras más que en sus buenas intenciones.

Los hombres no trabajan para satisfacer sus propios requerimientos, sino para atender las necesidades ajenas. Tomemos el caso del panadero, por ejemplo. Mientras todos duermen, él se queda levantado horneando el pan que estará listo para cuando la gente se despierte. ¿Lo hornea para él? Ni él ni su familia lo comerán. El panadero trabaja y se sacrifica por los demás. ¿Lo hace durante una o dos noches? No; se trata de un sacrificio que dura toda la vida.

Pensemos en el minero que extrae carbón de la tierra. Renuncia al sol y al aire puro y se entierra vivo; sabe que de un momento a otro se puede producir una explosión que le quite la vida. Por la mañana se despide de sus hijos, pero no está seguro de que regresará vivo a casa. Un héroe. Y no el héroe de una sola batalla, un héroe que sacrifica la vida entera. Se entiende que no usará todo el carbón que saca a su superficie para cocinar su comida o calentar su hogar. El carbón le servirá a gente que no conoce, que ni siquiera puede agradecerle el sacrificio que hace por ellos. El minero nunca verá los hornos alimentados por el carbón; jamás tendrá la satisfacción de presenciar los resultados de su sacrificio.

Este héroe acata a la perfección el mandamiento de Cristo: "Que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda".

Aquellos que labran la tierra con el sudor de su frente lo hacen para que la gente de lugares remotos pueda consumir los granos y los frutos que ellos cultivan y la madera que cortan de los bosques. Y los que muelen los granos, los que transportan las frutas y las flores a lo largo de grandes distancias, no cosechan ningún agradecimiento.

La caridad universal no es cualquier acto de caridad, pues para que sea de estos últimos hace falta un incentivo concreto, como sería asistir al sufrimiento de la gente o contemplar las necesidades de los pobres. No es un gesto de caridad aislado y esporádico que culmina cuando el otro da las gracias que uno espera.

No, la caridad cósmica es universal. Para que exista, todos los hombres, pobres y ricos por igual, deben brindarse a la humanidad durante la vida entera. No soluciona algún tipo de miseria en particular. Eleva todos los corazones y ayuda a la civilización a alcanzar un nivel más puro, pues garantiza la existencia de todos y cada uno de los hombres. Por eso, la inmensidad de esta bondad y dedicación no tiene fronteras.

Se me dirá que esta gente no trabaja para el bien de los demás, que lo hacen con el único fin de ganar dinero y vivir de la mejor manera posible. Sí, es cierto; esa es la parte consciente. Pero, sin darse cuenta, llevan a cabo la obra de la creación. Obedecen un mandamiento inconsciente que reina sobre todas las cosas y preserva la vida en el universo.

Los árboles que purifican el aire, los vegetales que obtienen vitaminas gracias al sol, los corales que filtran el mar rodeados de una infinidad de criaturas, que a su vez morirían de no ser por estas formas de vida que mantienen la pureza del agua, ninguno de estos seres que pueblan el planeta es consciente de su misión cósmica, pero sin ellos no habría armonía en la creación y desaparecería la vida. Hacen lo que hacen porque tienen instintos que los impulsan a comer y respirar para seguir viviendo.

Tal armonía, basada en las necesidades de todos y cada uno, tiene un origen divino. Es por ello que el hombre no llega a divisarla y sólo percibe sus propios requerimientos más inmediatos. Pero si alza su conciencia a un nivel superior, despertaría y comprendería con cuánta bondad y desinterés se sacrifica el prójimo.

Si con la educación logramos que los niños vean esto, enseguida sentirán una inmensa gratitud hacia toda la humanidad. Este es un aspecto emocional de nuestra "educación cósmica".

Cuando mandamos a los niños al kiosco para comprar algún material, como lápices y papel, les decimos: "Mira, la señora que allí atiende está para ayudarte. Trabaja ahí todo el día, esperándote a tí y a los otros clientes. Siempre que le compran algo, saluda con una sonrisa. Hay que agradecerle y saber apreciar qué buena es". A la hora de las comidas, los niños rezan: "Querido Dios, bendice a los hombres desconocidos que acataron tu voluntad y trabajaron para que tuviéramos comida". De este modo, adquieren una noción global y abarcativa de la humanidad y la justicia.

Una educación así pretende contribuir a la bondad de todos, a que todos compartamos la magnanimidad cósmica y le ofrezcamos a Dios un tributo obediente que nos una a Él en su obra creadora.